cool & lam

UN DESLIZ SIN IMPORTANCIA

A. A. FAIR

Donald Lam, detective que se caracterizaba por no llevar nunca un arma y perder casi todas las peleas en las que se metía. Trabaja a las órdenes de Bertha Cool. En esta caso, todo comienza con un caso como muchos, un marido infiel odiado por Bertha Cool, dinero de por medio y un caso que resolver.

A. A. Fair

Un desliz sin importancia

Cool & Lam-16

ePub r1.0
fenikz 03.02.15

Título original: *Some slips don't show*
A. A. Fair, 1957
Traducción: Alfredo Crespo
Ilustraciones: Alvaro
Retoque de cubierta: fenikz

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

Introducción

DURANTE más de treinta y cinco años, mi amigo Joseph E. Ragen ha estado tratando con hombres que han violado la ley. Ha sido sheriff, alcaide, agente del Departamento de Justicia de los Estados Unidos, y ahora vuelve a ser alcaide. Y, sin embargo, posee una fe profunda, inquebrantable, en la naturaleza humana.

Joseph E. Ragen ha sido alcaide de la Penitenciaría del Estado de Illinois, Joliet-Stateville Branch, casi durante veintidós años, con la excepción de dieciocho meses en que actuó en el Departamento de Justicia. Ha sido inspector de cárceles en otros dieciséis Estados y el antiguo gobernador Herter, de Massachusetts, le ha descrito como el más destacado administrador de prisiones de los Estados Unidos.

En Illinois no empezaron a apreciar realmente a Joe Ragen hasta después de haber presentado su dimisión reglamentaria en 1941, al ser elegido un nuevo gobernador.

El 9 de octubre de 1942, la banda de Touhy introdujo armas en el presidio y organizó una fuga que dejó tras de sí a guardianes heridos y maltrechos y una opinión pública muy alborotada.

La gente quiso que Joe Ragen regresara, prescindiendo de toda consideración política. De modo que Joe regresó, y desde entonces ha estado allí.

Ragen opina que muchos de sus reclusos son criminales a causa de errores de los padres. Afirma que un niño debe tener responsabilidades y deberes en su hogar. Cree que debiera enseñarse a los niños el valor del dinero y de la disciplina, dárseles instrucción religiosa y vocacional, y, sobre todo, enseñárseles a aceptar y tener responsabilidades.

Ha aprendido su credo al conocer miles de vidas arruinadas, por el estudio de casos que iban desde la violación y el asesinato hasta

la falsificación y el incendio.

Una vez tales hombres pasan a la jurisdicción de Ragen, éste consigue rehabilitar a un gran porcentaje, dándoles el trato que él considera que sus padres debieran haberles dado mucho antes.

Ragen preconiza una disciplina de hierro, sostenida con absoluta justicia y completa imparcialidad.

Los hombres le respetan.

No le da importancia a cruzar la barbería del presidio, donde cerca de cincuenta reclusos barberos están empuñando afiladas navajas.

Ésta es la prueba básica.

He estado en presidios donde los alcaides temían abandonar el edificio administrativo.

Los presidiarios han violado la ley, pero respetan la justicia.

En general, se reconoce que el alcaide Ragen tiene algunas ideas que disminuirían la criminalidad si se pusiesen en práctica.

Pero el público está demasiado ocupado con sus propios problemas para acordarse de los presidios.

Y semejante preocupación es la responsable de muchos de nuestros crímenes. Si usted, lector, dedicase un momento a pensar y a escuchar las voces de nuestros más destacados criminólogos, ayudaría a salvar muchas vidas destrozadas, una serie de cráneos aplastados; evitaría unos cuantos asesinatos, y conseguiría que el gráfico de nuestra criminalidad iniciara una curva descendente.

Y por ello, dedico este libro a mi amigo Joseph E. Ragen.

ERLE
STANLEY
GARDNER

capítulo primero

LA voluminosa Bertha Cool dio vuelta al pomo de la puerta de mi despacho particular con sus vigorosos y enjoyados dedos, y entró majestuosamente, con ojos brillantes de ira.

Elsie Brand, mi secretaría, había estado discutiendo conmigo acerca del caso de secuestro que llevaba meses sin resolver. Había una recompensa de un centenar de los grandes para la persona que aclarara el caso. Eché una ojeada a Bertha y dije:

—Eso es todo, Elsie.

Bertha permaneció inmóvil, con los brazos en jarras, hasta que Elsie Brand hubo salido del despacho. Entonces dijo:

—¡Donald, no puedo soportarlo!

—¿Soportar qué?

—A un hombre arrepentido y que lloriquea.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Hay uno en mi despacho.

—¿Y no te gusta?

—No.

—Échalo.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Tiene dinero.

—¿Qué quiere?

—Desea contratar un buen detective, desde luego.

—¿Y que quieres que hay yo?

—Donald —dijo Bertha con su tono más conciliador—, quiero que hables con él. Sabes tratar a la gente. Pareces encontrar algo interesante en todo el mundo. A Bertha no le es posible. A Bertha le gustan o no le gustan, y si ocurre esto último, odia hasta la tierra que pisan.

—¿Qué tiene de malo ese individuo, Bertha?

—¡Todo! ¿Por qué diablos no pensó en lo mucho que amaba a su esposa y a su hijo mientras se insinuaba a esa rubia, en lugar de esperar dos semanas para venir a gimotear a mi despacho?

—¿Cuánto dinero tiene?

—Le he dicho que necesitaríamos un anticipo de quinientos dólares, incluso antes de ocuparnos del caso. He pensado que esto le asustaría. Si hubiese sido así, lo hubiera lamentado todo el día, pero…

—¿Qué ha hecho él?

—Ha sacado una cartera y ha contado cinco billetes de cien dólares. Tengo la pasta encima de mi mesa.

—¿Sin cheque?

—No quiere que la transacción se refleje en su contabilidad.

Eché hacia atrás mi sillón.

—Llévame a donde está el tipo ése.

El rostro de Bertha se llenó de sonrientes arrugas.

—Sabía que podría contar contigo, Donald. Eres tan condenadamente comprensivo…

Bertha atravesó el despacho de Elsie Brand, la sala de espera y entró en su oficina.

El hombre que se sentaba en el sillón de los clientes, situado junto a una esquina de la mesa, se puso en pie en un salto, nerviosamente, al entrar yo.

—Mr. Fisher —dijo Bertha—, le presento a Donald Lam, mi socio. He pensado que podría ser una buena idea conocer un punto de visto masculino sobre este caso.

Fisher tenía el cabello rojizo oscuro, cejas ligeramente más pálidas, claros ojos azules, y parecía a punto de echarse a llorar.

Me estrechó la mano, y dijo:

—Mr. Lam, es un placer.

Pero no tenía aspecto de haber disfrutado de ningún placer en un solo momento de su vida.

Echó una ojeada a los cinco billetes de cien dólares que estaban esparcidos sobre el secante de Bertha.

Ésta lanzó un suspiro de alivio, mientras instalaba su voluminosa figura en el crujiente sillón giratorio. Nos miró a ambos con una expresión que decía a las claras que se lavaba las manos

respecto a aquel asunto, tomó el dinero, abrió el cajón de su mesa, guardó los billetes, y cerró de golpe.

—Ya he contado a Mrs. Cool la mayoría de mis problemas —dijo Fisher.

—Cuéntelos de nuevo —dijo Bertha—. Pero ahora a Donald.

Fisher aspiró aire profundamente.

—Se llama Barclay Fisher —dijo Bertha con tono protector—. Comercia en bienes raíces. Está casado y tiene un niño de dieciocho meses. Hace dos semanas fue a San Francisco, a una reunión de negocios. Ahora, Fisher, siga desde aquí.

—Es difícil explicar lo que hice —dijo Fisher, oprimiéndose los nudillos de su mano izquierda con los dedos de la derecha.

—No haga crujir los nudillos —exclamó Bertha—. Se le volverán más grandes.

—Siempre lo estoy haciendo —contestó Fisher.

—Entonces, pierda esa costumbre —replicó secamente Bertha.

—¿Qué hizo usted en San Francisco? —pregunté.

—Me… me emborraché.

—¿Y luego?

—No sé.

—Es una gran ayuda.

—En… en apariencia, pasé la noche en una habitación que no era la mía.

—¿A quién pertenecía?

—Parece ser que la joven se llamaba Lois Marlow.

—¿Dónde la conoció?

—Formaba parte de un grupo de chicas que alegraban la convención.

—¿Qué clase de convención?

—Barcas, yates.

—¿Qué tiene que ver eso con usted?

—He financiado una empresa que fabrica una barca de plástico. Es de un diseño bastante revolucionario, una barca movida por un motor fuera de borda. Las hacemos de diferentes tamaños, pero nos hemos especializado en la de quince pies. Tal vez no lo sepa usted, Mr. Lam, pero este negocio de las embarcaciones pequeñas se está difundiendo por todo el país. Invertí hace año y medio un pequeño capital en esta Compañía, y hemos obtenido un éxito tan inmediato

que… bueno, en la actualidad es un negocio excelente.

—¿De modo que, como gerente de la Compañía, fue usted a la convención?

—Como presidente de la Compañía.

—Discúlpeme.

—No tiene importancia.

Volvió a hacer crujir sus nudillos.

Bertha se estremeció.

—¡Estese quieto!

—Así pues —proseguí—, ¿Lois asistió a la convención como una especie de alegre compañera?

—En cierto modo… Había media docena de jóvenes. Ignoro exactamente de dónde salieron. Esto sucedió después de las reuniones de la convención. Todos fuimos a una *suite*. La *suite* había sido alquilada por uno de los fabricantes de motores. Nos proyectó varias películas sobre el funcionamiento de su motor en condiciones reales. Es un motor nuevo, y naturalmente trataba de obtener pedidos de los fabricantes de embarcaciones.

—¿Cómo se llama el motor?

—El Jensen Thrustmore. Carl Jensen es presidente de la Compañía. Se trata de un hombre muy emprendedor. Fabrica un motor verdaderamente potente. Nos mostró películas sobre esquí acuático, sobre carreras de lanchas, etc. Y, desde luego, había docenas de bañistas esparcidas por el paisaje. Aquellas chicas estaban presentes. Creo que varias de ellas eran las que aparecían en traje de baño en las películas, y otras eran simplemente… Bueno, de adorno.

—¿Cómo si dijésemos para alegrarles las pajaritas a los clientes? —pregunté.

—Exactamente.

—¿Y usted se encaprichó de Lois Marlow?

—Ella me llenó varias veces la copa. Bebíamos un ponche de frutas que parecía inofensivo.

—¿No hubo champaña?

—Sí, eso vino después.

—¿Bebió usted?

—Sí.

¿Le llenó Lois la copa?

—Sí.

—¿Cuántas veces?

—Lo siento, no puedo recordarlo, Mr. Lam. Lois se mostró muy atenta, muy activa.

—Está bien. ¿Y cuál es el problema?

—Éste —contestó Fisher.

Metióse la mano en el bolsillo interior de la americana, sacó un sobre y me lo alargó. El sobre llevaba el matasellos de San Francisco e iba dirigido a Barclay Fisher, presidente de la Compañía de Inversiones Fisher, y a continuación la calle, el número, y el distrito postal.

—¿Desea que lea esta carta? —pregunté.

Fisher asintió con la cabeza.

Saqué el papel. Era una nota seca, mecanografiada, que decía:

Muy Sr. mío:

Los hombres como usted son responsables de más dramas, de más delitos y de más disgustos que cualquier otro miembro de nuestra civilización moderna.

Lois Marlow sería una muchacha trabajadora y formal si no existiesen hombres como usted. A ella le encantan las emociones. Es una muchacha sociable. Le gusta la compañía y la camaradería. Ustedes, los hombres, la emborrachan, y así consiguen confundir sus conceptos morales, y luego siguen tranquilamente su camino, satisfechos con la sensación de que son irresistibles para las mujeres. En realidad, nada les interesa. Sólo se preocupan de pasar un buen rato. Supongo que estará usted casado. Desde luego, pienso averiguarlo.

Volverá a oír hablar de mí.

GEORGE
CADOTT

Alargué la carta a Bertha.

—La he visto —dijo ella rechazándola con un ademán.

Barclay Fisher dijo:

—Es terrible, sencillamente terrible. Nunca se lo podría explicar

a Minerva.

—¿Minerva es su esposa? —pregunté.

Asintió lúgubremente.

—Esto me ha hecho pedazos, Lam.

—¿Quién es ese George Cadott?

—No sé. En mi vida lo he oído nombrar.

—Está bien —dije—. Se hizo usted amigo de Lois. ¿Muy amigo?

—Le digo que no lo sé. Estaba borracho. Perdí el sentido.

—¿Estaba usted en la habitación de la chica?

—Estaba en el apartamiento de una mujer, probablemente el suyo.

—Cuéntemelo.

—Lo último que puedo recordar es que empecé a sentir una sed tremenda. Me ardía la garganta y el champaña me la refrescaba. Luego unas manos suaves me acariciaron la frente y después reinó la oscuridad. Creo que hubo un intervalo de náuseas. Después me desperté y era ya de día. Estaba en un apartamiento; durmiendo en un diván. Estaba sin traje y cubierto con una manta. La habitación contigua era un dormitorio. La puerta estaba abierta.

—¿Qué hizo usted?

—Me levanté y miré alrededor. Tenía un horroroso dolor de cabeza. Me asomé a la otra habitación. Quería un sorbo de agua. Vi a una mujer tendida en la cama.

—¿Esa Lois Marlow?

—No sé. Lo único que sé es que tenía el pelo rubio. Estaba vuelta de espaldas y… y no quise molestarla.

—¿Qué hizo entonces?

—Mi traje estaba en una silla. Me lo puse y abandoné el apartamiento. Me encontré en una casa desconocida por completo. Tuve que explorar el pasillo hasta encontrar el ascensor. Recuerdo que estaba en el tercer piso. Bajé a la calle, busqué un taxi, pero no pude encontrarlo. Supongo que debía de ofrecer un aspecto extravagante. Anduve hasta una calle importante y tuve la suerte de que pasara un taxi. No hubo necesidad de que le hiciera señas. El taxista me echó una ojeada y se detuvo. Le di el nombre de mi hotel, y me llevó hasta allí.

—¿Le vio alguien cuando abandonaba el apartamiento? —pregunté.

—Por desdicha, sí.

—¿Quién?

—No sé. Un hombre avanzaba por el pasillo y… Bueno, supongo que debía conocer a la ocupante del apartamiento. Se detuvo en seco cuando me vio abrir la puerta y salir.

—¿Qué dijo?

—Nada.

—¿Qué edad tenía?

—Alrededor de los treinta y dos años. En aquel momento no me fijé mucho en él.

—¿Corpulento?

—De estatura mediana.

Dije:

—Debió de dar usted a Lois Marlow una tarjeta, una de sus tarjetas profesionales.

—No lo sé. ¿Por qué piensa eso?

—La dirección… Debió de tomar su nombre de la tarjeta y después escribirle esta carta. ¿Cuándo la recibió?

—Ayer tarde.

—¿Cuándo tuvo lugar esa convención?

—Hace dos semanas.

—Está bien —dije—. Evidentemente, el tipo aquel se apoderó de la tarjeta que le dejó usted a Lois Marlow. Le vio salir del apartamiento. Hace diez días que sabe quién es usted. ¿Por qué ha esperado?

—No lo sé.

—Yo sí. Estaba investigando acerca de usted. Averiguando su capacidad económica. Se disponen a pegarle un buen mordisco, y quieren saber lo profundamente que pueden clavar los dientes.

—¿A quiénes se refiere?

—Sin ninguna duda, él y Lois trabajan juntos.

—¡Oh, no! ¡Desde luego que no! Lois es una muchacha muy agradable, y… Bueno, éste es otro de los motivos por el que me siento avergonzado acerca del asunto, Mr. Lam.

—¿A qué se refiere?

—Estoy seguro de que Lois simpatizó verdaderamente conmigo. Yo… Ella se sintió atraída. Un hombre puede saber cuándo atrae a una mujer. Y yo no le dije que estaba casado.

—¿Le dijo que no lo estaba?

—Yo… —Fisher se retorció en la silla, y, finalmente, tartamudeó —. Le repito, Mr. Lam, que no recuerdo todo lo que ocurrió.

Dije:

—Muy bien. Puede usted hacer dos cosas. O pagar, o luchar. Si paga, habrá una pausa entre el primer y el segundo mordisco. Después, empezarán a apretarle las clavijas mientras le vean asustado. Si lucha, corre el riesgo de que todo el asunto se descubra. ¿Qué desea hacer?

—Ninguna de las dos cosas, Mr. Lam. No quiero pagar, y no quiero que… ¡Oh, ojalá no hubiese ido nunca a San Francisco! No… no sé lo que me emborrachó de aquella manera… Yo…

—¡Olvídelo! —le dije—. ¡Ya está hecho! No hay manera de deshacerlo. Veamos. Usted es casado. Háble me de su esposa.

—Minerva es probablemente la mujer más maravillosa del mundo.

—¿Tolerante? ¿Comprensiva? —pregunté.

—¡Una mujer maravillosa!

—Muy bien. Váyase a su casa y cuente a su esposa toda la historia. Dígale que lo único que ocurrió fue que permitió usted que una muchacha ambiciosa le emborrachara con champaña, y que ahora ha descubierto que se trata de un chantaje. De esta forma, se ahorra quinientos pavos.

Bertha Cool me fulminó con la mirada.

Barclay Fisher titubeó.

—Bueno —dije con impaciencia—, ¿qué le ocurre ahora?

—No conoce usted a Minerva. Minerva es maravillosa. Es comprensiva, tolerante. Es la mejor mujer del mundo. Todo el mundo lo sabe. Pero nunca en la vida comprendería una infidelidad.

—No hubo ninguna infidelidad —dije.

Fisher guardó silencio.

—¿La hubo? —inquirí.

—Puesto que no sé lo que ocurrió, mis palabras distarían de ser convincentes. Supongo que es usted soltero, Mr. Lam, ¿verdad?

—En efecto.

—Eso me parecía.

—¿Qué haría su esposa si se enterara de esto?

—Me… me dejaría y se llevaría al pequeño.

—¿Qué edad tiene su hijo?

—Dieciocho meses.

—¿Cuánto tiempo lleva usted casado?

—Poco más de un año.

—¡Caramba! Retrocedamos —dije—. ¿Se confunde usted de fechas o es que mi calendario funciona mal?

—No, no —dijo—. Es una larga historia. Ha de saber que el niño es hijo de la hermanastra de Minerva. Minerva se hizo cargo de él para criarlo. Ésta es una de las cosas maravillosas de Minerva. Siempre hace todo lo posible para ayudar al prójimo. El marido de su hermanastra murió antes de nacer el pequeño. Luego, poco después del parto, la hermanastra comprendió que no viviría mucho tiempo. Le escribió a Minerva. Minerva hizo cuanto pudo. Después, al morir su hermanastra, Minerva regresó a Arizona, la enterró y se trajo al pequeño.

—¿Eso fue antes de su matrimonio?

—Unos dos meses después.

—Está bien —dije—. Supongamos que ocurre lo peor. Supongamos une Minerva pide el divorcio. ¿En qué situación están los bienes? ¿Separados o en comunidad?

—Yo… yo… Debería ver a un abogado. Estoy invirtiendo el dinero de mi esposa. Eso es. Ella me paga un sueldo y un tanto por ciento de los beneficios, pero el dinero procede de la herencia de su hermanastra.

»Parece que la hermanastra tenía varias propiedades y entre ellas algunas de petróleo tejano. Los pozos produjeron poco antes de morir la hermanastra. Minerva lo convirtió todo en dinero. Obtuvo treinta mil dólares. Me los entregó para que los invirtiera. Cuando hizo eso, yo estaba en una situación financiera más bien precaria. Desde entonces, todo ha aumentado de valor. Mis propias inversiones han ido bien, y el capital de Minerva se eleva ahora a más de doscientos cincuenta mil dólares.

—¿Deducidos impuestos?

—Bueno, no. Pero la mayoría representa una ganancia de capital. Invertí dinero en unos yacimientos de uranio que han resultado ser muy ricos.

—¿Qué sueldo le paga su esposa?

—Desde luego, ha aumentado al mismo tiempo que el capital. Ahora cobro diez mil dólares al año y un diez por ciento sobre los beneficios.

—¿Cuándo cobra el diez por ciento?

—No hemos discutido este detalle. Nos limitamos a fijarlo en el diez por ciento de los beneficios; es decir siempre que los hubiese. En realidad, muchos de estos beneficios de momento sólo están sobre el papel.

Dije:

—Tendré que ir a San Francisco. Trataré de ganarles por la mano. No sé en lo que me voy a meter. Tal vez necesite dinero y la colaboración de la policía.

—¡Nada de publicidad! ¡Nada de publicidad! —exclamó—. Recuérdelo, no puedo permitirle la menor publicidad. Ni una insinuación de escándalo. Minerva debe ignorarlo todo.

—Va a costarle dinero, y no puedo garantizarle nada —le contesté.

—¿Cuánto dinero?

Dije:

—Si consigo aclarar el asunto de manera que no vuelvan a molestarle nunca más, supondrá un buen pellizco en su sueldo. Tal vez haya de comprar un poco de colaboración.

—De acuerdo, Mr. Lam ¡Completamente de acuerdo! Yo… ¿No cree que deberían ir los dos? Tratándose de una mujer… Bueno, Mrs. Cool…

Bertha sacudió enfáticamente la cabeza, y dijo:

—No menosprecie a Donald. Es pequeñito, pero tiene talento y sabe moverse. Si alguien puede sacarle de esto, es precisamente él. Pero, como le ha dicho, va a costarle dinero.

—Lo suponía —contestó Fisher.

Bertha me miró y asintió con la cabeza, hecha puro almíbar.

—Prepararé el recibo, Donald. Mejor será que reserves billete para el avión de San Francisco.

capítulo dos

MI amigo del Departamento Automovilístico, respondió a mi conferencia telefónica y prometió tenerme preparada la información para cuando llegase a San Francisco.

Le telefoneé desde el aeropuerto, y averigüé que Lois Marlow tenía licencia de agente de comercio, contaba veintisiete años y vivía en los Apartamientos Wisteria.

Los Apartamientos Wisteria era un edificio residencial típico de San Francisco, de cinco pisos, con una estrecha fachada, la puerta de la calle cerrada, y a un lado una relación de vecinos, una serie de timbres y tubos acústicos.

Vi que Lois Marlow ocupaba el 329, apreté el timbre y esperé.

Un momento después, el zumbador anunció que el pestillo de la puerta había sido abierto y pude entrar en la casa.

Aparentemente, Lois era democrática. No preguntaba nombres. Uno apretaba su timbre y ella apretaba el pulsador que abría la puerta.

Una bombilla de quince watios iluminaba adecuadamente la cabina del ascensor, que había sido decorada de nuevo con terciopelo rojo y pintura dorada. Apreté el botón del tercer piso. El mecanismo del ascensor cerró lentamente la puerta y después la cabina empezó a ascender.

Bajé en la tercera planta y encontré el 329. Apreté el botón de madreperla que había a la derecha de la puerta.

La mujer que abrió la puerta era notablemente atractiva y lo sabía. Era rubia, con ese cutis suave tan característico de las mujeres que viven en San Francisco. Tenía ojos grises, grandes y francos, y permaneció en el umbral, mirándome de arriba abajo y tratando de situarme.

—¿Le conozco? —me preguntó con una sonrisa que formó en su

rostro dos hoyuelos.

—Ahora sí —le dije.

—Me parece que se ha equivocado de apartamiento, de casa, de persona y de todo —me contestó, pero mantuvo abierta la puerta y los hoyuelos siguieron visibles.

—¿Puedo entrar y explicarle de qué se trata? —pregunté.

—No —dijo, y siguió sonriendo.

—Está bien. Se lo explicaré aquí mismo. Me llamo Donald Lam. Soy amigo de Mr. Fisher, ¿significa esto algo para usted?

—Nada en absoluto.

—¿Barclay Fisher?

Meneó la cabeza.

—¿Recuerda la convención de fabricantes de lanchas, de motores…?

—Oh, aguarde un momento. ¿Cómo ha dicho que se llamaba su amigo?

—Fisher. Barclay Fisher.

El recuerdo suavizó levemente su mirada.

—¿Y que hay de Barclay Fisher?

—¿Conoce usted a un hombre llamado George Cadott?

—¡Oh, Dios mío! —dijo. Se hizo a un lado y mantuvo la puerta abierta—. Pase ¿cómo ha dicho que se llamaba?

—Lam.

—¿Y su nombre de pila?

—Donald.

—Bueno, entre, Donald. Siéntese y desembuche. ¿De qué se trata?

Era un bonito y confortable apartamiento. Había una sala con un diván, que era evidentemente donde Barclay Fisher había pasado por lo menos parte de la noche, y también se veía una puerta cerrada a medias que daba a un dormitorio. Otra puerta que se cerraba sola comunicaba sin duda con una cocinita. El apartamiento estaba bien amueblado, quizá ligeramente recargado en cuanto a decoración. Un suave perfume impregnaba el lugar.

Lois Marlow se dejó caer en una silla, y mostró una generosa ración de nylon.

—¿Ha estado George creando conflictos, Donald?

—Ha tratado de hacerlo.

—¡No sé qué hacer con él, a menos que le cloroformice!

Dije:

—Barclay Fisher está casado.

—Bueno, espere un momento —replicó ella—. Aclaremos una cosa. ¿Es Barclay Fisher ese pelirrojo que hace crujir sus nudillos?

—El mismo.

La chica lanzó una carcajada gutural, suave.

—El papel de conquistador atrevido y con experiencia, fue demasiado para él. Se le notaba desplazado.

—Me lo imagino —dije—. ¿Qué ocurrió?

—Empezó a beber champaña como si fuese agua, después de haber tomado un ponche de frutas. La combinación no le sentó bien.

—¿Y qué ocurrió?

—Fue al cuarto de baño.

—¿Y luego?

—¿Tiene que averiguar todos los detalles?

—Sí.

—Vomitó.

—¿Y después?

—Lo tendí en el diván.

—¿Nada más?

—¿Por qué lo pregunta?

—George Cadott le ha escrito una carta.

—¿Sí?

—Está bien —le dije—. Soy detective particular. Aquí tiene mi tarjeta.

Lois la miró y dijo:

—¿Quién es B. Cool?

—La B quiere decir Bertha —contesté—. Bertha Cool es una solterona implacable, de muy mal género, ciento sesenta y cinco libras de hueso y de músculo. Es tan dura y hostil como un rollo de alambre espinoso, y tiene aproximadamente la misma forma. Le encantaría.

—¡Qué delicioso!

—Y aunque probablemente no lo parezca —proseguí—, yo mismo puedo ser bastante desagradable.

Me examinó con atención.

—¡Narices puede ser! Tiene usted una expresión ávida, Donald, apostaría a que las mujeres quieren protegerle y arrullarle. Apostaría a que tiene usted que sacárselas de encima.

—Mi vida privada no tiene nada que ver con lo que hablamos —le dije.

—¿Por qué no? Bien hablamos de la mía.

—Mis amigas no escriben cartas.

Ella rió, y luego se puso furiosa.

—Hubiese debido estrangular a ese tipo hace mucho tiempo.

Dije:

—Si éste es un chantaje ordinario, va usted a convertirse en la persona más triste y miserable de San Francisco. No conseguirá ningún dinero. Recibirá un rapapolvo que la sorprenderá, y probablemente acabará fichada por la policía.

—No sea tonto. No es chantaje, Donald.

—¿Pues qué es?

—Resulta difícil de explicar. Aprecio mucho a George. Es uno de esos individuos sinceros y honrados que tal vez un día peguen fuego al mundo. Y si no le pega fuego, tratará de volverlo a hacer a su gusto. Cree que me ama. Lleva algún tiempo creyéndolo.

—¿Qué siente usted por él?

—A veces me aburre mortalmente. Otras me fascina por su carácter. Desaprueba mi vida, pero me quiere.

—¿A qué se dedica?

—Piensa.

—¿Qué hace para vivir?

—No necesita hacer nada. Heredó un capital. Piensa.

—¿Qué capital?

—Muy elevado.

—¿Piensa mucho?

—No demasiado. Lo suficiente.

—¿Qué pretexto da para existir?

—Va a escribir la mejor novela americana. Va a pintar. Va a meterse en política. Va a introducir un elemento de honestidad en el mundo corrompido.

—¿No resulta a veces difícil de soportar?

La muchacha cambió de posición. Sus ojos y su sonrisa indicaron un concepto de la vida muy amplio.

—Donald —dijo—, todos los hombres son a veces difíciles de soportar. Ha puesto usted sus cartas boca arriba y yo voy a hacer lo mismo. He corrido bastante. Me gusta la alegría. Me gusta reír. Me gusta la vida. Y me gusta variar. Ahora empiezo a cansarme un poco de la variedad. Me gustaría mucho poseer una sombrerería. Hay una en venta. George quiere comprármela. Está dispuesto a aceptar mi pagaré. Y ahora, Donald, si usted y esa B. Cool suya me estropean el trato, conocerá usted a la gata más furiosa que haya caminado sobre dos pies.

—¿Y qué quiere George Cadott a cambio de financiar la sombrerería? —pregunté.

—No sé —contestó modosamente—. No me lo ha dicho… todavía.

—¿Matrimonio?

—¡Cielos, no! No otra vez.

—¿Qué quiere decir con otra vez?

—He estado casada. No dio resultado.

Bajó la mirada.

—Así pues, ¿qué quiere George?

—Quiere tener las prerrogativas de prometido. También quiere protegerme. Yo no quiero que me protejan. Sólo quiero la sombrerería. George teme que tenga tendencia a ser ligera.

—¿Cómo define él la ligereza?

—Todos los hombres la definen igual. Cualquier cosa que una haga con ellos, está muy bien. Cualquier cosa que una sienta tentaciones de hacer con algún otro, es ligereza.

—¿Y armaría George alboroto a causa de Barclay Fisher?

—¡Dios sabe de lo que George sería capaz!

—¿Quiere darme su dirección?

—No. No quiero que George y usted tengan la más remota probabilidad de encontrarse.

Meneé la cabeza.

—No tiene usted suerte, Lois. Voy a ver a ese sujeto.

—¿Aún no le ha visto?

—No.

—Ha sido usted sincero conmigo. Le despediré. Desde este momento deja de tener algo que ver conmigo.

—Adelante, si cree que así conseguirá algo.

—¿No le detendrá esto?

—Nada va a detenerme, Lois. Soy un profesional. Veré a ese tipo. Hablaré con él. Le explicaré las realidades de la vida. Le diré que si amenaza a Barclay Fisher o intenta informar a la esposa de Barclay de que su marido tuvo una aventura amorosa durante la convención en San Francisco, se verá metido en un buen lío.

—¿Va a meterle el miedo en el cuerpo?

—Eso es.

—Podría llegar a un acuerdo con usted, siempre que estuviese segura de que eso es todo.

—¿Cómo se enteró de lo de Barclay? —pregunté.

Lois dijo con cierta emoción:

—Tres puertas más abajo, en el apartamiento 316, vive un hombre llamado Dutton. Su nombre de pila es Horace. Está casado con una gansa que se llama Caroline. Caroline es prima de George. También heredó dinero de la misma fuente que George: un abuelo fallecido. Yo quisiera que tanto Horace como Caroline fuesen deportados, se hiciesen picadillo en un accidente de automóvil o se ahogaran. Me quedaría tan fresca.

—¿No la pierden de vista?

—Horace Dutton es amigo de George Cadott. Horace Dutton podría ser un buen sujeto si tuviese oportunidad. Pero nunca será nada mientras siga con Caroline. Dutton está medio chiflado. Caroline le da lo que se supone es afecto y una asignación mensual. Horace pinta. Es muy amigo de George Cadott. Caroline es puro almíbar ante mí y vinagre a mis espaldas. Es incomprensiva, metomentodo, chismosa. Es capaz de hacer que cualquiera tenga hipercloridia en menos de una semana.

La muchacha continuó:

—Horace Dutton vio a Barclay Fisher cuando salía de mi apartamiento. Dutton comunicó fielmente a Caroline lo que había visto. A Caroline le faltó tiempo para explicárselo a George. George vino a verme hecho un basilisco. Había tenido durante toda la noche a un hombre en mi apartamiento. Había vuelto a ser una cualquiera, una buscona, una mujer ligera. Bueno, le dije que se largara. Con sombrerería o sin ella. Le dije que quería vivir mi vida como me pareciese, que no era mi dueño y que no quería tener ninguno.

—¿Y luego?

—Le eché.

—¿Y luego?

—Siguió merodeando por aquí. Encontró alguien que había estado en la convención. Averiguó que había tratado de mostrarme amable con ese Barclay Fisher.

—¿Y por qué lo hizo usted?

—Porque Carl Jensen me dio doscientos cincuenta dólares para que me mostrase decorativa y agradable. Me pidió que me dedicara a Barclay Fisher, porque Fisher fabrica no sé qué tipo de lancha en la que Jensen cree que su motor encajaría como anillo al dedo. Me pidió que me cuidara del sujeto. Personalmente, desearía no haber visto nunca los doscientos cincuenta pavos ni a Barclay Fisher. Durante un rato lo pasé bien. Necesitaba la pasta, y eso es todo.

—¿Y más tarde arregló sus asuntos con George? —pregunté.

—Más tarde no he hecho nada parecido. No le he visto desde que le despedí del apartamiento. Sigo mostrándome inflexible.

—¿Tiene motivos para pensar que él volverá?

—Volverá.

—Y cuando lo haga, ¿financiará su sombrerería?

—Seguro que sí. Pero primero tendrá que disculparse.

—¿Se disculpará si sabe que cobró usted por ser amable con los miembros de una convención?

—¿Qué quiere decir con ser amable?

—Usted ha utilizado la expresión.

—Procuraba que su copa estuviese siempre llena. Hice que se sintiera halagado.

—¿Y después?

—Al cabo de un rato, cuando Barclay empezó a mostrarse conquistador, en vez de ponche le di champaña, porque prefería tenerlo mareado en mi diván que no que fuese el día siguiente a Carl Jensen diciéndole que le había abofeteado.

—¿Le hubiese abofeteado?

—¿Ha visto a su cliente? —preguntó la joven.

—¿Qué haría si fuese mujer? ¿Echarse en la cama y escuchar como hacía crujir sus nudillos?

Me reí.

—Está bien —dijo ella—. Usted ha sido franco conmigo. Yo lo

he sido con usted.

—¿Dónde puedo encontrar a George Cadott?

—Pruebe en el primer sitio que se le ocurra. Personalmente, estoy dispuesta a apostar a que no lo consigue. Y procuraré que así sea.

—¿Ignoraba que le había escrito una carta a Barclay Fisher?

—¡Cielos, sí!

—¿Y ahora le dirá que lo sabe?

—Depende.

—¿De qué?

—De muchas cosas.

—¿Le dirá que estoy en la ciudad y que si hace algo para cumplir sus amenazas, si escribe algo que llegue a manos de Mrs. Fisher, si escribe alguna otra carta a alguien y la envía por correo, va a verse en un apuro tan grande que nunca más saldrá de él?

—Haga usted sus propias amenazas.

—No puedo hacerlas si no le localizo antes.

—Eso es cierto.

—Si se propone usted advertirle, ¿por qué no lo hace también de mi parte?

—Porque —contestó sonriendo—, en caso de que no lo sepa, Donald, ésta no es la mejor manera de conseguir que le financien a una, una sombrerería. Y ahora, si es usted buen chico y se larga de una vez, empezaré a tomar ciertas medidas y… Bueno, el resultado de lo que voy a hacer tal vez ayude a su cliente.

—Pues me marcho —le dije.

La muchacha me acompañó hasta la puerta.

—Adiós. Sea buena chica.

Hizo una ligera mueca.

—Ahórrese lo último. Déjelo a cargo de George. Es su tema favorito. Sin embargo, para su información le diré que voy a ser muy, muy cuidadosa.

capítulo tres

EMPECÉ a ocuparme de George Cadott.

Lois había hecho un buen trabajo.

No fue demasiado difícil localizar el apartamiento de George. Se había marchado una hora antes de llegar yo. El portero dijo que había telefoneado diciendo que estaría ausente unos días y le encargó que guardara su correspondencia en lugar seguro, que no se limitara a dejarla en el casillero. Tenía un automóvil deportivo. Me dio una descripción del auto, así como su matrícula.

Si George quería mostrarse huidizo, no me sería posible localizarle por un sistema corriente. Lois se encargaría de eso.

Empecé a trabajar con el teléfono. Llamé a comerciantes de cuadros, a clubs de artistas. Llamé a modelos. Finalmente, encontré a un comerciante que conocía a Horace Dutton. Tenía varias pinturas de Dutton en depósito.

Hice unas cuantas preguntas, dije que no se trataba del Dutton que buscaba, y colgué. Luego fui a la tienda del comerciante y le eché un vistazo.

El comerciante estaba especializado en arte cubista. En mi opinión, era terrible. Encontré una «pintura» con la firma de Horace Dutton.

Se titulaba *Sol en el Sahara*. Su precio era de cincuenta y siete dólares. Parecía un huevo frito que se hubiese despachurrado por el camino. El artista hubiera podido pintarlo con el fondillo de sus pantalones.

Me alejé un poco y lo contemplé. Incliné la cabeza sobre un hombro. Después la incliné sobre el otro. Formé un círculo con el pulgar y el índice. Lo sostuve frente a mis ojos. Lo acerqué a la cara y después lo alejé.

El comerciante tendría que haber sido ciego para no reparar en

mi comedia.

—¿Le gusta? —preguntó, cayendo sobre mí.

—Tiene un no sé qué especial.

—¡Desde luego!

—Logra una especie de resplandor.

—Ciertamente.

—Me pregunto si el marco no será algo inadecuado.

—No, lo he probado con otros. Éste es el que mejor le va.

—Tal vez le parezca absurdo —dije—, pero me gustaría ver qué efecto causa con un marco de color púrpura.

—¡Un marco púrpura! ¡Es la primera vez que oigo cosa semejante!

—La naturaleza da a las sombras un tinte purpúreo. Cuando el ojo se cansa de la luz solar, crea un tono purpúreo como medio para aplacar la irritabilidad del nervio óptico. Por eso las sombras parecen tan calmosas en un claro día de sol. Por eso puede usted dejar atrás el luminoso sol de California, entrar en una vieja casa de adobes y sentirse inmediatamente descansado.

El fulano no me contradijo. Cualquiera que conociese los primeros rudimentos del arte de vender, no hubiese contradicho a un posible comprador de un Horace Dutton a cincuenta y siete dólares. Si hubiese dicho que la luna era en realidad un queso suizo y que los cráteres eran los lugares donde los agujeros del queso en cuestión habían sido rellenados por los meteoritos, el fulano hubiese dicho que sí.

—Tal vez no vaya desencaminado —dijo con vaguedad.

—¡Por Cristo! Ya lo creo que sí. Forme un círculo con el pulgar y el índice y trate de enmarcar el cuadro.

Lo intentó.

—Sí, sí —dijo con cauteloso entusiasmo.

—Resulta, ¿verdad?

—Ciertamente —convino.

Temía preguntar lo que resultaba.

—Un marco redondo color púrpura —dije—. Púrpura por el exterior, con una franja dorada por el interior.

—¡Redondo! —exclamó.

—Ciertamente —insistí con la mayor condescendencia—. Estoy seguro de que el artista no estaría de acuerdo con este marco

rectangular. Todo el tema del cuadro es circular. El sol, la aureola de color naranja… Es lo que le estoy diciendo desde el principio. Por eso formaba el círculo con el pulgar y en índice. Creía que lo había entendido usted.

—En efecto, en efecto —dijo apresuradamente—. Yo… Bueno, pensaba en las dificultades técnicas de conseguir un marco circular de madera. Comprendo su opinión, desde luego. El color púrpura por el exterior para que descanse la vista, y la franja dorada por el interior para apoyar el efecto de resplandor.

—¡Exactamente! Quiero hablar con el artista acerca de ello.

—Bueno —dijo dubitativamente—, desde luego, si va usted a comprar el cuadro, podría…

—¡Desde luego! —le interrumpí—. No imaginará que le he robado su triunfo, he hecho todas esas sugerencias y después solicito hablar con el artista sobre este asunto, si no me propusiera comprar el cuadro. Aunque sólo fuese como inversión, lo compraría. Algún día, ese artista será famoso.

Saqué la cartera, abrí el departamento donde guardaba el dinero para gastos y conté tres billetes de veinte dólares.

—¿Dónde puedo ver al artista? —pregunté.

—Creo que podría concertarle una cita.

—¡Magnífico! ¿Cuánto rato hará falta?

—Bueno, desde luego, he de localizarle y…

—¿Tiene teléfono?

—Sí.

—¿Por qué no le llama? Dígale que un cliente quiere hablar con él acerca de su cuadro. Me gustaría mucho que el artista supervisara la construcción del marco. Desde luego, hará falta recortar un poco las esquinas, y quisiera conseguir la aprobación del artista antes de hacerlo.

—Pero el cuadro es suyo, Mr…

—Billings —dije—. Donald Billings.

—El cuadro es suyo. Puede usted hacer lo que quiera.

—No con una obra de arte. Un hombre puede comprar el derecho a poseer un cuadro, a retenerlo, a contemplarlo, a colgarlo en su casa, pero ciertamente no tiene derecho a desfigurarlo o destruirlo. Quisiera el permiso del artista.

El comerciante dijo:

—Estoy completamente seguro de que cuando le diga a Mr. Dutton que ha pagado usted cincuenta y siete dólares por su cuadro *Sol en el Sahara*, no le importará aunque lo meta en la máquina de picar carne.

De repente, el comerciante se dio cuenta de que había ido demasiado lejos. Dijo:

—¡Ja, ja! Desde luego, se trata de una broma. En seguida llamo a Mr. Dutton.

El comerciante no permitió que oyese la conversación. Se metió en un despacho privado, pero salió al cabo de tres minutos, mostrando una ancha sonrisa.

—Mr. Horace Dutton vive en el apartamiento 316 del edificio Wisteria. Se ha mostrado muy interesado cuando le he hablado de sus opiniones sobre el cuadro. Le gustaría mucho hablar con usted. Ha dicho que puede verle en su casa durante la hora y media siguiente.

—¡Magnífico! —dije con dignidad—. Ahora, le ruego que me envuelva el cuadro y me dé un recibo, y me marcho a verle.

—Podemos enviarle el cuadro, si…

—No, gracias. Tengo prisa. Quiero que el artista examine esto en seguida. Tal vez deba marcharme de la ciudad.

Me dieron el cuadro y el recibo. Un taxi me condujo a los apartamientos Wisteria. Confiaba en que no me tropezaría con Lois Marlow en el pasillo o en el ascensor. Era un riesgo que tenía que correr.

Subí a la tercera planta y apreté el timbre del 316. Se abrió la puerta. El hombre que se asomó tenía el mismo aspecto que el paquete que llevaba bajo mi brazo izquierdo.

—¿Billings? —preguntó.

Asentí con dignidad.

—¿Es usted Dutton?

—Me alegro de conocerle —dijo—, me alegro mucho. Estrechó con fuerza mi mano derecha. Es un verdadero placer encontrar a alguien que comprende el arte, alguien que tiene ideas positivas, ideas originales. ¡Pase, pase! Desde luego, es un gran placer. Mr. Billings, le presento a mi esposa, Caroline. Mr. Billings es el que ha comprado el cuadro, querida. Siéntese, Mr. Billings. Deme su sombrero. Deje el cuadro aquí. ¿Qué prefiere tomar, ginebra o

coñac?

—Ginebra, gracias.

Sirvió tres copas.

Dutton era un hombre enjuto, de ojos ardientes y movimientos nerviosos. Su hablar era entrecortado. Su mujer era distinta. Era una mujer que una vez se fijaba una idea, no paraba hasta verla realizada. Su marido era como un perro nervioso que cazase conejos en un campo grande. Durante un rato, estaría hurgando en una madriguera y luego correría a hurgar en otra. Caroline, no. Ella se sentaría, acecharía, esperaría y luego saltaría; y cuando saltase tendría lo que deseaba.

Rondaba la treintena y tenía buen tipo; pero en su rostro aparecía una expresión obstinada y agria que le impedía ser hermosa. Llevaba un jersey muy ceñido.

Dutton me alargó mi vaso. Brindamos.

Dutton dijo:

—Tengo entendido que desea usted cambiar el marco del cuadro.

Dejé mi vaso, me puse en pie y me acerqué al cuadro. Con movimientos casi reverentes, quité el papel, coloqué el cuadro sobre la mesa, me aparté y lo contemplé. Formé un círculo con el «pulgar y el índice y examiné el cuadro con expresión grave.

Al cabo de un momento, Dutton hizo lo mismo.

—El motivo del cuadro es circular —dije—. El sol, la aureola, los rayos que surgen todos del centro.

—Es símbolo de la luz solar —dijo Dutton.

—Naturalmente que sí. El cuadro debería tener un marco circular.

—¡Por Cristo, Billings! ¡Tiene usted razón!

—Deseaba su permiso —dije—. Quiero cubrir la menor parte posible del cuadro, pero deseo un marco circular.

—¡Tiene usted razón! ¡Por completo! Por completo —repitió Dutton.

—Es un tema audaz —le dije—. Tiene originalidad. Tiene fuerza. Tiene impacto. ¡Es tremendo!

—Gracias, gracias. Es un placer hablar con alguien que entienda lo que trato de conseguir con mi trabajo. Quiero interpretar la naturaleza. Es la interpretación lo que cuenta.

—Naturalmente.

—De lo contrario —prosiguió—, tanto daría que fuese con una cámara fotográfica y sacase fotos en colores. No daría ni un centavo por un cuadro que cualquier persona pudiera comprender a la primera mirada. Todas las cosas que merecen la pena son cosas que no se entienden. Tienen que ser interpretadas. Un artista es, esencialmente, un intérprete.

—Hasta el punto de que incluye su propia personalidad en el cuadro, en el momento en que crea algo. Tal vez no lo sepa usted, Dutton, pero está iniciando una nueva escuela.

—¿Sí?

—Ya lo creo.

—Me gustaría que viera usted el cuadro en que ahora trabajo.

—Me encantaría.

Terminé mi ginebra. Dutton abrió la puerta de un armario y sacó un caballete y un cuadro. Retiró el trapo que cubría la tela.

Era un pedazo de arpillera con círculos de diversos colores y rayas en zigzag, de color rojo y anaranjado, que lo cruzaban.

Lo inspeccioné con detenimiento. Parecía un grupo de globos de colores que un vendedor llevase durante el carnaval, con una violenta tempestad en segundo término, cuyos rayos no conseguían hacer blanco en los globos.

Traté de pensar en un título. El otro cuadro era *Sol en el Sahara*. Pensé que aquél debería llamarse *Tormenta en un carnaval*.

Retrocedí unos pasos para estudiar el efecto; después, me acerqué para observar las pinceladas. Luego incliné la cabeza sobre un hombro. A continuación, la incliné sobre el otro.

Al cabo de un momento, asentí con la cabeza. Dutton no pudo esperar a que le expresara mi opinión.

Dijo:

—Su título es *Inspiración*. Muestra los relámpagos de iluminación que cruzan entre los círculos que representan los distintos pensamientos que pueblan el cerebro de un hombre.

Esperé cinco segundos largos antes de decir nada. Vi que me observaba con ansiedad febril. Luego pronuncié una palabra.

—¡Tremendo!

Dutton se deshizo en sonrisas. Me cogió la mano y volvió a sacudirme.

—¡Por Cristo! Billings, es usted un hombre que sabe apreciar verdaderamente el arte.

Contemplé *Inspiración* durante otros cinco segundos, y después me encaré solemnemente con Horace Dutton, y dije:

—¡Creo que he encontrado al hombre que puede hacerlo!

—¿Hacer qué? —preguntó.

—Pintar el cuadro que llamará más la atención de todos los pintados en la época moderna.

Se quedó contemplándome y pareció algo vacilante.

—¿Qué cuadro es? —preguntó por fin.

—*Conflicto*.

Entornó los ojos.

—Lo malo del mundo actual son los conflictos. Las naciones tienen conflictos con otras. Los individuos tienen conflictos con otros, las ideas entran en conflicto con otras. Las ideologías están en conflicto con otras ideologías.

—¿Cómo lo mostraría en un cuadro? —preguntó pensativamente.

Me entusiasmé con el tema:

—¿Sabe el sonido que produce el cambio de marchas de un auto cuando lo utiliza un novato? Coja un auto viejo y un hombre que no conozca el método del doble embrague. Trata de cambiar normalmente y los dientes de los engranajes empiezan a chirriar y a destrozarse.

Dutton asintió.

—Pinte ese sonido, y llámelo *Conflicto*.

Retrocedió un paso y se me quedó mirando.

—Puede hacerse —le dije—. Usted pinta engranajes que no entrechocan. Los dientes encajan. Utilice colores que choquen. Ponga un rojo vivo junto a un verde. Haga con la vista lo mismo que los engranajes mal manejados hacen con el oído. Conseguirá un cuadro que con su discordia alterará todo el sistema nervioso; y entonces no tiene más que titularlo: *Conflicto*.

—¡Válgame Dios! —dijo Duttoncon admiración—. ¡Puede hacerse!

—Usted puede hacerlo —le dije—. *¡Usted!*

Creí que el tipo iba a besarme.

Caroline, con los ojos entornados, dijo:

—Mejor será que averigües lo que Mr. Billings quiere por su idea, Horace.

La miré y erguí la cabeza.

—¡Nada! —dije—. No soy pintor. Tengo ideas. Quiero aportar mi humilde contribución al arte.

Me abrazó, después cubrió su pintura *Inspiración* y se apresuró a guardarla en el armario.

—Voy a ocuparme de ello, Billings. Voy a ocuparme esta misma noche. ¡Dios mío! Es la cosa más tremenda que he oído en mi vida. ¡Puedo hacerlo! Puedo pintar el conflicto de tal manera que cause tanto impacto en el espectador que le haga rechinar los dientes. *¡Conflicto!* ¡Qué idea tan maravillosa!

—Soy hombre de posibilidades limitadas —dije—. No puedo garantizarle que lo compre, pero sé que causará sensación. Conozco algo sobre publicidad. Creo que conseguiré atraer la atención de los críticos sobre su obra.

Dutton sirvió más bebida. Prácticamente llenó los vasos. Brindamos y bebimos.

Al cabo de un rato, dije:

—Me gustaría ver otros cuadros suyos, y hablar con pintores en cuyo estilo haya influido usted.

—No he influido en ninguno.

—Oh, sí, ya lo creo. Forzosamente. Cualquiera que haya visto su trabajo y sepa apreciarlo, comprenderá que en él hay algo. ¡Fuerza! ¡Impacto! ¡Vitalidad! ¡Virilidad!

Caroline dijo pensativamente:

—Está George, Horace.

—¿Quién es George? —pregunté.

—George Cadott —dijo Caroline— es mi primo. Primo hermano. Pinta un poco y me consta que está influido por Horace.

—Sí, supongo que sí —dijo Horace en tono de duda.

—¿Dónde puedo encontrar a George Cadott? —pregunté.

—Bueno —dijo Dutton—, de momento George no está aquí.

—Lástima —dije.

Bebimos más ginebra. La botella estaba vacía. Bajé a la calle y compré otra en la tienda de la esquina.

Dutton se estaba mareando. En cuanto a Caroline, no podría decirlo. Permanecía muy erguida, observándome con ojos atentos.

Dutton dirigióse al teléfono. Su voz era algo pastosa.

—Conferencia —dijo a la telefonista—. Aquí Horace Dutton, Lakeview
6-9857
. Quiero hablar con George Cadott. George está ahora en el Roadside Motel, en Vallejo. No sé el número de la habitación que ocupa, pero aparecerá en el registro.

—No se ha inscrito con su nombre, Horace —dijo Caroline.

—Un momento. Es cierto, es cierto —dijo—. Un momento. ¿Cómo diablos es el nombre…? Un momento, ¿cómo diablos es el nombre…? Un momento, telefonista, he de acordarme de ese nombre.

—No nos lo ha dicho —intervino Caroline.

—Sí. A mí sí me lo dijo. Es… Chalmers. ¡George Chalmers! Esto es, telefonista. C-h-a-l-m-e-r-s. No, llámelo, esperaré.

Hubo una espera de un par de minutos. Dutton alcanzó su vaso y bebió un par de sorbos mientras esperaba la comunicación. Luego, de repente, dejó el vaso. Su rostro se iluminó.

—¿Oye, George? ¡Hola, George, muchacho! ¿Sabes lo que ha ocurrido, George? He vendido *Sol en el Sahara* y he conseguido la mejor idea que hayas oído en tu vida.

»Por fin he encontrado a un experto en arte que me comprende. Créeme, me comprende. Sabe reconocer el talento cuando lo ve.

»Bueno, espera un momento, George, muchacho. ¡Espera! Lo sé, lo sé. No querías que se te llamara excepto por un asunto de la mayor importancia, pero éste lo es, George. Quiero decir que esto es una crisis. Está transformando toda mi vida. Es la culminación de una carrera. Es verdaderamente importante. ¿Sabes qué, George, muchacho? He conseguido la idea para pintar el mejor cuadro del año. Me lo han explicado con todos los detalles. Lo único que tengo que hacer es pintarlo… Es la idea más condenadamente buena que has oído en tu vida, George, muchacho. ¡Es tremenda! ¡Extraordinaria! Voy a pintar a un tipo cambiando de marchas… ¡Eh! Oiga… ¡Oiga!…

Dutton sacudió el gancho del teléfono.

—¡Oiga, telefonista! ¡Maldita sea, me ha cortado la comunicación!

Hubo un momento de silencio mientras Dutton escuchaba.

Luego, con expresión incrédula, colgó el aparato.

Volvióse hacia Caroline y hacia mí y dijo con voz despectiva:

—¿Qué les parece? El muy cerdo ha colgado.

Nos terminamos nuestras bebidas. Me disculpé y avancé tambaleante hacia la puerta, con el precioso cuadro bajo el brazo.

Horace Dutton me acompañó hasta el ascensor.

Hasta el segundo intento no consiguió apretar el botón. La cabina subió y se detuvo ante nosotros.

Abrí la puerta.

Dutton dijo:

—¿Sabe una cosa, Billings?

—¿Qué?

—Voy a empezar ese cuadro ahora mismo. Esta misma noche. Tengo una idea extraordinaria para conseguir que los colores choquen entre sí… ¿Sabe otra cosa? Me ha dado una idea acerca de los marcos de formas originales. Pondré el cuadro en un marco de seis lados, pero ninguno de ellos será igual. ¡Colores detonantes! Un marco completamente irregular. Billings, me ha hecho usted el mayor favor que un hombre puede hacer a otro. Es usted uno de los fenómenos que más escasean en la tierra: alguien que puede inspirar al genio.

La puerta del ascensor se cerró.

Encontré un taxi a una manzana de distancia Estaba bastante mareado. Me detuve en el bar del hotel, y bebí tres tazas de café bien cargadas. Subí a mi habitación, me eché en la cama diez minutos, y luego me tambaleé hasta el cuarto de baño. Vomité y me sentí mejor. Pedí por teléfono más café.

Puse una conferencia telefónica con Barclay Fisher.

—¿Qué tal le va? —preguntó Fisher.

—Creo que bien —dije—. Voy a ponerme en contacto con Cadott. Le he localizado.

—¿Dónde?

—En el Roadside Motel, en Vallejo. Está inscrito con el nombre de George Chalmers, y se oculta cuanto puede; pero le encontraré.

—¿Dónde está usted?

Se lo dije.

—¿Qué se propone decirle? —preguntó Fisher, y casi pude oír como hacía crujir sus nudillos.

—Voy a decírselo —expliqué, tratando de conservar una expresión de dignidad.

—Pero, ¿qué puede decirle?

—¡Se lo diré!

—Lam —preguntó ansiosamente—, ¿está bien?

—Claro que estoy bien —le contesté—. He localizado a Cadott, ¿no? Y créame, ha sido difícil. Sólo se lo comunico para que conozca mis progresos.

Colgué el teléfono y me contemplé en el espejo. Me azoté el rostro con una toalla mojada, y volví a tenderme en la cama. El café empezaba a hacer su efecto. Me sentí mucho mejor, pero cuando cerré los ojos, las cosas empezaron a dar vueltas.

Miré mi reloj de pulsera. Eran las cinco de la tarde. Cogí el teléfono. Experimentaba una terrible sensación de responsabilidad y de urgencia.

Pedí una conferencia con Bertha Cool, con gastos a su cargo.

Su voz sonó en el auricular, furiosa y como una gallina mojada porque había hecho la llamada a sus expensas.

Le expliqué dónde estaba y dije:

—Bertha, sólo quería tranquilizarte.

—¿Sobre qué?

—Sobre los cincuenta y siete pavos que aparecerán en la cuenta.

—¿Cincuenta y siete machacantes de una vez? —preguntó con voz ronca.

—En efecto.

—¿Para qué? Podías haber pescado esa merluza por un total de cinco pavos. ¿Por qué has usado champaña?

—Ha sido por un cuadro. Lo he comprado. Se llama *Sol en el Sahara*, voy a ponerlo en un marco de color púrpura y…

—Esto es una conferencia, condenado idiota —me chilló Bertha —. Al grano. ¿Por qué me has llamado y por qué te has emborrachado? Apenas puedo entenderte.

—Nadie es capaz de entenderme —dije.

Bertha colgó violentamente el teléfono.

Sacudí el instrumento hasta que contestó la telefonista del hotel.

—Llámeme a las siete —dije, colgué y me dejé caer en la cama.

Aquello me permitiría descansar dos horas.

Dos horas durante las cuales el café produciría efecto. Después

me encaminaría hacia Vallejo, para ver a George Cadott.

capítulo cuatro

UNOS nudillos llamaron a la puerta. Recobré lentamente la conciencia.

Los golpes cesaron. Permanecí tendido en la cama, pensando. Los golpes no podían haber sonado en la puerta. Estaban en algún punto de mi cerebro. Un martilleo uniforme, rítmico. Era una sensación de apremio, que me impulsaba a hacer algo pero no pude averiguar de qué se trataba.

Entonces volvieron a empezar los golpes en la puerta. Esta vez no podía haber error. Eran unos golpes vigorosos, desesperados, y cada sonido se repetía en el interior de mi cráneo como un disparo de revólver en una habitación cerrada.

Conseguí sentarme. Palpé buscando el interruptor de la luz que había junto a la cama, lo moví, me puse en pie y me acerqué a la puerta.

Di, vuelta a la llave y abrí.

Barclay Fisher estaba ante ella.

—Hola, Fisher —dije.

—¿Qué diablos le ocurre? —me preguntó—. He estado llamando a la puerta y tratando de despertarle. ¿Siempre duerme tan profundamente?

Ni siquiera se ha quitado la ropa.

—He tenido mucho trabajo —le expliqué.

Mi lengua sabía como el interior de un corral de ovejas. Tenía la garganta áspera y seca. Miré mi reloj de pulsera. Eran las tres y media.

—¿Qué está haciendo aquí? —pregunté a Fisher.

—No podía dormir —me contestó—. He cogido el avión de medianoche.

—¿Qué le ha contado a su esposa?

—Lam —dijo con solemnidad—, le he mentido a Minerva. ¿Se da cuenta lo que este maldito asunto ha hecho conmigo? Me ha obligado a mentir a Minerva.

—Es una lástima.

Me acerqué al teléfono, lo descolgué y dije:

—Había pedido que me llamasen a las siete. ¿Por qué no lo han hecho?

—Un momento —dijo la dulce voz femenina.

Se produjo una pausa y después la voz dijo:

—Sí, Mr. Lam. Tenemos que llamarle a las siete. No se le ha llamado porque aún no lo son. Son las tres y cuarenta minutos.

Gruñí y dije:

—Está bien, póngame con el servicio.

Una vez tuve la comunicación, encargué un vaso de zumo de tomate frío, una botella de salsa de Worcestershire y un par de limones. Me puse unos almohadones tras la espalda y me acomodé en la cama.

—¿Qué le ha dicho Cadott? —preguntó Fisher—. ¿Ha podido meterle el miedo en el cuerpo?

—No le he visto —dije—. He averiguado donde está. Eso es todo.

—¿No le ha visto?

—No.

—Pero usted me ha telefoneado antes de las cinco diciéndome que estaba en Vallejo y…

—En efecto.

—Pero, ¿por qué no le ha visto?

—Ante todo, porque dejé el encargo de que me llamaran a las siete, y la tonta de la telefonista ha creído que me refería a las siete de la mañana.

—¿Qué quiere decir?

—Encargué que me llamasen a las siete de la tarde. Tuve que beber ocho o diez copas con el amigo de Cadott, para averiguar dónde se ocultaba éste. Quería dormir un par de horas antes de ir a Vallejo.

—¿Y ha dormido demasiado?

—He dormido demasiado.

Fisher hizo crujir sus nudillos. Sus ojos pálidos y acuosos me

miraron con reproche, e incluso el sonido de sus nudillos parecía llevar una nota acusadora.

—Tenía la esperanza de que a estas horas estuviese todo arreglado —dijo.

—Cadott se ha escondido —le expliqué—. He tenido que utilizar métodos heroicos para averiguar dónde estaba.

—¿Por qué se oculta?

—Porque su amiga, Lois Marlow, le ha dicho que se meta en un agujero y que no salga de él hasta nuevo aviso.

—¿Y por qué le ha dicho eso?

Dije:

—Espero que uno de estos días conseguirá la respuesta, pero desde luego Lois quería sacarlo de en medio, y ciertamente lo ha conseguido.

Fisher dijo nerviosamente:

—En cualquier momento, Lam, Cadott puede escribir a Minerva; incluso puede descolgar el teléfono y ponerle una conferencia. Es peligroso. Toda la situación está cargada de dinamita. No podemos permitirnos perder ni un segundo.

—Está bien —dije—. ¿Qué quiere que haga? ¿Que telefonee al tipo a las cuatro de la madrugada, y que le diga: «Oiga, Cadott, no puede causarle molestias a Fisher, porque si lo hace será un desastre»?

»Si utilizo esta técnica —proseguí—, se encontrará por completo en manos de Cadott. Él sabrá que usted teme y que tiene poder sobre usted. Empezará a utilizar tal poder. Piense que es un fanático que se propone cambiar el mundo.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer con él? —preguntó Fisher—. ¿Cómo impediremos que se dirija a Minerva? ¿Cómo evitaremos que cause más molestias?

—Hay una respuesta a esto, pero ni siquiera voy a pensar en ella hasta haberme tomado mi zumo de tomate.

Fisher anduvo por la habitación e hizo crujir uno de sus nudillos de la mano izquierda con la fuerza de un disparo de pistola.

—¿Tiene habitación? —le pregunté.

—No, acabo de llegar.

—Consígase una.

—No tengo sueño.

—Yo sí.

—Ya ha dormido usted bastante —me espetó acusadoramente.

—Y además, he comprado un cuadro.

—¿Un cuadro?

—En efecto. Lo he comprado con su dinero. Le ha costado a usted cincuenta y siete dólares. Su autor es Horace Dutton y se titula *Sol en el Sahara*. ¿Quiere verlo?

Me miró con la expresión que suele reservarse para la gente que está completamente chiflada.

Crucé la habitación y quité el papel que envolvía el cuadro.

—¡Válgame el cielo! —exclamó, dando un paso atrás—. ¿Dice que ha comprado eso?

—En efecto. Ha sido mi sistema para conseguir la dirección de Cadott. También compré una botella de ginebra. ¡Qué fuerte la hacen!

Llamaron a la puerta. Me dirigí a ella y la abrí. El sonido del hielo en el cubito fue uno de los sonidos más dulces que he oído en mi vida.

Vertí el zumo de tomate en un vaso grande, añadí hielo, salsa de Worcestershire y limón y empecé a apagar el fuego que ardía en mi garganta.

Fisher contemplaba el cuadro de Dutton con expresión de fascinada incredulidad.

—¿Quiere? —pregunté a Fisher, señalando el zumo de tomate.

Meneó la cabeza.

—Antes de subir he tomado un poco de café. No quiero nada más… Lam, este asunto me preocupa.

—Eso me ha parecido.

—Luchamos contra el reloj.

Asentí con la cabeza.

—Está bien —dijo—. Dice usted que el chantaje siempre se realiza por etapas. El primer pago es sólo la primera etapa.

Asentí de nuevo.

—Podríamos pagar de momento y ganar tiempo.

—Me serví otra ración de zumo de tomate, exprimí un limón, añadí una buena porción de salsa de Worcestershire, y dije:

—Lo malo es, Fisher, que no se trata de chantaje.

—¿Qué es pues?

—No estoy seguro, pero creo que es un problema para un psicoanalista.

—¿A qué se refiere?

Dije:

—En mi opinión, Cadott ha hecho algo que le preocupa. No se atreve a confesarlo, pero no puede tranquilizar su conciencia mientras se crea un pecador. En consecuencia, se ha creado un complejo que le hace desear dar a la publicidad los pecados de todos los demás, basándose en la teoría de que así se convencerá a sí mismo de que no es peor que los otros.

»Probablemente, los psiquiatras tienen un nombre para esto. No sé cuál es. Yo lo llamaría un intento de expiar su culpa.

—¿Y qué? —preguntó Fisher.

—Cuando la conciencia de un hombre empieza a atormentarle hasta tal punto, está a un paso de la confesión. No me sorprendería demasiado que consiguiera que Cadott me contase lo que verdaderamente tiene en la cabeza, lo que le hace parecer un fanático cruzado.

—¿Entonces podrá amenazarle con ello? —preguntó Fisher.

—Nada de eso. Creo que si Cadott se quita ese peso de su conciencia, perderá su afán redentor y tal vez acepte la vida más como es en realidad. Entonces podría hacer feliz a Lois y dejar de ser una pesadilla.

—Debe usted saber cosas que yo ignoro, Lam.

—¿Por qué no? Me ha contratado para que las averigüe, ¿no?

—Usted no me las ha contado.

—Imagíneselas por sí mismo. He aquí a un individuo puritano hasta el extremo que se enamora de una muchacha a quien le gusta la vida, la acción y la variedad. El individuo tiene períodos de normalidad y otros en que se vuelve rígido, agrio y con todas las cualidades desagradables de un fanático reformista.

»Cadott piensa que ha metido usted a Lois Marlow en una situación incómoda y le escribe una carta diciéndole que va a deshacer por completo su reputación. Va a exponerle a los ojos del mundo. Va a conseguir que Lois Marlow reconozca sus pecados y usted su perfidia.

»Vengo a hablar con el individuo y él va y se esconde. Y ahora, ¿cómo consigue encajar todo esto?

—No puedo —dijo por fin.

—Tampoco yo, excepto con la teoría de que lo que tiene contra usted es insignificante. El tipo se ha vuelto emocionalmente inestable. Si le ha escrito esa carta, probablemente habrá amenazado también a otras personas.

—¿Qué quiere decir eso?

—Puede significar mucho. Depende de lo que tenga contra esas otras personas.

Bebí más zumo de tomate.

—Bueno —dijo Fisher—, reconozco que su idea parece plausible pero sigo opinando que sería mejor hacer callar a ese tipo con dinero.

—Está bien —dije—. Iré con usted hasta este punto: si es chantaje puede pagarle y ganar tiempo hasta que encontremos la respuesta. Personalmente, no creo que sea chantaje… ¿Dónde está su maletín?

—Abajo. Pediré una habitación y ya nos veremos a… a las ocho. Nos desayunaremos y luego iremos a Vallejo.

Sacudí la cabeza:

—Nos veremos a las siete y media —dije—. Nos desayunaremos y saldremos de aquí a las ocho.

—Muy bien, hasta las siete y media.

Fisher salió. Me quité la ropa, me metí en la bañera llena de agua muy caliente, permanecí allí durante veinte minutos, salí, me sequé, me afeité, examiné mi traje arrugado, pregunté al conserje si podían planchármelo y devolverlo a las seis cuarenta y cinco, me aseguraron que sí, le vacié los bolsillos, envié el traje a la planchadora, y terminé de beberme el último zumo de tomate. Por entonces me sentía como un guiñapo.

Sol en el Sahara hizo que mi nervio óptico protestara y me trajo a la memoria desagradables recuerdos. Volví el cuadro de cara a la pared, envié a buscar los periódicos, leí un rato, dormité otro poco y el estridente sonido del teléfono me despertó a las siete. Me puse en comunicación con el conserje, quien pasó mi llamada a un camarero.

Mi traje no estaba listo. El camarero explicó que hasta las siete no llegaba y que le sería imposible tener el traje antes de las siete y media. Me mostré enojado, y conseguí que me prometiera darse

prisa.

Saqué una muda limpia de mi maleta. Metí lo demás en la bolsa para la lavandería, y la entregué cuando me entregaron el traje, a las siete y veinte.

A las siete y media estaba abajo, en el bar.

Fisher estaba sentado ante el mostrador, tomando café.

—Hola —dije—. Me ha ganado usted.

Me miró con resignación.

—No he podido dormir.

—¿Cuánto rato lleva aquí?

—Han abierto a las seis y media. Desde entonces.

—¿Se ha desayunado?

Meneó la cabeza.

—Sólo café.

Había un taburete vacante a su lado. Dije a la camarera:

—Zumo de naranjas, ciruelas hervidas, huevos con tocino, y pase la cuenta a este señor.

Fisher empujó a través del mostrador su vacía taza de café.

—Vuelva a llenarla —dijo.

—Mejor será que no tome más —le aconsejé—. Le pondrá demasiado nervioso. Intente comer unos huevos con tocino.

Hizo una mueca.

—Sólo pensar en comida me da náuseas.

Me desayuné apresuradamente. La camarera entregó la cuenta a Fisher. Él le dio una propina miserable. Me metí la mano en un bolsillo, saqué un dólar de plata, lo dejé en el mostrador y dije:

—Puesto que desde las seis y media está dándole la lata, por lo menos, muéstrese generoso ahora. Por lo demás, todo irá en la nota de gastos.

Contempló el dólar de plata.

—Bueno, tal vez tenga razón.

Recogió sus veinticinco centavos, y se los metió en un bolsillo del pantalón.

—Puede apostar a que sí —le dije, y saqué otros cincuenta centavos.

La camarera había permanecido inmóvil, examinando la operación. Me dirigió una rápida sonrisa y miró a Barclay Fisher como si se tratara de un marciano.

Fisher se encaminó hacia la puerta, haciendo crujir sus nudillos.

—¿Qué medio de transporte tenemos? —preguntó.

—Dispongo de un auto alquilado.

Saqué el vehículo y nos abrimos paso contra la corriente de autos que entraban en la ciudad desde el otro lado de la bahía. Después salimos a la autopista, y por un rato tuvimos el camino despejado luego volvimos a encontrarnos metidos en un intenso tránsito. Llegamos a Vallejo y encontramos sin dificultad al Roadside Motel.

—¿Preguntamos por él con su falso nombre? —inquirió Fisher.

—No sea tonto —dije—. No preguntaremos por nadie con ningún nombre. El individuo tiene un auto deportivo y está inscrito con el nombre de Chalmers. Miremos por ahí.

A aquella hora de la mañana, el encargado dormía profundamente después de haberse pasado la mitad de la noche alquilando pabellones. La mayoría de los clientes se habían marchado ya. Las criadas arreglaban los pabellones.

Recomendé a Fisher que echara hacia atrás los hombros y que anduviera con decisión.

—Lo primero que tiene que aprender para convertirse en detective, es no actuar como si buscara algo, porque, si es así, la gente empezará a preguntarse qué es y tal vez alguno se le acerque y le pregunte si puede ayudarle. Entonces se acordarán de usted y quizá hablen demasiado.

»Lo que conviene es ir aprisa, no demasiado, pero andar con decisión, como si supiese exactamente a dónde se dirige. Luego, si no encuentra lo que busca, dé media vuelta y márchese rápido, como si hubiera olvidado algo.

Avanzamos a buen paso por la pista del hotel.

Distinguí el auto deportivo en el garaje contiguo al pabellón veinticuatro.

—¿Y ahora qué? —preguntó Fisher—. Ya le hemos encontrado. ¿Qué sacamos de ello?

—Hablemos con el individuo —dije.

Nos acercamos a la puerta, y llamé.

No hubo respuesta.

Llamé con más fuerza.

Siguió sin suceder nada.

—Tal vez haya salido a desayunarse —dije—. Venga, vámonos.

Dimos media vuelta y anduvimos rápidamente hasta el restaurante, más allá de las oficinas.

—¿Sabe qué aspecto tiene? —preguntó Fisher.

—Creo que podré identificarle. Es un cruzado fanático, intolerante, rígido, mojigato. Probablemente tendrá pómulos salientes, ojos brillantes, cabello enmarañado y una boca débil. Se moverá con ademanes nerviosos e intranquilos.

Entramos en el restaurante. Fisher se tomó otra taza de café. Yo pedí una tostada y chocolate.

Lenta, cuidadosamente, examiné a todos los que se hallaban en el restaurante. No pude encontrar a George Cadott, a menos que estuviese confundido por completo respecto al aspecto del individuo, por lo que sabía de su carácter.

—Tal vez estuviese en la ducha —dije—. Volvamos a llamar.

Regresamos al pabellón. Golpeé con fuerza la puerta. No hubo respuesta. Di la vuelta al pomo y empujé.

—¡Oiga, oiga! ¿Qué está haciendo? —preguntó Fisher.

—Echar una ojeada —contesté.

La puerta se abrió suavemente en sus bien engrasados goznes.

Fisher retrocedió.

—No quiero saber nada de esto —dijo.

—Entonces, espere fuera —le dije.

Casi prefería hablar a solas con Cadott. Sabía que podría calibrar mejor al individuo si Fisher no estaba allí, haciendo crujir sus nudillos.

No creía posible que el sujeto estuviese durmiendo a aquella hora, a menos de estar borracho, pero nunca se sabe.

Necesité un momento para acostumbrarme a la débil luz que había en el interior. Cerré la puerta con suavidad a mis espaldas.

La cama no había sido utilizada.

No lo entendí.

Di la vuelta a la cama, en dirección al cuarto de baño y de repente me detuve. Un par de pies calzados aparecieron a mi vista. Eran unos pies enormemente elocuentes. Contaban su historia con rigidez inanimada.

Acabé de dar la vuelta a la cama para poder mirar al suelo.

El cuerpo estaba completamente vestido y no debió haber

sangrado mucho. Había una mancha roja en el pecho y un poco de sangre seca en la descolorida alfombra.

El rostro tenía el inconfundible color de la muerte. Era el rostro de un hombre con una espesa cabellera negra que llevaba muy corta. Los pómulos eran salientes. Los ojos se hallaban cerrados. La mandíbula estaba caída y parecía débil e insignificante.

No había señales de lucha. Todo estaba en perfecto orden. Un llavero de cuero estaba medio oculto por la americana del hombre. Lo cogí y me lo guardé en un bolsillo.

Retrocedí dando la vuelta a la cama, saqué mi pañuelo, limpié el pomo de la puerta, la abrí, salí, y, ocultando el pañuelo en la palma de mi mano derecha, cerré con suavidad la puerta al tiempo que frotaba el pomo con el pañuelo.

Fisher se había alejado unos quince metros y trataba de aparentar que nunca en su vida me había visto.

Anduve rápidamente, alcancé a Fisher, y dije:

—Vamos.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Fisher.

—No está. Tengo la impresión de que el fulano ha ido a la ciudad a poner alguna conferencia telefónica.

—¿No está?

—No lo he visto. Sólo he abierto la puerta y me he asomado. No he registrado el pabellón.

—Oh —dijo Fisher—, entonces, ¿no estaba en la cama?

—La cama no había sido utilizada.

—¡No puede ser!

—Pues es.

—Pero su auto está aquí, ¿no?

—Eso creo.

—Bueno, no puede haberse alejado mucho. ¿No sería mejor preguntar en el registro para estar seguros?

—No; tengo el número de la matrícula. Es la de Cadott. Creo que por lo que respecta al auto podemos estar seguros.

—Bueno. ¿Qué vamos a hacer?

—Nos marchamos.

—No lo entiendo. Hemos venido hasta aquí para hablar con el individuo ése y ahora dice que nos marchamos.

—Eso es. Hemos cambiado de idea.

—No entiendo por qué.

—No tiene por qué entenderlo todo. En realidad, su presencia ha sido más bien una molestia para mí.

—No he podido evitarlo. Tenía que estar en la línea de fuego. Quiero saber lo que ocurre. No puedo soportar esa terrible espera. Dígame, Lam, ¿cree usted que el individuo ha cumplido su amenaza y ha escrito ya a Minerva?

—No lo sé.

—Tenemos que localizarle. Hemos de ponernos en contacto con él, Lam. Hemos de impedírselo.

—Creo que ya se lo he impedido.

—¿Cómo?

—Fui a ver a Lois Marlow y le dije quién era y lo que me proponía.

—¿Y supone que ella se lo contó?

—De lo contrario, ¿por qué tenía que correr hasta aquí e inscribirse con nombre falso?

—Sí, es cierto —respondió Fisher.

—De modo que le acompañará hasta el aeropuerto de Oakland. Coja el primer avión de regreso.

—Pero no es eso lo que quiero. Deseo quedarme con usted. He venido a ayudarle.

—Usted va a regresar —le dije—. Está ya en camino. Aquí sólo sirve para entorpecer mi trabajo.

—No puedo marcharme desde Oakland. He de ir al hotel y recoger mi maletín.

—Está bien —le dije—. Regrese al hotel y coja el maletín. Después márchese en el primer avión.

Fisher me miró recelosamente.

—Parece usted haber cambiado mucho sus planes de repente.

—En efecto. Cuando me conozca mejor sabrá que ésta es una de mis peculiaridades.

capítulo cinco

NO sabía el tiempo de que disponía, pero sí que los minutos eran preciosos. Calculé que una hora sería probablemente el máximo. Entonces, alguna criada descubriría el cadáver de Cadott, examinarían el certificado del automóvil y la policía lo invadiría todo.

La tercera llave del llavero que había recogido en el hotel encajó en la cerradura del apartamiento de Cadott. Entré.

No sé qué tiene de particular el hombre que vive solo, pero siempre he notado que impregna su vivienda de un olor especial. Dicho olor es penetrante y sólo en parte puede atribuirse a las colillas que llenan los ceniceros.

El apartamiento de Cadott olía de tal forma.

Lo examiné rápidamente.

Había libros de metafísica, otro titulado *La rueda del destino*, otro *La Filosofía oriental*, y otro *Expiación y Karma*.

El escritorio estaba cerrado. Examiné las llaves del llavero y no tuve ninguna dificultad. Sólo había una del tamaño de aquella cerradura.

Abrí el escritorio. Allí todo estaba en un orden perfecto. Tenía un cajón con un archivo alfabético, otro cajón con papel de copia, papel blanco, sobres y sellos. Sobre la mesa había una máquina de escribir portátil.

Saqué la carpeta correspondiente a la F y, naturalmente, encontré una copia de la carta que había escrito a Fisher. Después encontré algo que me dejó helado. Era la copia de una carta escrita dos días antes a Mrs. Barclay Fisher, dirigida a su domicilio particular, donde se indicaba «Privada, personal y confidencial».

Leí con cuidado la copia. Era dinamita pura.

Decía:

Apreciada Mrs. Fisher:

Le ruego que no me crea un mentecato. Soy un hombre que ha dedicado su vida a hacer mejor este mundo en que vivimos.

Lois Marlow, que vive en los apartamientos Wisteria de esta ciudad, es en el fondo una buena chica, pero algo alocada, frívola y que todavía no ha aprendido a apreciar las verdades eternas.

Llevo algún tiempo dedicándome a ella, tratando de que comprenda que uno solo cosecha lo que siembra. La ley del Karma es inflexible. Nuestras acciones son pesadas en las balanzas de la eternidad.

Cinco años atrás me casé con Lois. Era una muchacha adorable e inocente. No nos avenimos. Fue a Reno y se divorció de mí.

Desde entonces, cada vez ha ido cayendo más bajo. Sólo cree en la frivolidad y en la alegría. Va por el mundo con el cuerpo de una mujer y la mente de una adolescente.

La aprecio demasiado para permitir que tal situación continúe.

El motivo de que le hable de ella es que su esposo pasó una noche en su compañía, cuando estuvo aquí, con motivo de una convención. Me siento moralmente obligado a proteger a Lois frente a sí misma.

En circunstancias ordinarias, no se me ocurriría considerarle a él único responsable; pero como mis investigaciones demuestran que ha aceptado la responsabilidad de hacer de padre de una niñita huérfana, mi sentido de la justicia requiere que pida a las autoridades que investiguen si está moralmente capacitado para desempeñar tal papel.

Ahora puedo demostrar que Karl Jensen, un importante industrial, usa deliberadamente el sexo como sistema de venta. Paga a mujeres jóvenes para que se muestren complacientes, con el fin de que Jensen logre vender más motores Thrustmore.

He hecho una advertencia a ese Jensen. No le haré ninguna más. Ese hombre es un peligro para la sociedad.

Su esposo ha pecado. Además, ha tentado a otra persona para que lo haga.

Que se haga justicia.

Atentamente suyo,

GEORGE
CADOTT

Doblé las copias de ambas cartas y me las guardé en un bolsillo. Consulté apresuradamente mi reloj de pulsera e hice un breve examen del escritorio. Sabía que corría un riesgo, pero, al fin y al cabo, un hombre tiene que correrlos de vez en cuando, si tiene que realizar un trabajo para un cliente.

Encontré una libreta de notas con tapa de cuero, de unos quince por treinta centímetros. La hojeé. Era un diario. Me lo guardé en el bolsillo. No encontré ningún otro diario.

Abandoné el pabellón, asegurándome de que no dejaba huellas dactilares. Me detuve en una marroquinería y compré una cartera. Metí en ella el diario, las copias de las cartas y las llaves.

Tomé un taxi hasta la consigna de las calles Tercera y Townsend, metí la cartera en un casillero, guardé la llave del mismo en un sobre, y dejé éste a una camarera del restaurante, dándole un dólar y diciéndole que me lo guardara hasta mi regreso.

Desde semejante punto de vista, estaba limpio. Podían registrarme tan a fondo como quisieran: no encontrarían nada.

Dejé aparcado mi coche de alquiler, y cogí un taxi hasta los apartamientos Wisteria.

Quería ver el rostro de Lois Marlow cuando se enterara de lo sucedido.

Crucé silenciosamente por delante del apartamiento de Dutton, el 316. Olfateé el aroma de café que surgía por debajo de la puerta y supuse que los Dutton se estaban desayunando tarde.

Apreté el timbre del 329.

Lois Marlow preguntó desde el otro lado de la puerta:

—¿Quién es?

—Donald Lam.

Vaciló un momento y después oí el sonido de un cerrojo que se descorría, luego el de una cadena de seguridad que era soltada, y por fin se abrió la puerta.

Lois Marlow llevaba una bata, zapatillas, una expresión de buen humor pintada en el rostro, y aparentemente nada más.

—El diabólico detective —dijo—. ¿No da a una chica ni oportunidad de vestirse?

—Está usted vestida.

—No estoy vestida. Estoy cubierta.

—¿He de hablar aquí en el pasillo, para que todo el mundo se entere de lo que digo, o puedo entrar?

—Hay otra alternativa.

—¿Cuál?

—Que no diga nada.

Me limité a sonreír, y dije:

—Quería pagar una apuesta.

—¿Qué apuesta?

—Usted apostó a que no podría encontrar a George Cadott. Yo aposté a que sí. Ahora regreso a casa.

—No lo ha encontrado, ¿verdad?

—¿Le pagaría si no?

—¿Qué apostamos?

—No sé. ¿Qué apostamos?

—Pase —me invitó Lois—. Siempre me han gustado los caballeros que desean pagar sus apuestas. Soy muy interesada. ¿Qué me propone usted?

—Podría pagarle unas copas —le dije.

Por la puerta abierta distinguí el dormitorio. La cama estaba aún sin hacer. La muchacha cruzó la habitación, cerró la puerta, se sentó en el diván, cruzó las piernas, vio que mi mirada se desviaba, y dijo:

—Es un buen pedazo de pierna, ¿verdad Donald?

Cambió las piernas de lugar, puso la bata en su sitio, permaneció rígida por un momento, y después dijo:

—¡Oh, qué diablo! Supongo que ya habrá visto otras piernas de mujer —y volvió a cruzar las piernas. Alcanzó un cigarrillo, golpeó su extremo, encendió una cerilla, aspiró una profunda bocanada de humo, y dijo—: Me parece que es usted uno de esos tipos trabajadores y debe de hacer horas que se ha levantado.

—No demasiadas.

—¿Quiere café?

—Ajá.

—Está bien, lo prepararé tan pronto como acabe el cigarrillo.

Quiero volver a sentarme con tranquilidad y tener tiempo para averiguar lo que realmente se propone.

—Pagar una apuesta. ¿No recuerda?

—Sí, recuerdo. Ése fue el gambito de apertura.

—Tal vez si pagase razonablemente mi apuesta, usted me diría donde está George Cadott.

—No lo sé. Le dije que desapareciera.

—¿Y desapareció?

—¿No es así?

—En apariencia. Sólo me pregunto cómo pudo usted decirle que desapareciera y obedecer él con tanta rapidez y docilidad.

—Le dije que un detective privado le seguía la pista.

—¿Y eso le preocupó?

—Supongo que sí.

—¿Sabía usted que obraría así?

—Lo sospechaba.

—¿Le importaría decirme por qué?

—Oiga, Donald, quiero quedarme sentada y gozar del cigarrillo. Quiero descansar antes de empezar con usted el juego de quién es más listo. Después, quiero café y, si es usted buen muchacho, puede preparar unos huevos con tocino mientras yo me visto. Entonces podríamos sentarnos, desayunarnos y charlar.

—Hay varias cosas que me gustaría saber.

—A usted le gustaría saber muchas cosas. Siempre quiere saber demasiado.

—Bueno, siéntese y acabe su cigarrillo. Sin embargo, tengo que hacerle una pregunta antes de que prepare el café.

Lois cambió ligeramente de posición, aspiró con fuerza el humo del cigarrillo, me miró calculadoramente y dijo:

—¿Qué pregunta es?

—¿Qué impulsó a George Cadott a iniciar su gran cruzada moralizadora?

Ella sonrió y dijo:

—Ésa es la pregunta de los sesenta y cuatro mil dólares, ¿no?

—Eso parece.

Apagó el cigarrillo y dijo:

—Bueno, prepararé el café.

Se puso en pie y se encaminó hacia la cocina. Tuve oportunidad

de admirar la parte posterior de la bata. Tenía buen corte.

Oí como llenaba de agua la cafetera y luego el roce del metal sobre el fogón, y en seguida estuvo de regreso.

—Me gusta el café bien cargado —dijo Lois.

—A mí también.

—Uso un café molido muy finamente. Desenchufe la cafetera en cuanto haya hervido un par o tres de minutos. Voy a ponerme algunas ropas. ¿Quiere vigilar?

—¿La operación?

—No sea tonto. La cafetera.

Se metió en el dormitorio, pegó una patada a la puerta para cerrarla. La hoja quedó entornada, pero ella no retrocedió para cerrarla. Distinguí fugazmente cómo se quitaba la bata y el reflejo del sol en la carne rosada.

—¿Está vigilando el café, Donald? —me gritó desde el dormitorio.

—Aún no. Si se vigila una cafetera nunca acaba de hervir.

Lois abrió la puerta y se mostró en bragas. La luz que entraba por la ventana del dormitorio formaba una sombra intrigante.

—Cuidado con los deslices —le advertí.

Ella rió, miró la sombra que formaba su cuerpo, y dijo:

—Hay deslices que no se notan, Donald.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

Volvió a reír y contestó:

—Esto tendrá que averiguarlo por sí mismo. Usted es el detective. Sólo quería explicarle que algunos de mis deslices no se notan; por lo menos eso espero. Y ahora, váyase a vigilar el café. Los huevos y el tocino están en la nevera.

Me lavé las manos en el fregadero, las sequé con una toalla de papel, encontré tocino y huevos, y empecé a freír el tocino a fuego lento. Casqué media docena de huevos en un cazo, moví la sartén para que la grasa se desprendiera del tocino sin hervir, encontré un tarrito en el armario y vertí en él el exceso de grasa.

Doré bien el tocino, reuní tres o cuatro toallas de papel, las doblé para que formasen como una montaña dentro, y coloqué encima el tocino, a fin de que se desprendiera la grasa.

Batí bien los huevos, los eché en la sartén y empecé a removerlos.

Empezaban a adquirir consistencia cuando se abrió la puerta y Lois Marlow entró y se detuvo a mi lado.

—¿Cómo le va? —preguntó.

—Muy bien, si le gustan revueltos.

—Me gustan revueltos.

—¿Con un poco de paprika?

—Con un poco de paprika.

—¿Y unas gotitas de salsa de Worcestershire?

—Nunca lo he probado.

—Pues ahora lo probará. Ya la he puesto.

—¿Sal, pimienta? —preguntó ella.

—Ajá. Sal. Está bien. Y ahora muy poco de pimienta, porque quiero que se note el sabor de la paprika.

—¿Y de la salsa de Worcestershire?

—Y la salsa de Worcestershire.

—Se le está enfriando el tocino.

—En cuanto ponga los huevos en la bandeja, volveré el tocino a la sartén y lo calentaré otra vez antes de sacarlo a la mesa.

—Tiene usted que ser casado, Donald.

—No.

—Entonces, ¿cómo sabe tanto de cocina?

—¿Es esto un síntoma de matrimonio?

—Preparar el desayuno, sí. Cuando un individuo se casa descubre que su esposa prefiere dormir por la mañana. También descubre que ella tiene jaqueca y se disgusta mucho si no se le sirve el café. Eso lleva al marido a la cocina, y una vez está allí, descubre que tanto da que, de paso, prepare también el tocino y los huevos.

—Resulta bonito, ¿verdad?

—Ajá.

—Sin embargo, usted no cree que le gustase enseñar a George cómo se cocina, ¿verdad?

—Eso depende.

—¿Cómo adquirió George ese complejo que tiene?

—Si se lo contara, lo sabría usted, ¿verdad?

—Claro.

Lois contempló cómo los huevos se espesaban y luego cómo eran vertidos en una bandeja. Me vio recoger el papel que contenía el tocino, volcarlo en la sartén para que se calentara y luego ponerlo

en la bandeja.

Dijo:

—Si se lo contase, le derribaría de golpe del árbol de Navidad.

—Es difícil hacerme caer del árbol de Navidad —le contesté—. ¿Tostadas?

—No me vendrían mal.

—Ahí tiene un tostador eléctrico. Ése es trabajo suyo.

Ella rió, cogió pan, metió un par de rebanadas en el tostador, lo enchufó y me observó con expresión calculadora.

Esperé hasta que las tostadas estuvieron listas y ella las hubo untado con mantequilla. Entonces puse la bandeja con los huevos y el jamón en la mesita de la cocina.

Nos sentamos. Lois llenó de café dos tazas. Me limité a probar los huevos y a mordisquear una tostada.

Dijo:

—No parece muy hambriento.

—Es mi segundo o tercer desayuno, ya he olvidado cuál.

—Sabía que era usted un tipo madrugador.

Se bebió el café, probó los huevos, se sirvió otra ración, cató un pedazo de tocino y dijo:

—¡Caramba, Donald! Sería usted un marido maravilloso.

—Me temo que no —contesté—. Me volvería despótico. Echaría a mi mujer de la cama, y le diría que se apresurase a prepararme el desayuno mientras yo me afeitaba.

—No, no lo haría. Si una muchacha fuese buena con usted, usted le correspondería.

—Tal vez.

Permaneció callada por un momento, calibrándome.

—Creo que en esto dice usted la verdad, Donald.

—¿Quiere comprobarlo?

—Estaba pensando en ello. ¿Por dónde empezamos?

—Podría decirme si estaba enamorada de George cuando se casó con él —sugerí.

La taza de café estaba a medio camino de sus labios. La bajó. La taza chocó contra el plato. Me miró.

—Se ha movido usted mucho —me dijo.

—¿Lo estaba?

Inspiró profundamente.

—Creí que lo estaba.

—¿Qué sucedió?

—George cambió.

—Bueno, ¿qué le hizo cambiar?

Se quedó contemplándome.

—Adelante —dije—, cuénteme qué le hizo cambiar.

Me miró pensativamente y después dijo:

—Asesinó a su abuelo.

Me costó muchísimo mantener el rostro inexpresivo.

—Sabía que le sorprendería —dijo.

Contesté:

—Acláreme eso: ¿Caroline Dutton es su prima?

—En efecto.

—¿Y ella y George heredaron dinero de su abuelo?

—Un usufructo. Según el testamento, George heredó el doble de dinero que Caroline.

—¿Pero ambos se beneficiaron de la muerte del abuelo?

—Exactamente.

—¿Y usted cree que le asesinaron?

—Sí.

—¿Qué me dice de Caroline? ¿Lo sabe ella?

—¿Seguiría callada si lo supiese?

Estaba más sorprendido de lo que había esperado. Dije apresuradamente:

—Ella es del tipo que… Es decir —me corregí—, si ella es del tipo que usted me ha descrito…

Lois Marlow dijo:

—¡Por los clavos de Cristo!

—¿Qué sucede? —pregunté.

—Donald, es usted un diablo. ¡Apuesto a que lo hizo!

—¿De qué está hablando? —inquirí, sabiendo que había cometido un grave error.

—Caroline y Horace entraron anoche. Estaban borrachos como cubas. Estaban muy emocionados acerca de su buena suerte. Horace había vendido un cuadro a un hombre que era experto en arte y… ¡Maldita sea! Donald, usted es ese tipo.

—¿Qué tipo?

—El que compró el cuadro. No diga que no. Hay algo en la

expresión de su rostro, en la manera cómo se ha detenido cuando empezaba a hablar de Caroline. No quería que yo supiese que la conocía. Donald, si ha hecho esto, es una sucia jugarreta. Y muy cruel. Horace es un hombre que anda por las nubes. ¡Está en el séptimo cielo!

Dije:

¡Esto es maravilloso! Un pintor puede realizar mucho mejor obra creadora cuando está entusiasmado. Cualquier artista puede trabajar mejor si considera que la obra que realiza no va a resultar un lastre en el mercado.

»Y, ahora, dígame lo que le hace pensar que George asesinó a su abuelo.

—Bueno, espere un momento —me dijo—. Si usted es el tipo, y yo creo que sí, y si Horace averigua que es usted detective privado y que compró uno de sus cuadros para enterarse de dónde estaba George, sufrirá una decepción que le dejará para el arrastre. Se sentirá como si se hubiese caído desde lo alto de un edificio de veinte pisos.

—Entonces, sería mejor que no se lo dijésemos, ¿verdad, Lois?

—¿Sería capaz de hacer una cosa tan mezquina, Donald?

—No lo sé —dije.

—No me venga con cuentos. Le he hablado de George. Ahora, explíquese usted.

—Está bien, lo hice.

—¿Y alentó usted su vanidad para poder averiguar dónde estaba George?

—Eso es.

—Le detesto. Voy a permitir que esté aquí el tiempo suficiente para que lave los platos y después desaparezca de este departamento y de mi vida.

—Aguarde un momento. Hasta ahora no he hecho ningún daño.

—¿Qué quiere decir con eso?

Contesté:

—Le he dado ánimos a Horace, un impulso de inspiración. Empezará a pintar como un loco. Le he sugerido un par de temas.

Ella meditó sobre aquello, y después dijo:

—Anoche me contó que tenía una idea fenómeno. Estaba muy mareado, pero pronto se serenaría y esta mañana se levantaría

temprano para empezar a trabajar.

Dije:

—Si no se lo dice usted nunca, se convertirá en un pintor mucho mejor de lo que era antes de conocerme.

—Pero Horace cree que usted es un experto en arte o un coleccionista que viaja de incógnito.

—Tal vez lo sea.

—Pero también es posible que no.

—Los detectives pueden entender de arte.

—¿Le habló usted de que le llevara donde está George?

—No con esas palabras.

—Pero le engatusó de algún modo. ¿Le entusiasmó tanto que telefoneó a George para darle la noticia?

—Algo así.

—¡Es usted un cerdo!

—Habla como Berta Cool.

—¿Habla ella así?

—Sí.

—Apostaría a que le tiene un cariño maternal, ¿verdad?

—Ella no tiene nada de maternal… Me odia.

—¡Bah!

—¿Qué me dice de George y de su abuelo?

—No hubiera debido hablar tanto, Donald.

—Pero ya lo ha hecho. Ahora ya no puede detenerse.

—¡Qué se cree usted eso! Ya me he detenido.

Unos nudillos golpearon con fuerza la puerta.

—Bueno, ¿quién trata de derribar la puerta a puñetazos? —preguntó ella con impaciencia, mientras se levantaba para ir a abrir.

—Algún amigo que está impaciente.

—No tengo amigos que se impacienten a esta hora de la mañana. Saben guardar su impaciencia para más tarde. Por la mañana me gusta fumar un cigarrillo, tomar café y un buen desayuno.

Abrió la puerta.

Una voz de hombre dijo:

—¿Conoce a un tal George Cadott?

—¡Diablo, no! —contestó ella, y se dispuso a cerrar la puerta.

—¡Un momento, hermana! ¡Mire esto!

—¡Oh, oh!

—¿Qué me dice de George Cadott? —preguntó el otro.

—Siempre me está dando la lata.

—Pues ya no se la dará más. Ha muerto.

—¿Qué? —exclamó ella.

—Vamos. Muévase. Voy a entrar. ¿Qué está haciendo? ¿Desayunándose?

—Pues sí.

—Aceptaré una taza de café —dijo el individuo, y se metió en la cocina.

Terminé mi café con fingida indiferencia.

—¡Bien, bien, bien! ¿Quién es el amiguito?

—¿A usted qué le importa?

—Creo que bastante.

—Oiga —dijo ella—, ¿qué tiene esto que ver con George?

El hombre se me acercó y dijo:

—Dígame quién es y qué está haciendo aquí.

Se sacó del bolsillo un estuche de cuero y lo abrió para mostrar la placa.

Le contesté:

—Cálmese, Mac. Me llamo Donald Lam. Soy detective particular en Los Ángeles. Aquí tiene mi tarjeta. Y aquí mis credenciales.

Las arrojé sobre la mesa.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Averiguar algo sobre George Cadott.

—¿Por qué?

—Quería hablar con el individuo.

—¿Sobre qué?

—Si ha muerto, sobre nada.

—Oiga, amigo, aquí no nos gustan los detectives privados que se entrometen demasiado. No nos gustan los detectives privados de Los Ángeles. ¡No nos gustan ustedes! ¡Punto y aparte!

Eché hacia atrás mi silla.

—Muy bien —le contesté—, no me importa un comino lo que les guste o no les guste a ustedes. Tengo licencia del Estado. Realizo un trabajo. Usted me ha hecho una pregunta y yo le he dado una respuesta. Usted me pregunta otra cosa y yo le contesto. No puedo ir por ahí gritando los asuntos de nuestros clientes. He tratado de

colaborar. Ahora, he terminado. Y si desea que busque un abogado, lo buscaré.

—Tómeselo con calma —me dijo.

—Pues usted afloje también un poco.

Observó:

—Habla usted demasiado alto para el tamaño de su americana.

Lois intervino:

—Pero no demasiado para el tamaño de su sombrero.

El policía me examinó de pies a cabeza, y preguntó:

—¿Cuánto rato lleva aquí, Lam?

Se lo dije.

—¿Dónde se aloja?

Se lo dije.

—¿Cómo circula por ahí?

—He alquilado un auto.

Su rostro se iluminó con repentino interés.

—Bien, bien, bien —dijo—. Ahora, permítame que le pregunte algo más. ¿Significa algo para usted el Roadside Motel de Vallejo?

—¿Ha de significarlo?

—Alguien condujo un coche alquilado hasta el Roadside Motel y nos gustaría muchísimo averiguar quién es.

—¿Por qué?

—Porque la persona que conducía el coche en cuestión es probablemente el asesino de Cadott.

Mantuve el rostro inexpresivo.

El policía me examinó pensativamente.

—Parece impresionarle bastante, ¿verdad, Lam?

—Me apena pensar que su falta de hospitalidad llega hasta el punto de colgarles crímenes a los detectives que les visitan —le contesté.

—No se preocupe. Esto no es cierto. Mientras mantenga apartadas las narices, nada ocurrirá. Aquí somos buena gente, pero no queremos que nadie trate de segar la hierba bajo nuestros pies. ¿Entendido?

Asentí con la cabeza.

El timbre de la puerta sonó, quedó silencioso, volvió a sonar, calló de nuevo y después sonó por tercera vez.

Lois Marlow se puso en pie de un salto.

—Debe de ser mi vecina —dijo.

El policía contestó:

—Muy bien, le echaré una ojeada a la vecina. Yo seré quien facilite todas las noticias. Venga, Lam, retirémonos a la otra habitación, desde donde podré vigilarle.

—No tiene que vigilarme para nada —repuse—. Sé lo que hago y no le gastaré ninguna jugarreta; por lo menos mientras pueda usted atraparme…

—Ésta es la idea. Me llamo Mortimer Evans. Trabajamos en el asunto junto con la policía de Vallejo. Usted juegue limpio con nosotros, y nosotros corresponderemos. Trate de segarnos la hierba bajo los pies, y…

Lois Marlow abrió la puerta.

Caroline Dutton dijo:

—Lois, siento molestarte a esta hora, pero nos hemos quedado sin azúcar. Horace está pintando con frenesí, y acabo de prepararle un poco de café caliente. Espero que pue… ¡Caramba, Mr. Billings! ¿Qué está *usted* haciendo aquí?

—En seguida te lo traigo —dijo Lois.

Evans me miró y después desvió los ojos hacia Caroline Dutton.

—¿Billings? —preguntó.

—Pues claro. Billings. Un experto en arte, o un coleccionista… Bueno, supongo que lo es. Ha comprado uno de los cuadros de mi marido.

Lois Marlow salió de la cocina con una taza llena de azúcar.

—¿Qué dices que ha hecho? —preguntó.

Evans se metió la mano en el bolsillo de la cadera, sacó el gastado estuche de cuero y mostró su placa y sus credenciales.

—Entre —dijo—. Siéntese. Háble me de ese Billings.

—No sabemos gran cosa de él —contestó ella—. Compró un cuadro de mi esposo: *Sol en el Sahara*.

—¿Quién es su marido?

—Horace Dutton.

Evans se encaró con Lois Marlow.

—¿No son más que vecinos? —preguntó.

—Ella es prima de George Cadott —dijo Lois Marlow.

—Bien, bien, bien —comentó Evans—. ¿Conoce usted a este hombre bajo el nombre de Billings?

—¿Pasa algo malo? —preguntó Caroline.

Lois Marlow dijo:

—George ha muerto, Caroline.

—Oiga, espere un momento —dijo Evans, volviéndose rápidamente—. Hemos quedado en que yo hablaría. Siéntense todos. Aclaremos este asunto. Yo haré las preguntas y no quiero que nadie ande hablando por aquí.

Evans se volvió hacia Caroline Dutton.

—Según he entendido. Este hombre compró un cuadro a su marido. Le dijo que se llamaba Billings. Le dio a entender que era coleccionista de cuadros. ¿No es esto?

Caroline preguntó:

—¿Qué le ha ocurrido a George?

—¿Fue este individuo a su apartamiento?

—Sí… ¿No puede decirme nada sobre George? ¿De qué se trata? ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué…?

—A eso voy.

—Le han asesinado —dijo Lois Marlow.

—¡Maldita sea! ¡Cállese! —chilló Evans—. Yo me encargo de esto.

Volvióse hacia Caroline.

—Y ahora, mientras este sujeto estuvo en su apartamiento, ¿dijeron algo sobre George Cadott?

Ella meneó la cabeza:

—No lo creo.

—¿De qué hablaron?

—De los cuadros de mi marido. Este señor quedó muy complacido de ellos. Compró éste y prácticamente convino en comprar otro. Lo importante es que verdaderamente conoce el arte moderno, porque dio a mi marido varias instrucciones acerca de su trabajo y le ha llenado de entusiasmo.

—¿No se dijo nada sobre George Cadott?

Caroline meneó la cabeza.

—¿Pidió este hombre a su esposo que tratase de ponerse en contacto con Cadott?

—No, no lo hizo. Habló con él sobre pintura, y sobre los estilos de pintar. Mi esposo habló con George, pero Mr. Billings no lo sugirió.

—Bueno, aclaremos esto de una vez —dijo Evans—. ¿Su marido telefoneó anoche a George Cadott?

—Sí.

—¿Este hombre estaba allí?

—Sí.

—Escuchando.

—No parecía escuchar. Estuvo hablando conmigo, pero no había razón por la que no pudiese escuchar lo que decía mi esposo.

—¿Qué dijo su esposo?

—Habló a George acerca de los cuadros y… Bueno, sobre su venta.

—¿Sabía su esposo dónde estaba Cadott?

—Sí, desde luego.

—¿Cómo?

—George le explicó a dónde iba.

—¿Y adónde fue?

—Al Roadside Motel de Vallejo, usando el nombre de Chalmers.

Lois Marlow dijo:

—¡Tontos! Éste es el detective particular que…

—¡Cállese! —le gritó Evans—. Si no se está quieta, la encierro en el cuarto de baño.

—¿Tiene autoridad para hacerlo? —le pregunté.

Me miró y dijo:

—Ya puede apostar a que sí, ojos lindos. Yo me encargo de esta investigación.

Caroline dijo:

—¿Quieres decir que este hombre, este Billings, es el detective que vino de Los Ángeles, el que…?

Lois Marlow asintió enfáticamente.

Caroline se volvió hacia mí con expresión de odio.

—¡Es usted un sucio…! ¡Es…!

—¡Ahórrese las palabras! —le dijo Evans—. Yo lo haré mejor. —Encaróse conmigo—. Y ahora, le escucho.

—Creía que quería ser usted el que hablara.

—Quería, pero no quiero.

—Por lo que a mí respecta, puede continuar. Hasta ahora, no ha hecho más que complicar las cosas. Puede quedarse con el lío.

El rostro del policía enrojeció. Acercóse a mi silla y levantó un

puño.

Yo me limité a permanecer sentado.

—De modo —dijo, fulminándome con la mirada— que sabía usted dónde estaba Cadott, ¿no?

—Lo mismo que Lois Marlow —contesté—. Lo mismo que Horace Dutton. Lo mismo que Caroline Dutton.

Caroline dijo a Evans:

—Iba usted a pegarle. ¡Sacúdale fuerte! Por mí no lo deje.

—No iba a pegarme, Caroline —dije—. Es una comedia que hacen cuando creen que así conseguirán lo que desean.

—¡Oh, claro! —dijo Evans, volviéndose hacia mí—. Podría…

Se calló.

—¡Ajá! —dije—. Me marcho a mi hotel.

—Eso es lo que usted se figura.

—Es lo que me figuro. Desde luego tiene usted derecho a ponerme bajo custodia, si lo desea, y yo tengo derecho a denunciarle por detención injustificada.

—No me gusta su actitud.

—Y a mí no me gusta la suya, a pesar de que hace cuanto puede. Para su información le diré que conseguirá más de mí utilizando una técnica de colaboración en vez de tratar de intimidarme, pero supongo que cada uno tiene su propio estilo.

—Eso es. Soy áspero y brusco. La próxima vez que hable con usted, Lam, no habrá ningún testigo.

—Muy bien —le contesté—. Hasta la vista.

Salí, dejando a Mortimer Evans con las dos mujeres.

Me detuve ante el apartamiento de Dutton y apreté el timbre. No dejé de mirar por encima del hombro para ver si alguien salía del apartamiento de Lois Marlow.

Nadie salió.

A la segunda llamada, Horace Dutton abrió bruscamente la puerta. Estaba furioso.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Tengo trabajo… ¡Oh, hola, Billings!

Dijo esto último con el mismo tono de voz que un niño utiliza para hablar a Papá Noel.

Dejé que me sacudiera la mano una y otra vez, dejé que me rodeara los hombros con un brazo.

—Entre, entre —dijo—. Estoy trabajando en ello.

—¿En qué?

—En *Conflicto*. ¡Será algo serio! ¡Sensacional! ¡Una obra maestra!

—¡Eso está bien! —le dije—. Para su información, no me llamo Billings. Me llamo Donald Lam. Soy detective particular y estaba buscando a George Cadott. Él se escondía. Le seguí a usted la corriente para averiguar algo sobre George. Ahora, según parece, George ha sido asesinado.

Quedóse con la mano fláccida. Su brazo cayó de mi hombro. Me miró boquiabierto.

—Y para su ulterior información —dije—, deseo comunicarle que siga pintando *Conflicto*. ¡Creo que será extraordinario! Por lo que se refiere a arte moderno, no tengo ni la menor idea.

»Pero va a haber mucho alboroto por culpa del asesinato de George. Vendrán los periodistas en busca de nuevos ángulos. Si le encuentran pintando una de esas salsas de tomate, tendrá una enorme publicidad gratuita y tal vez alguien las compre. Barnum decía que nacía un primo cada minuto. Alguno de ellos tiene dinero.

»Adiós.

Me marché y le dejé en el umbral, boquiabierto y atónito.

capítulo seis

ME detuve en el primer hotel con cabina telefónica que encontré, cerré cuidadosamente la puerta de ésta, pedí conferencia con Bertha Cool, e indiqué que era a cargo de ella.

Oí la voz de Bertha al otro extremo de la línea.

—¡Dígale que la pague él! Tiene dinero para gastos. ¿Qué diablos quiere decir eso de llamar a mi cargo? Está bien. Acepto la llamada. ¡Sí, digo que la acepto! Sí, aquí Bertha Cool. ¡Oiga! ¡Oiga!

Dije:

—Hola, Bertha. Aquí Donald.

—Ya sé quién eres. ¿Por qué diablos me llamas con gastos a mi cargo? Ya tienes dinero. Anótalo en tu cuenta del hotel y entonces podremos incluirlo en la factura. De lo contrario esta conferencia viene a final de mes, y tengo que hacer…

—Olvídalo —la interrumpí—. Estamos en un apuro.

Bertha cesó de rezongar. Se produjo un silencio tenso al otro extremo de la línea.

—¿Sigues ahí? —pregunté.

—Claro que estoy aquí. ¿De qué apuro se trata?

—Escucha, Bertha. Y entiéndelo bien. No podemos permitirnos un fallo.

—Está bien, ¿qué es?

Dije:

—Me he tirado un desliz de campeonato. George Cadott ha escrito ya a Minerva Fisher, hablándole de su marido, de la convención y de Lois Marlow. La carta está en el correo.

—¡Ésta sí que es buena! —dijo Bertha—. ¿No has podido convencer a ese fulano?

—Espera un momento —le dije—. Esto es sólo la mitad del problema. George Cadott fue asesinado anoche.

—¡Diablo!

—Además —proseguí—, nuestro cliente Barclay Fisher cometió la equivocación de venir aquí en avión anoche, con la idea de ver a George Cadott y ofrecerle dinero, pese a mi consejo contrario. Le he hecho regresar. Sin embargo, estuvo aquí. Le vieron. Se inscribió en un hotel. Confío en que para cuando el forense haya establecido la hora de la muerte, Fisher tenga una buena coartada.

—Claro, claro —dijo Bertha—. Si puede demostrar que estaba en un avión eso le deja fuera.

—Pero yo no estaba en un avión.

—¿Qué quieres decir?

Contesté:

—Estoy complicado en el asunto.

—¡Oh, oh!

—Y ahora, ponte en contacto con Barclay Fisher. La carta a Minerva iba fechada dos días atrás. Si fue enviada entonces o no, lo ignoro. Dile que permanezca en casa y que vigile todo el correo. Dile que si llega una carta con la dirección mecanografiada y matasellos de San Francisco, dirigida a Minerva Fisher, debe coger esa carta y hacerla desaparecer, si aprecia su felicidad conyugal.

—Te entiendo —dijo Bertha.

—Esa carta debería llegar hoy, a menos, desde luego, que llegase ayer. Hoy es miércoles. Llevaba la fecha del lunes.

—Está bien. Me pondré en contacto con él sin falta. Donald, ¿estás muy metido en eso?

—No lo sé. Pero estoy en una situación algo comprometida.

—¿Como cuánto?

—No creo que nadie pueda demostrar nada, por ahora.

—Bueno, embrolla la pista —dijo Bertha.

—La estoy embrollando. Pero existe la posibilidad de que durante un tiempo esté fuera de la circulación. Tú mantente alerta. Permanece donde pueda localizarte telefónicamente. Tal vez te necesite.

—Si me necesitas, estaré a punto.

Colgué, fui al hotel y recogí la llave de mi habitación.

—¿Se aloja en el hotel Mr. Barclay Fisher? —pregunté al recepcionista.

—Se ha marchado hace dos horas.

—¿Pero ha estado registrado aquí?

—Oh, sí.

—¿No sabe a qué hora llegó?

—Puedo averiguarlo si tiene usted algún motivo para desear saberlo.

Le di una de mis tarjetas.

—Confío en que no será un asunto que pueda perjudicar al hotel.

—En absoluto. No se trata de un problema doméstico ni nada por el estilo. Sólo quería saberlo.

Me dijo:

—Un momento.

Miró en el registro y dijo:

—Se inscribió a las diez cincuenta de la noche.

—¡Eh, un momento! —exclamé—. ¿Las diez cincuenta de la noche?

—En efecto.

—No es posible —dije—. Vino en un avión que no despegó…

—Lo siento, Mr. Lam, nuestro registro es muy meticuloso y la hora queda anotada en una tarjeta mediante una estampilla automática conectada con un reloj. Fue, a las diez cincuenta… Bueno, un momento. Creo que hacía las diez y cincuenta y uno.

—Gracias —dije—. Probablemente, el error será mío.

—¿No se tratará de ningún asunto que pueda complicarnos? —preguntó con ansiedad el recepcionista—. ¿No se trata de algo… de alguna irregularidad? Sus datos indican que estaba solo.

—En efecto. ¿Qué habitación ocupó?

—La 428.

—Debí entender mal los horarios que me dio. Muchas gracias.

Subí a mi habitación del quinto piso, bajé hasta el cuarto y encontré a la doncella arreglando el 412.

—¿Cómo está usted? —pregunté.

Me miró, intuyó la propina y me dirigió una sonrisa resplandeciente.

—¡Magníficamente! Acabo de terminar esto.

—¿Quiere ganarse cinco dólares?

—Eso depende —dijo, examinándome con detenimiento.

—Venga conmigo y arregle el 428 —dije—. Espero que llegue

alguien a ocuparlo y quisiera que estuviera todo en orden.

—Oh —dijo—, eso es fácil. Un momento. Ya casi he terminado.

Permanecí junto a la puerta mientras ella daba unos toques finales a la habitación y luego empujaba su carrito hasta el 428. Abrió la puerta con su llave maestra y entramos. Me metí al mismo tiempo que ella y examiné el lugar. Había una contraseña de equipaje en la papelera. Era de las *United Airlines*, vuelo 461.

Saqué del bolsillo unos horarios de vuelo y busqué el número correspondiente. Se trataba de un avión que salía de Los Ángeles a las siete y llegaba a las nueve a San Francisco.

Mientras la doncella limpiaba el cuarto de baño, registré los cajones y lo pasé todo por el peine fino. El talón de equipaje era lo único que Fisher había dejado.

Busqué la dirección de la *Jensen Thrustmore Company*, fui a la cabina telefónica y les llamé.

Una voz femenina muy suave contestó y dijo: «*Jensen Thrustmore Motors*» con tanto encanto y atractivo que me hizo sentir tentaciones de encargar una docena, sin más explicaciones.

Solicité hablar con Carl Jensen, y me dijo que me ponía con su secretaria.

La secretaria de Jensen también tenía una voz seductora. Empecé a preguntarme si alguna de aquellas voces pertenecería a muchachas que colaboraban también durante las convenciones.

—Soy Donald Lam —dije—. Quiero ver a Mr. Jensen acerca de un asunto bastante urgente y que puede resultar importante para él.

—¿Está usted citado con Mr. Jensen? —preguntó ella.

—Sabe usted que no, hermana —dije—, o de lo contrario no me lo preguntaría.

Su risa era gutural. Dijo:

—Bueno, si sabe usted algo acerca de nuestras costumbres, sabrá que he de averiguar quién es usted y qué desea. Y he de hacerlo con tacto.

—Adelante y hágalo con tacto —le dije.

Volvió a reírse.

—Bueno, empiece —me pidió.

Dije:

—Soy detective particular en Los Ángeles.

—¿Detective?

—Eso es.

Su voz se hizo fría y cautelosa.

—¿Y acerca de qué desea ver a Mr. Jensen?

—Acerca de algo que ocurrió en la convención.

—Lo siento muchísimo, Mr. Lam, pero Mr. Jensen se ha marchado hace un momento a almorzar, y no esperamos que vuelva esta tarde. ¿Puede explicarme a mí de lo que se trata?

—Y —proseguí—, quiero preguntarle en particular sobre una carta que recibió de un sujeto llamado George Cadott, para discutir con él lo que ocurrirá cuando la policía se entere de la existencia de semejante carta.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba el hombre?

—Cadott. C-a-d-o-t-t.

Dijo:

—Un momento. Veré si puedo encontrar un teléfono donde localizar a Mr. Jensen.

Reinó un momento de silencio y después oí el final de una frase susurrada. Un momento después, en el aparato sonó una voz masculina:

—Al habla Carl Jensen.

—Oh, ¿cómo está usted, Mr. Jensen? Creía que se había marchado a almorzar.

—Me han alcanzado en el ascensor. ¿Qué es este asunto acerca de una carta que según usted me envió George Cadott?

—Una carta en que le recriminaba el que explotara a jóvenes y tratara de utilizar el pecado y la seducción para conseguir ventas.

—Oiga, ¿de qué diablos está usted hablando?

—De George Cadott.

—No sé nada de ningún George Cadott ni tampoco de qué me habla usted.

Dije:

—Si puede recibirme antes de irse a almorzar, podré darle algunos informes que le ayudarán cuando la policía empiece a hacer preguntas.

—¿Dónde está ahora?

Le di el nombre del hotel.

Vaciló un momento, y después dijo:

—¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Donald Lam.

—Métase en un taxi, Lam, y venga aquí. No sé de lo que habla, pero cuando un hombre trata de hacer un favor así por teléfono, quiero verle cara a cara y conocer su aspecto.

—En seguida voy.

Salí del hotel, cogí un taxi y quince minutos después estaba en las oficinas de Carl Jensen.

La secretaria de éste era una belleza rubia con los ojos de violeta. Me identificó al momento de haber abierto la puerta.

—¿Mr. Lam? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

—¿He tenido tacto?

—Mucho.

—Mr. Jensen le espera. Puede pasar.

Abrí la puerta marcada «Carl Jensen». Era un hombre de unos cuarenta años, de cuerpo atlético, con cabello negro y ondulado, ojos fríos, de un gris azulado, y movimientos relampagueantes.

Se levantó de un salto al abrir yo la puerta, disparó su mano hacia adelante y casi me aplastó la mía en un rápido apretón. Dirigió la mirada hacia mí y dijo:

—No parece usted detective.

—Gracias.

—¿Por qué gracias?

—Trato de que no.

—¿No qué?

—No parecer un detective.

—¿Por qué?

—Ayuda.

—Siempre les había imaginado altos y vigorosos, pesados, y con una de esas miradas que pone a su interlocutor a la defensiva.

—Ha visto demasiadas películas —le sugerí.

—Sí, es probable —admitió, riendo—. Siéntese. ¿Qué sabe usted?

—Sé algo acerca de George Cadott —dije mientras me sentaba.

—Oiga, Lam, entendámonos con claridad. No conozco a ningún George Cadott. Usted ha dicho que quería verme en relación con algo que ocurrió durante nuestra última convención.

—Lois Marlow —le dije.

—¿Qué pasa con Lois Marlow?

—¿La conoce?

—Ahora empieza a hacerme preguntas.

—Los clientes me pagan para que las haga.

—¿Qué quiere saber de Lois Marlow?

Dije:

—Lo sé todo acerca de Lois Marlow. Sé que emborrachó a Barclay Fisher. Sé que George Cadott le escribió a usted una carta, amenazándole con armar jaleo. He pensado que podíamos poner nuestras cartas boca arriba.

—¿Hay motivo para que lo haga?

—Pues sí.

—¿Cuál?

Dije:

—George Cadott se había mostrado impertinente con muchas personas.

—Mucha gente se muestra impertinente con otra —me contestó —. Además, nunca he tenido el placer de conocer a George Cadott.

—George Cadott tenía la idea de que le correspondía reformar el mundo. Se proponía que el pecado y la seducción desaparecieran del sexo y el sexo de la promoción de ventas.

—Buen trabajo para un hombre solo —comentó Jensen, sin apartar su mirada de mi rostro.

—En consecuencia —proseguí—, le escribió a usted una carta diciéndole que iba a hacerle responsable de lo que ocurriera, que era usted una influencia maligna en la vida de su esposa, y…

—¡Su esposa! —gritó Jensen, poniéndose en pie de un salto.

—Claro. Estaban divorciados, pero él enarbolaba su estandarte y…

—¡Válgame Dios! ¡No sabía que él fuese su ex marido!

—Eso está mejor —dije—. Ahora, si me hiciese el favor de poner sus cartas boca arriba, podré decirle algo para su propio bien.

—¿Qué?

—Alguien siguió a George Cadott hasta un motel de Vallejo, entró en el motel y sacó de escena a George Cadott.

—¿Quiere decir permanentemente?

—Efectiva y permanentemente.

—Fue… fue…

—Adelante —dije—, ¿por qué vacila?

—¿Asesinado? —susurró.

—Eso es.

Durante un momento, pareció desorientado; pero después recuperó su aplomo y permaneció sentado, pensativo, contemplando el secante que había en su mesa. Podía advertirse que meditaba con intensidad.

—¿Y eso es a lo que llama usted ayudarme? —preguntó al cabo de un rato.

—Le ayudaré.

—¿Cómo?

—Puede preparar su relato de modo que cuando la policía le visite, sus respuestas no resulten tan malas.

—¿Y si Cadott no me hubiese escrito ninguna carta?

Dije:

—El individuo usó una máquina de escribir. Resultaría muy embarazoso para usted afirmar que no le había escrito y que después la policía encontrase una copia de la carta en sus archivos.

—¿Y por qué está usted aquí?

—Busco información.

—¿Qué clase de información?

—Acerca de los pasos que dio para contrarrestar la amenaza contenida en la carta de Cadott.

—¿Qué clase de pasos?

—Agencia de detectives, policía, abogado, todo lo que hiciera para protegerse. No es usted de los que se quedan sentados y esperan a que el otro individuo esté preparado. Usted le ganaría en rapidez.

Bruscamente, Jensen alzó sus fríos ojos azules y dijo:

—Usted es quien habla. Deme los detalles. ¿Qué sabe del asesinato?

—Primero, más vale que me cuente lo que sabe usted sobre Lois Marlow.

Jensen ni siquiera vaciló. Dijo:

—Hace tres o cuatro años que conozco a Lois, desde que se deshizo su matrimonio. Pero no sabía que hubiese estado casada con Cadott. Cadott era un chiflado. No llegué a conocerle, pero me escribió en dos ocasiones. Califiqué al individuo como loco de atar.

Tiré sus cartas a la papelera.

»Durante dos años, Lois Marlow había estado trabajando en las convenciones. Organizaba algunas demostraciones de esquí acuático y ella sabe esquiar y también conducir las lanchas.

»Después, en las reuniones de ventas de las convenciones, era una de las anfitrionas que agasajaban a los invitados. Ayudaba a servir las bebidas mientras yo pasaba películas. Celebramos estas reuniones en *suites* privadas. Las alquilo en el mismo hotel donde se celebran las convenciones. Y eso es todo. Ahora, háble me de las circunstancias que rodean la muerte de Cadott.

Dije:

—Le encontraron muerto en el pabellón 24 del Roadside Motel de Vallejo. Se había registrado como George Chalmers. Había llegado a primera hora de aquella tarde. Allí no tenía nada concreto que hacer, excepto solitarios, dormir o escribir cartas. Sería interesante saber si escribió cartas.

—¿Lo sería? —dijo Jensen pensativamente.

Meditó sobre el asunto y después preguntó:

—Oiga, Lam, ¿qué tiene usted que ver en esto?

Dije:

—Represento a un cliente. No puedo decirle su nombre. Sí puedo decirle que también recibió una carta. Esa carta contenía amenazas.

—Todas las cartas de Cadott contenían amenazas —dijo Jensen —. Mire, Lam, ha puesto usted sus cartas boca arriba. Yo voy a hacer lo mismo respecto a usted. Soy un vendedor, no un inventor. Me hice con la patente del motor Thrustmore y puedo asegurarle que es muy revolucionaria. Ignoro lo que usted sabe acerca de motores fuera de borda, pero estamos fabricando uno con una hélice de inclinación variable, y lo conseguimos a un precio moderado.

»Ya puede imaginar lo que esto significa. Esas hélices giran con mucha velocidad, y la diferencia de una fracción de pulgada en la inclinación de las palas, representa una diferencia tremenda en cuanto a resultados. En los modelos corrientes, cambiar de hélice es todo un trabajo. Se necesita una clase de hélice para impulsar a gran velocidad a una lancha de poco peso. Se necesita otro tipo para impulsar una lancha cargada con mucho peso, o una que deba

remolcar a un esquiador.

»Cuando se utilizan los esquís acuáticos, uno quiere subir a la superficie del agua tan aprisa como le es posible así que se está a punto para empezar. Ya puede imaginar lo que representa tener una hélice de paso variable que colocase a un esquiador en la superficie al cabo de pocos segundos de ponerse tirante la cuerda de remolque.

—Lo entiendo.

—Naturalmente, tengo dificultades. Algunos de mis competidores querrían eliminarme. Querrían eliminarme pagándome su precio. Para desanimarme, me han enzarzado en pleitos acerca de la patente y han recurrido a cuantos trucos se les han ocurrido.

»Estoy casi seguro de que George Cadott era otro truco.

—¿Qué le hace pensar eso?

—El estilo de sus cartas. Caramba, Lam, usted ha vivido. Sabe lo que son las convenciones. Hay que mantener despierto el interés del comprador. Una joven atractiva es el mejor sistema que existe para conseguirlo. Pago a esas chicas para que atiendan a los clientes en potencia. Cuidan de mantener llenas sus copas, de halagar su personalidad, soportar una cantidad razonable de manoseos y cuidar de que el cliente quede bien empapado de las ventajas del motor Thrustmore.

—¿Y después?

—Lo que hagan después no me incumbe. No puedo ser responsable de todo el mundo. Me limito a explicarle para qué las contrato.

—El asesinato de George Cadott pude complicar bastante la situación —dije.

—Puede complicarla mucho. ¿Está seguro de que estuvo casado con Lois Marlow?

—Desde luego. ¿Dónde estuvo usted anoche?

—¿A qué hora?

—Aún no lo he averiguado.

—Me gustaría saberlo.

—También yo. ¿Tiene coartada?

—¿De que está hablando? Nadie sospechará que yo pude matar a ese individuo.

—¿No? —pregunté con la cantidad precisa de cinismo en el tono de mi voz.

—¡Por amor del cielo, Lam, no sea estúpido! Diablos, él no era nada para mí. Apenas recuerdo su nombre. Tiré la carta a la papelera.

—¿Habló alguna vez con él?

—¡Válgame Dios, no!

—¿Hasta dónde llegó la amistad entre Barclay Fisher y Lois Marlow?

—Lo ignoro.

—¿Hasta dónde había llegado cuando les vio usted en público por última vez?

—Él estaba bebiendo champaña helado. Se quejaba de que le ardía la garganta.

—¿Qué hacía Lois?

—Cuidar de que la copa de Fisher estuviese llena.

—¿Por qué?

—Es una triquiñuela —dijo—. No me gusta mucho, pero en este caso la encontré bien.

—¿A qué se refiere?

—A emborrachar a un hombre para que la chica que le ha estado atendiendo pueda escabullirse mientras él va a vomitar.

—¿Vomitó Fisher?

—Diablos, no sigo a mis invitados hasta el cuarto de baño.

Dije:

—Según parece, Fisher progresó bastante.

—Fisher es uno de esos…

Interrumpióse en seco.

—¿Clientes?

—Clientes en potencia —me corrigió sonriendo. Después prosiguió—: Bueno, admitiré que recibí un par de cartas disparatadas de Cadott, pero ni siquiera recuerdo lo que decían, ni aunque en ello me fuera la vida. Vi de lo que se trataba, las rompí, tiré los pedazos a la papelera y después hice lo mismo con los sobres.

Dije:

—He observado que su secretaria tiene una libreta de visitas. Al entrar, vi que la abría. ¿Es que por casualidad anota los nombres de

todas las personas que vienen a verle?

—¿Hay algo malo en eso?

Añadí:

—En caso de que Cadott le visitara ayer por la tarde, antes de marcharse a Vallejo, haría bien en borrar su nombre de la libreta.

—¿Qué le hace creer que me visitó?

—Es sólo una corazonada.

—Bueno, pues no lo hizo.

—No he dicho que lo hiciese. He dicho que si lo hubiera hecho, haría usted bien en borrar el nombre de la libreta.

—Su nombre no está en la libreta —dijo Jensen.

—Es una suerte —comenté.

Me puse en pie.

—Bueno —le dije—, he hecho cuanto he podido. Le he explicado lo que sé acerca del crimen.

Le ofrecí la mano.

Vaciló un momento antes de cogerla, y después dijo:

—¿Qué se proponía exactamente al venir aquí, Lam?

—Obtener información.

—Hasta ahora no ha conseguido ninguna.

Le sonreí y dije:

—Hasta ahora —y nos estrechamos la mano.

Me marché.

—Adiós —dijo la atractiva secretaria.

—Adiós —le contesté.

Salí del despacho, permanecí en el vestíbulo durante unos siete segundos, y después di media vuelta y abrí la puerta.

La secretaria no estaba en su sitio. Crucé el despacho, y entreabrí la puerta del despacho particular de Jensen.

La secretaria estaba inclinada sobre la mesa.

Jensen borraba una línea de una página de la libreta de visitas que la secretaria sostenía abierta sobre la mesa. Estaban tan absortos en su labor que no me vieron.

—¿Cree, que irá bien? —preguntó Jensen con ansiedad.

Ella frunció los labios, inclinó la cabeza sobre un hombro.

—Sí, si escribo otro nombre en esta línea —dijo—. De lo contrario, se notará un poco.

Dije:

—Gracias. Ahora tengo la información que quería.

Pegaron un salto, como niños sorprendidos mientras roban golosinas.

Jensen fue el primero en recuperar su aplomo.

—Muy bien, Rita —dijo—, escriba el nombre de Donald Lam en esa línea.

La secretaria se inclinó sobre la mesa para escribir. Dobló una rodilla. El panorama era excelente.

—¿Cree que eso lo arreglará, Jensen? —pregunté.

—Mantendrá en orden mi archivo —dijo—. Y la próxima vez que venga usted, Lam, no le consideraré menos de lo que vale.

—Gracias. Ahora, cuénteme lo que ocurrió cuando vino Cadott.

—Le eché.

—¿Físicamente?

—Físicamente.

—¿Y luego?

—Encargué a unos detectives privados que averiguaran algo sobre el sujeto.

—Hubo suerte.

—Hasta ahora, no. No le siguieron; sólo empezaron a husmear en busca de suciedad. No creo que los que contraté fuesen tan buenos como usted, Lam.

Rita se volvió para mirarme. Sus ojos eran provocativos.

—No creo que fuesen ni la mitad de buenos —dijo.

Fijé mi mirada en la de ella.

—Voy a comprarme una lancha —le dije.

—Nos encantará venderle un motor para ella, Mr. Lam.

—Prometido, y dígale a su jefe que me comunique si encuentra alguna suciedad.

Di media vuelta y me marché de la oficina.

capítulo siete

SALÍ del hotel, me asegure de que nadie me seguía, anduve dos manzanas, cogí un taxi, me hice llevar a la consigna, recogí la cartera que contenía las llaves, las copias de las cartas y el diario con tapas de cuero que había encontrado en el apartamiento de Cadott.

Hice que el taxista me condujese despacio al aeropuerto de Oakland y cogí con el tiempo justo un avión con destino a Sacramento, que a su vez enlazaba con otro que iba a Reno y que había volado sin escalas desde Los Ángeles hasta Sacramento.

En el avión tuve oportunidad de hojear el diario.

Empezaba en primero de enero, cuatro años atrás. Las anotaciones de la primera parte eran corrientes, un relato vulgar de las idas y venidas de Cadott. Luego, con fecha del 15 de abril, había anotado:

«Me da la impresión de que el abuelo está desmejorándose rápidamente. Le echaré en falta cuando ocurra lo inevitable, y sin embargo,
como C
. recalca, el afecto no puede substituir a la seguridad».

Al día siguiente había otra anotación:

«C. me ha preguntado si he observado cómo el abuelo sigue con la mirada los movimientos de la enfermera por la habitación. Se necesita ser mujer para fijarse en eso. Ahora que me lo ha hecho ver, observo que es cierto. El abuelo se siente muy atraído por la enfermera Hortense. Es absurdo pensar que ella quiera aprovecharse de su posición profesional,

pero C. insiste en que eso es lo que se propone H. No hemos de engañarnos, el abuelo no es el que era, no sólo físicamente, sino también mentalmente. Es infantil, impaciente, y, sin embargo, a pesar de sus achaques, no es insensible a las curvas y al sexo. Apostaría a que el viejo fue todo un tipo en su época. Por lo menos, en la familia corren ciertos relatos a este respecto. ¡Válgame el cielo! Sería horroroso si, en el último momento, Hortense le echara el anzuelo y consiguiera que redactase un testamento… Ni siquiera puedo pensar en esto, y menos escribiendo en mi diario; pero decidí que sería sincero en todo lo que escribiese en esta historia diaria de mi vida, para poder mirar hacia atrás y explicar cuáles eran mis verdaderos sentimientos. Sería estúpido disimular el hecho de que C. me ha preocupado».

Al día siguiente, había una anotación muy breve y enigmática:

«C. me ha mandado llamar. Me he negado rotundamente a tomar en consideración su propuesta».

No había nada más en aquel día.
Al siguiente, la anotación decía solo:

«C. puede estar en lo cierto, pero yo no puedo apoyarla».

Al otro día:

«Cuando C. entró en la habitación, el abuelo estaba besando a H. Ella estaba sentada en el borde de la cama. C. está frenética. Me ha persuadido para que la ayude en sus planes».

Al día siguiente la anotación era muy breve:

«El abuelo ha muerto a las nueve y media».

Al día siguiente la hoja del diario estaba en blanco.

Al otro día, la anotación decía:

«El teléfono ha estado llamando. Sabía que era C. y no he contestado. No puedo enfrentarme con ciertos hechos; por lo menos, todavía no».

Al día siguiente:

«El entierro. Nunca podré olvidar mis sentimientos mientras estuve allí, junto al ataúd, contemplando el rostro muerto del abuelo, con más color que en vida, aéreo en su austeridad, terrible en su inflexible tranquilidad, si puedo utilizar la expresión. ¿Qué hubiesen pensado todos los presentes de haber podido leer en nuestros pensamientos? C. ha sido la perfecta nieta, deshecha en llanto, pero que consigue dominarse con gran esfuerzo. Ha sido una representación perfecta. Nunca se puede estar seguro con las mujeres».

Al otro día la anotación decía:

«Desearía no haber estado junto al ataúd ni haber contemplado el rostro del abuelo. Hace años, antes de envejecer y enfermar, me parecía que aquellos ojos azules podían leer en mis pensamientos. Era preciso e implacable en sus juicios sobre la gente, justo, pero inflexible en su cólera, firme en su juicio. Me había parecido que, una vez aquellos ojos estuviesen cerrados para siempre, podría contemplar el rostro sin experimentar esa extraña sensación de terror que a veces me acometía cuando me miraba después de haber hecho yo algo malo. Sin embargo, incluso con los ojos cerrados, había algo en su rostro que no me es posible resistir. Los ojos cerrados eran tan poco expresivos como los ojos abiertos. Tengo la extraña sensación de que el abuelo ha muerto pero no se ha marchado. Sólo he dormido una hora y me he despertado con un sobresalto y cubierto de sudor frío. Tenía la sensación de que el abuelo había estado inclinado sobre la cama, contemplándome con fija insistencia».

Al día siguiente, la anotación decía:

«El testamento ha sido leído hoy. Es como nos figurábamos. Nada para Hortense. Desde luego, ella no estaba allí, pero tengo entendido que ha buscado un pretexto para telefonear al abogado y preguntarle algo, probablemente solo con el propósito de darles la oportunidad de informarla sobre si el abuelo la había mencionado en su testamento. No tuvo tiempo de clavarle el anzuelo. Ahora me doy cuenta de lo acertada que estuvo C . en sus observaciones».

A continuación pasé una serie de páginas del diario. Había anotaciones que demostraban un cambio peculiar en George Cadott. Una decía:

«Ahora sé que lo único que puede liberar al alma es la expiación. Resulta alentador el pensamiento de que aquellos de nosotros que hemos pecado podamos facilitar inspiración y guía para que los otros no se desvíen del sendero. Tengo alguna seguridad, independencia financiera. Dedicaré mi vida a la expiación».

Seis meses después de la muerte de su abuelo, y tras una serie de anotaciones que demostraban que George Cadott se estaba convirtiendo rápidamente en un caso clínico, había una breve anotación:

«Lois me dice que quiere divorciarse. Esto es el fin».

Después ya no había más anotaciones.

Para cuando hube terminado con el diario, el avión descendía ya hacia Reno. Me metí las llaves de Cadott en el bolsillo. Puse los otros papeles en la cartera. Tomé un taxi hasta el Hotel Riverside, me acerqué al conserje y dije:

—Por favor, deme un recibo de esto.

Así lo hizo. Le entregué un dólar de plata, me guardé el recibo

en el interior de la badana del sombrero y después regresé en taxi al aeropuerto.

El avión que había cogido era un gran *Convair* que efectuaba un vuelo de circunvalación, y sólo dispuse de diez minutos en el aeropuerto para poner una conferencia a Bertha Cool.

—¿Qué diablos estás haciendo en Reno? —preguntó Bertha.

—Mantenerme oculto.

—Bueno, pues sal a campo abierto —me dijo—. Vas a tener visita.

—¿Quién?

—Los Fisher.

—¿Dónde?

—En San Francisco. ¿Dónde diantre te figuras?

—¿Qué ocurre?

—Todo. He tratado de hablar contigo por teléfono. Minerva recibió una carta de ese chiflado de San Francisco y ha puesto a Barclay en el potro. Él ha hecho chasquear sus nudillos y ha tartamudeado toda la historia. Van a San Francisco a hablar contigo.

—¿Cuándo?

—Han salido del despacho hace una hora, aproximadamente.

—¿Qué clase de mujeres ella?

—Una de esas maternales, sufridas, pacientes, dulces, de esas que siempre recogen lo que ningún otro miembro de la familia quiere, de esas que se quedan en casa a cuidar del padre, mientras las otras jóvenes salen y se casan, de esas que siempre reciben la peor parte, pero nunca se quejan. Recogen su cruz y la llevan con resignación. En su vida pierden los estribos.

—¿Ni siquiera cuando descubren que Barclay pasó la noche en el apartamiento de Lois Marlow?

—No lo has entendido —dijo Bertha—. Ella no está enfadada. Está desilusionada. Tiene elevados principios morales. Es incapaz de perdonar la infidelidad. Si Barclay dice la verdad, es una cosa; pero si la ha engañado deliberadamente, otra completamente distinta. Pondrá el asunto en manos de su abogado.

—¿Cómo es que recibió la carta? —pregunté—. Creí que Barclay iba a interceptarla.

—Eso pensaba él. Pero metió la pata.

—Está bien —dije—. Quería mantenerme oculto de momento, hasta que todo estallara. Pero creo que será mejor que regrese. Estaré en San Francisco dentro de una hora y media.

El avión llegó puntual. Tomé un auto, me dirigí al St. Francis Hotel y recorrí a pie el camino hasta el hotel donde me alojaba.

Barclay Fisher y su esposa habían llegado ya.

Barclay se puso en pie de un salto cuando yo entré en el vestíbulo.

—¡Aquí está! ¡Aquí está, Minerva! —dijo.

Una mujer más bien gruesa y con aspecto de matrona me dirigió una sonrisa benévola.

Barclay Fisher realizó las presentaciones.

—Te presento a Donald Lam, Minerva. Míster Lam, le presento a Minerva, mi esposa. Ya te he hablado de él, querida. Podrá explicarte exactamente lo que ocurrió.

Me acerqué al casillero y cogí mi llave. No había ninguna carta.

—¿Quieren subir? —pregunté.

Asintieron, y nos metimos los tres en el rechinante ascensor, que parecía más viejo que el propio edificio.

Hubiese podido hablar mucho mejor en el salón, pero me interesaba ganar aquel tiempo para calibrar a Minerva y descubrir la mejor manera de enfocar la situación.

Planear un enfoque resultó una pérdida de tiempo.

En cuanto la puerta se hubo cerrado tras de nosotros, Minerva se apropió del único asiento cómodo que había en la habitación, me miró y dijo:

—Quiero toda la historia, *toda* la historia, míster Lam. Y también quiero explicarle que soy una mujer de principios. El límite entre el bien y el mal está claramente definido. Me casé con Barclay para lo bueno y para lo malo, Podría soportar alguna pequeña decepción, pero no puedo perdonar la infidelidad.

—Nadie te pide que lo hagas —dijo Barclay Fisher, causando tal chasquido con el nudillo del dedo corazón de su mano derecha que sonó como el disparo de una pistola.

Minerva tenía el aspecto de una maestra que reprendiera pacientemente a un alumno por tirar bolitas de papel, y le hiciera sentir más indigno que una serpiente.

Me recordó mis días escolares y tuve que contener el impulso de

decir: «Sí, señorita».

Advertí:

—Se enfrenta usted con un caso mental, mistres Fisher.

—¿En qué sentido?

—George Cadott, el que escribió esa carta, padecía una especie de complejo de culpabilidad. Tenía la idea de que quería salvar al mundo eliminando la maldad.

Ella ni siquiera parpadeó.

—Ésa es una idea digna de todas las alabanzas.

Deseo hablar con Mr. Cadott.

—No es posible.

Adelantó la barbilla.

—No veo ningún motivo para que no lo sea, Mr. Lam. He escuchado la versión de Barclay, quiero oír la de *miss* Marlow y también la de George Cadott.

—No puede usted hablar con George Cadott, porque ha muerto —le expliqué.

—¿Muerto?

—En efecto.

—Me parece que no le entiendo.

—Aparentemente —dije—, se suicidó. Era de esos tipos. Se entregó a un frenesí de desprecio hacia sí mismo a causa de su conciencia, y finalmente no pudo soportarlo ya más.

—Recibí una carta de él —dijo.

—¿Sí? ¿La lleva consigo?

—Sí.

Esperé.

No hizo ningún ademán de sacar la carta.

Barclay Fisher dijo:

—George Cadott tenía una idea completamente falsa de la situación. Se lo he explicado a Minerva. Me emborraché y…

—Sé perdonar una borrachera —dijo Minerva Fisher.

—Y aparentemente pasé la noche en el sofá del apartamiento de esa chica —terminó Fisher.

—No puedo perdonar la infidelidad —dijo Minerva Fisher, con tono irrevocable.

—En apariencia, no la hubo —intervine.

—Ustedes los hombres, siempre se excusan.

Evidentemente, George Cadott no compartía su visión optimista de la situación, Mr. Lam.

—George Cadott no estuvo allí —le contesté.

—Tampoco usted.

—Está bien —dije—, vamos a ver a Lois Marlow. Ella sí estaba. Oiremos lo que tiene que decir.

—Minerva, querida —dijo Earclay Fisher—, puedo asegurarte que no ocurrió nada, nada en absoluto.

Minerva le interrumpió para decir con firmeza:

—Esperémoslo así, Barclay. Me sería imposible perdonar una infidelidad.

Pensé que sería mejor no telefonear a Lois Marlow. Tal vez ella quisiese saber de qué se trataba, y si se enteraba, seguro que no querría hablar con nosotros.

Nos dirijimos a los Apartamientos Wisteria. Los faroles de la calle estaban encendidos y una cortina de niebla llegaba del océano hasta una altura de unos cincuenta metros por encima de los edificios. Debajo, el aire era frío, y Barclay Fisher se estremeció.

Minerva no. Avanzó lenta y majestuosamente, completamente segura de sí misma, y sabiendo exactamente lo que se proponía hacer, y cómo hacerlo.

En la puerta de la calle, fingí que tocaba el timbre del apartamiento de Lois Marlow. En realidad, apreté otro par de botones. Uno de ellos soltó el pestillo de la puerta, y los tres subimos al apartamiento de Lois Marlow sin que ésta sospechara que llegábamos.

Apreté el botón de madreperla y la campana sonó en el interior del piso.

Lois Marlow abrió de par en par la puerta.

—Usted otra vez —dijo.

Evidentemente, se disponía a salir y llevaba un vestido de tarde que acentuaba sus curvas.

Entonces se fijó en Barclay Fisher.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó—. ¡Usted! ¡Precisamente!

Minerva Fisher se adelantó.

—Mi esposa, *miss* Marlow —dijo Barclay Fisher.

Lois Marlow retrocedió con el movimiento instintivo de una mujer que rehúye un contacto desagradable.

Minerva aprovechó la oportunidad para meterse en el apartamiento. Dijo:

—Deseo hablar con usted acerca de lo que ocurrió durante la convención, Mrs. Cadott.

Barclay Fisher me miró interrogadoramente.

Seguí a Minerva al interior del apartamiento.

Era lo único que podía hacerse. Parecía como si Lois tuviese una cita, y deseaba lograr todo lo posible antes de que nos echaran.

Lois Marlow dijo sarcásticamente:

—Eso es, hagan como si estuvieran en su casa.

—Bien, bien, bien —dijo una voz de hombre—. He aquí de nuevo a nuestro detective.

Mort Evans estaba sentado en una butaca, con un cigarrillo en los dedos y un cenicero y un vaso junto a su codo. El vaso estaba vacío. El cenicero medio lleno. Evidentemente, llevaba allí bastante rato.

—Siéntense todos —dijo Evans—. Me han ahorrado muchas molestias.

—¿Puedo preguntar quién es este señor? —dijo Minerva Fisher, con el tono que una dama de compañía de la era victoriana utilizaría al encontrar a un desconocido en la cama de su pupila.

Esta vez no dejé que nadie se me adelantara.

Dije:

—Les presento a Mortimer Evans, detective de la Brigada de Homicidios que cree que George Cadott fue asesinado. Investiga en colaboración con la policía de Vallejo y le gusta husmear por ahí.

—Gracias, gracias, Lam —dijo Evans—. Ha simplificado mucho las cosas. ¿Qué es eso de que yo creo que Cadott fue asesinado?

—Yo opino que Cadott se mató —dije—. Tenía un complejo de culpabilidad y tendencia al suicidio.

—¿Y por eso cree que se suicidó?

Asentí enfáticamente.

—Entonces, tal vez tenga la amabilidad de explicarnos lo que hizo con el arma del crimen.

—Si se suicidó, no existe el arma criminal.

—Cuando encuentro a un hombre muerto de un disparo de escopeta y no hay ningún arma en la habitación lo llamo asesinato —dijo Evans.

—No sea tonto —le contesté—. Hay muchos casos en que alguien se presenta y se lleva el arma.

—¿Puede sugerirme algo acerca de la identidad de ese alguien?

—Rotundamente, no.

Minerva Fisher dijo:

—Mr. Evans, creo que haberle encontrado aquí es una circunstancia muy afortunada.

—Yo también opino lo mismo —dijo Evans.

—Bueno, escuchen —intervino Lois Marlow—. Tengo una cita y he de salir. No quiero perder más el tiempo. Les ruego a todos ustedes que se marchen de este apartamiento. Ya le he dicho a Mr. Evans que si no se va llamaré a la policía. Aparentemente, ésta sería una gestión inútil, porque, me ha recordado Mr. Evans, él es la policía. Sin embargo, voy a marcharme de mi apartamiento ahora mismo.

Minerva la miró de pies a cabeza, y luego se volvió hacia Evans, como si no se hubiera producido ninguna interrupción. Dijo:

—Soy Minerva Fisher. Mi marido pasó una noche en este apartamiento, con Lois Marlow. Míster Cadott me escribió una carta en la que me contaba lo ocurrido. Mi esposo contrató a Donald Lam para que tratara de evitar el escándalo. Todavía no he averiguado…

Evans se levantó de un salto del sillón. El sarcasmo indolente que había mostrado desapareció, y mostróse tan despierto como un sabueso sobre la pista.

—¿Tiene usted esa carta, Mrs. Fisher?

—Sí.

Evans alargó la mano.

Ella vaciló.

—Démela —dijo él.

—No estoy segura de que me guste que esta carta sea leída por…

—Quiero la carta —insistió Evans—. Es una prueba. Esconda usted una prueba en este caso y se verá metida en un buen lío. Deme la carta.

Ella abrió el bolso y se la entregó.

Evans la leyó por entero y después silbó suavemente.

—¿Cómo ha recibido esta carta, Mrs. Fisher? —pregunté.

—Por correo.

—¿Esta mañana?

—Sí.

—¿Entrega especial? —pregunté.

—No creo necesario contestar a sus preguntas sobre tal punto, Mr. Lam. He recibido la carta, y basta.

—El caso es que puede resultar muy importante saber desde dónde fue enviada la carta, y cuándo, si la remitieron desde Vallejo, o desde San Francisco, y la fecha que aparece en el matasellos. ¿Dónde está el sobre en que ha llegado?

—Lo he tirado.

Evans dijo:

—Esto aporta una hermosa luz a un asunto oscuro. ¿Dice usted que su esposo es quien contrató a Donald Lam para que evitara el escándalo?

—Sí.

—¿Cómo lo sabe?

—Él me lo ha dicho.

—¿Lam? —preguntó Evans, señalándome con el pulgar.

—Mi marido.

—Bueno, ahora la situación empieza a aclararse —dijo Evans.

—Además —prosiguió ella—, mi esposo ha estado en comunicación con Mr. Lam, y creo que ocurrió algo que impulsó a Mr. Lam a pedir a mi marido que viniera aquí.

—¿Y a traerla a usted? —preguntó Evans.

—No, no —dijo ella—. Me refiero al primer viaje, al que hizo anoche.

—¡Anoche!

—En efecto.

—¿A qué hora?

—No lo sé. Se lo he preguntado a mi esposo y me parece que ha tratado de engañarme deliberadamente. Me ha dicho que cogió el avión de medianoche.

—Cariño, lo hice —dijo Barclay Fisher, haciendo crujir sus nudillos—. ¿Es que no confías en mí, Minerva?

—Eso es lo que estoy tratando de averiguar —contestó ella con calma.

—¿Cogió el avión de medianoche, eh?

Barclay Fisher hizo crujir un nudillo.

—¿Y para qué vino aquí? —preguntó él.

—Para consultar con Mr. Lam.

Minerva dijo a Evans:

—Mr. Lam telefoneó a mi esposo a primera hora de la noche, y le dijo que Mr. George Cadott se había inscrito en el Roadside Motel de Vallejo con el nombre de George Chalmers.

—¿Qué? —exclamó Evans, con voz que parecía el ladrido de un sabueso al olfatear el rastro Minerva asintió con la cabeza.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Evans.

—Cuando se produjo la llamada, escuché por el teléfono supletorio. Era una llamada desde San Francisco, y escuché porque a veces a él le gusta que escuche y que tome notas cuando se trata de un negocio importante.

—¿Y qué oyó usted?

—Oí que Mr. Lam se daba a conocer y aseguraba que había localizado a Mr. George Cadott que había resultado bastante difícil, pero que tenía la dirección.

—Prosiga —dijo Evans—. ¿A qué hora tuvo lugar esa conferencia?

—A última de la tarde. Puedo afirmar que míster Lam hablaba con voz muy pastosa. Me parece que estaba borracho.

Lois Marlow se desplazó disimuladamente hasta situarse detrás del sillón de Evans. Miró a Minerva y meneó la cabeza. Luego, cuando la señal pareció no causar efecto, se llevó un dedo a los labios.

—¿De modo que su esposo obtuvo esta información a primeras horas de la noche, pero no se marchó a San Francisco hasta las doce? —preguntó Evans.

—Eso es lo que él dice —contestó Minerva.

Barclay Fisher permaneció inmóvil, con la cabeza gacha.

—Antes de que yo le pudiera decir que había escuchado la conferencia y le preguntara quién era Mr. Lam y por qué trataba de encontrar a míster Cadott —prosiguió ella—, mi esposo anunció tranquilamente que necesitaba ir al despacho para un asunto de gran importancia, y que no debía preocuparme si no regresaba hasta la mañana siguiente.

»No regresó a casa en toda la noche, pero telefoneó desde el aeropuerto de San Francisco para decir que emprendía el regreso.

—¿Eso ha sido esta mañana?

—Sí.

—¿Qué ha dicho que había ido a hacer a San Francisco?

—A resolver un asunto de negocios.

Evans se encaró con Barclay.

—¿Qué hizo usted entretanto? ¿Por qué esperó hasta medianoche antes de venir, si sabía que Lam había localizado a Cadott a última hora de la tarde?

—Estaba pensando en lo que debía hacer. Debo admitir que me sentía muy preocupado —dijo Fisher.

—Barclay —dijo Minerva, con tono definitivo—, vuelvo a preguntarte, y será la última vez, en presencia de estos testigos: ¿Viniste en el avión de medianoche?

—Cariño —contestó él, mirándola—, vine en el avión de medianoche. Lo juro por el amor que te tengo.

—En tal caso —dijo Minerva Fisher con calma, abriendo el bolso y sacando una hoja de papel amarillo—, ¿cómo es que tienes en tu poder un contrato de la Agencia de Alquiler de Automóviles por el que se ve que alquilaste uno a las nueve y cuarto en el aeropuerto de San Francisco?

Barclay Fisher se quedó mirándola, con la mandíbula como si se le fuera a caer.

Mort Evans disparó una mano, rodeó con sus dedos la muñeca de Minerva, le cogió el papel, lo examinó, miró a Fisher y dijo:

—¡Bien, bien, bien! Y los kilómetros recorridos cuando fue devuelto el coche corresponden aproximadamente a los que hay entre el aeropuerto y el Roadside Motel de Vallejo.

Barclay Fisher se derrumbó en la silla y miró a Minerva como si ésta hubiese pegado un tirón a la alfombra que tenía bajo los pies.

Mort Evans se encaró con Fisher.

—Muy bien, Fisher —dijo—, oigamos su relato. Fue usted a ver a George Cadott. Sabía dónde estaba. Fue a Vallejo y le vio. Lucharon. Usted le mató, vamos, confiéselo.

—No lo hice, le aseguro que no lo hice —dijo Fisher.

—Narices. Le hemos descubierto las mentiras suficientes para hacer pedazos toda su historia. Tiene ya un pie en la cámara de gas. Vamos, Cuéntenos la verdad. Tal vez haya alguna circunstancia atenuante. Confiese y trataremos de ayudarle. ¿Qué ocurrió? ¿Trató

de atacarle y usted le mató?

—No. No lo hice, no le maté.

—Está bien —dijo Evans—, siga mostrándose terco, y nos cuidaremos de que quede bien atado en la sillita de la cámara de gas. Le aconsejarán que escuche el chasquido que produce la compuerta del recipiente de las píldoras al abrirse, y después el siseo que produce el gas al desprenderse, y entonces que cuente hasta diez e inspire profundamente. ¿Le gustará?

Resultaba evidente que a Barclay Fisher aquello no iba a gustarle.

—Vamos —dijo Evans—. Usted estuvo allí. Ha admitido que alquiló un auto y fue allí.

—No ha admitido nada de esto —intervine.

Evans me lanzó una mirada ponzoñosa.

—No se meta en esto —me dijo.

Comprendí que debía desviar su atención de Fisher. No me gustaba que me pegaran, pero, al fin y al cabo, aquel tipo era mi cliente.

—Esto es lo que usted querría —dije, adelantándome—. Represento a Barclay Fisher. No puede usted acusarle de una cosa así. Lo que él necesita es un abogado. Fisher, no hable. No conteste ninguna pregunta más…

Evans se levantó rápidamente. Era más hábil, más rápido y más fuerte de lo que yo me había figurado.

Me alcanzó en la barbilla y la habitación empezó a dar vueltas. El impacto me hizo retroceder, tropecé en una silla y caí al suelo.

Vi que Evans se inclinaba sobre mí; sus dedos se aproximaron a la pechera de mi camisa.

Fue una tentación que no pude resistir. Encogí los pies, puse mi tacón izquierdo a la altura de su barbilla y estiré la pierna.

Retrocedió dando traspiés.

Di la vuelta sobre mí mismo y me incorporé ayudándome con las manos yo las rodillas.

—Busque un abogado, Fisher —le rogué—. No diga ni una palabra. No conteste ninguna pregunta. Busque un abogado. Usted…

Me cayó encima un alud humano. Algo me dejó sin aliento, no sé si un pie o un puño que se aplastó contra mis costillas. Las luces

empezaron a girar velozmente. Alguien abrió la puerta y salí al pasillo con la cabeza por delante.

La puerta se cerró de golpe a mis espaldas, y oí como corrían un cerrojo.

Mortimer Evans se quedó dentro con Barclay Fisher.

Mi sombrero estaba allí. Esperé que Mortimer Evans no examinara el interior de la badana. Me senté en el suelo del pasillo y me quedé allí diez o quince segundos, tratando de recuperar el aliento y en espera de que los objetos dejaran de dar vueltas a mi alrededor.

Finalmente, conseguí ponerme en pie.

Sólo el hecho de que Mortimer Evans deseara proseguir su trabajo con Barclay Fisher, me había salvado de una buena paliza.

Sabía que era inútil tratar de entrar otra vez en el apartamiento.

Confié en que Fisher tuviese el sentido común suficiente para seguir mi consejo, mantenerse callado y pedir un abogado.

Bajé a la calle, tomé un taxi y regresé a mi hotel; subí a mi habitación, me senté y empecé a pensar.

Había dos cosas seguras. Una de ellas era que Barclay Fisher estaba metido en un lío endiablado.

La segunda era que las cosas se habían puesto contra mí y yo también me encontraba en un buen apuro. Si Mortimer Evans registraba el interior de mi sombrero y encontraba el resguardo de la cartera que dejé en Reno, la recuperaba y examinaba el diario de George Cadott, mi situación no tendría remedio.

Mientras trataba de encontrar una escapatoria, sonó el teléfono.

Era Bertha Cool que me llamaba en conferencia.

—Hola —dijo—. ¿Qué tal te va?

—No me va en absoluto —le dije.

—¿Ha llegado Minerva?

—Ha llegado.

—¿Y qué?

Dije:

—Minerva es de esas mujeres tranquilas y mortales de necesidad. Barclay Fisher vino aquí, alquiló a escondidas un auto y se marchó al Roadside Motel, donde encontraron el cadáver de George Cadott. Mintió a su esposa, ha mentido a la policía y ahora están a punto de acusarle de asesinato en primer grado.

—¿Y tú? —preguntó Bertha.

—Si la policía consigue las pruebas que tiene a su alcance —dije —, me acusarán de complicidad y es probable que me quiten la licencia.

—¡Sólo nos faltaría eso! —exclamó Bertha—. Ya puedes empezar a meditar en serio, Donald Lam, y que se te ocurra algún sistema para salvar la situación. Yo voy en seguida. Espérame.

—¿A dónde diablos crees que iba a marcharme? —pregunté—. Si no me encuentras en el hotel, estaré en la cárcel.

Bertha no se molestó en contestar. Colgó violentamente el teléfono.

capítulo ocho

PERMANECÍ sentado en la habitación del hotel durante quince minutos, tratando de encajar los fragmentos de aquel rompecabezas humano.

Si Barclay Fisher había asesinado a George Cadott, yo no quería verme arrastrado al abismo junto con él.

Si Barclay Fisher no había asesinado a George Cadott, yo quería protegerle. Era nuestro cliente, nos había pagado dinero e iba a pagarnos aún más.

Estaba patinando sobre una capa de hielo muy delgada. Si la policía se enteraba de lo del diario, descubriría el hecho de que yo me había llevado el llavero del pabellón del motel, estaba perdido. Me vería tan complicado en el asunto que jamás conseguiría escabullirme.

Por lo tanto, me correspondía a mí cuidar de que la policía no descubriera ciertas cosas.

Me dolían las costillas en el sitio donde Evans me había golpeado. Me palpé cuidadosamente con las puntas de los dedos para averiguar si tenía alguna rota. No pude decirlo con seguridad.

También me dolía la barbilla, pero sabía que no tenía rota la mandíbula.

Cuando me levanté de la silla, estaba embotado y dolorido. Necesité un minuto entero para conseguir la colaboración de mis músculos torturados.

En Market Street había una serie de establecimientos de tiro al blanco, de tugurios para marineros, de máquinas tragaperras y objetos semejantes.

Tomé un taxi y pedí al taxista que esperara.

Encontré una máquina para fabricar duplicados de llaves, compré varias llaves lisas y me puse a trabajar.

Hice dos duplicados de la llave que abría el apartamiento de George Cadott.

Después, empecé a hacer toda clase de llaves.

Era muy divertido. Cogía cualquier llave lisa y le aplicaba el diseño que me parecía. Era una llave que, por lo que yo sabía, no encajaría en ninguna cerradura del mundo.

Era divertido. Era crear nuevas llaves; como componer música o pintar.

Cuando tuve dos colecciones de media docena de llaves, me dirigí a unos almacenes próximos y compré un par de llaveros. Puse una de las llaves duplicadas del apartamiento de Cadott en uno de los llaveros y después metí en ellos también el resto de las llaves que había fabricado sólo por diversión. Salí con los llaveros, los tiré al suelo, los pisé, los froté con fuerza, los recogí, les quité el polvo y me los guardé en un bolsillo.

Regresé al hotel.

El portero me dijo que me habían llamado por teléfono, y que habían dejado el recado de que volverían a llamarme al cabo de quince minutos. Había sido una voz femenina.

Subí a mi habitación, me puse una toalla caliente sobre la dolorida mandíbula y esperé.

Sonó el teléfono.

Escuché la voz de Lois Marlow.

—Hola, Donald —dijo—. ¿Cómo se encuentra?

—Bastante mal.

—Se ha marchado y ha olvidado el sombrero.

—Me han echado y he olvidado el sombrero.

Ella rió guturalmente, y dijo:

—Siempre tan puntilloso con la exactitud. ¿Le gustaría recuperar su sombrero?

—Ya lo creo.

—Estoy sola y aburrida.

—¿Dónde se encuentra? ¿En su apartamiento?

—¡Cielos, no! Ese apartamiento es demasiado popular para mis conveniencias.

—¿Qué ha ocurrido a sus invitados?

—Se han marchado bajo escolta.

—¿Mi sombrero está ahí?

—No. Lo tengo yo.

—¿Y cómo está usted?

—Estoy modosamente sentada en un salón reservado para las damas que esperan un acompañante, en el restaurante que queda exactamente a una manzana de distancia de su hotel. Se llama *El Vellocino de Oro*, y…

—Sé dónde está. Lo he visto.

—¿Viene? —preguntó ella.

—Y entonces, ¿qué?

—Bebidas.

—¿Y después?

—Cena.

—¿Y a continuación?

—Charla —dijo ella y volvió a dejar oír aquella risa seductora—. ¿Viene?

—Voy —contesté, y colgué.

Me metí en un bolsillo uno de los llaveros duplicados. Envolví cuidadosamente el otro entre la ropa sucia y lo puse en el fondo de mi bolsa de viaje.

Bajé en el ascensor, entregué mi llave en conserjería, pedí al recepcionista que dijese a quien me llamara que tal vez no volviera hasta tarde. Era uno de aquellos pequeños y típicos hoteles de San Francisco donde hay pocos huéspedes irregulares y muchos clientes que viven en ellos meses enteros. El recepcionista es una combinación de telefonista, recepcionista y encargado.

La calle era muy pendiente y el costado me dolía mientras la bajaba con precaución.

Lois Marlow estaba esperándome. Llevaba el mismo vestido de profundo escote que insinuaba sus curvas generosas y su sonrisa era muy, muy cordial.

—Hola, Donald —dijo—. Tenía miedo de que me diese un plantón.

—De ningún modo. ¿Dónde está mi sombrero?

—En el guardarropía, desde luego. —Me entregó un boleto—. Le costará veinticinco centavos de propina recuperarlo, pero la encargada es una muchacha que lleva una falda muy corta y tiene unas piernas preciosas y creo que valdrá la pena.

—¿Comemos aquí? —pregunté.

—Depende de sus posibilidades económicas.

—¿Es muy caro?

—Mucho.

—¿Tiene mucho apetito?

—Mucho.

—Pues comamos aquí.

—He reservado ya una mesa a su nombre —dijo ella—. Estará todo dispuesto dentro de veinte minutos. Tenemos tiempo para tomarnos dos o tres copas en el bar.

—Vamos allá —le dije.

Ella escogió un rincón apartado del bar, se deslizó sobre el asiento tapizado de cuero, cogió una almendra del platito que había en la mesa y parpadeó mientras me miraba.

—Es usted maravilloso —dijo.

—Continúe.

—¿No es suficiente?

—No.

Se rió.

Acercóse a un camarero y Lois encargó un *manhattan* doble.

—Para mí uno sencillo —dije.

—Tráigaselo doble —dijo ella, sonriendo al camarero—. No quiero llevarle ventaja.

El camarero asintió con la cabeza y se marchó.

Mordisqueamos almendras saladas y charlamos de cosas sin importancia hasta que el camarero volvió con los *manhattans*.

Ambos eran dobles.

Le pagué y le di un dólar de propina. Esto nos aseguraría la soledad durante un rato.

Brindamos. Lois Marlow se bebió la mitad de su copa antes de dejarla sobre la mesa.

—Lo necesitaba —dijo.

Yo tomé dos sorbitos, dejé mi copa, cogí otra almendra, y dije:

—Bueno, ¿cuál es su problema?

Abrió mucho los ojos.

—¿Problema? —preguntó.

—¿Por qué quiere un detective?

—Yo no quiero ningún detective.

—Me quiere a mí.

—Eso es distinto.

—No lo creo yo así.

—Yo sí.

No contesté.

La muchacha esperó un momento y después prosiguió:

—¿Sabe, Donald? Creo que se subestima. Es usted atractivo. La mayoría de los hombres que lo son se dan perfecta cuenta de ello. Se pavonean, se dan importancia y adoptan un aire de perdonavidas que acaba por hacerse repulsivo.

»Usted es guapo, bien formado, de caderas estrechas y se porta naturalmente. Es usted tranquilo, modesto, y… Bueno, es usted muy, muy atractivo.

No dije nada.

—¿No se le insinúan las mujeres, Donald?

—No me he dado cuenta.

—¿Se la habría dado si lo hubiesen hecho?

—No sé.

—No parece ser muy observador.

—¿Se está usted insinuando?

Ella vaciló un momento y después las baterías de sus ojos me alcanzaron con un impacto directo.

—Sí —dijo.

—¿Puedo decir algo? —solicité.

—Pídame todo lo que desee, Donald —dijo ella en voz baja.

—De acuerdo. Esta noche tenía usted una cita. Se emperifolló para acudir a ella. Era un hombre que significaba algo para usted. Se ha mostrado muy ansiosa de sacar a Mort Evans de su apartamiento para poder acudir a la cita. No quería dejarle allí, pero la cita era muy importante, de modo que se disponía a marcharse, a cerrar la puerta, y a dejarle allí solo, si era preciso.

»Algo ha ocurrido después de marcharme yo. Está usted asustada. Ha anulado su cita y ha empezado a telefonearme. Tengo algo que a usted le interesa. ¿Qué es?

Lois jugueteó con su copa, dándole vueltas entre el pulgar y el índice. Su mirada rehuyó la mía.

—Tal vez es porque me interesaba usted.

—Tal vez no.

—¿Qué le hace pensar así?

—La gente no se interesa por uno. Uno tiene lo que ellos quieren, y lo sabe.

De nuevo le dio vueltas a la copa entre los dedos; después, la levantó bruscamente y apuró su contenido.

—¿Puedo tomarme otra, Donald?

—Siempre que no trate de encargarla también para mí.

—No lo haré.

Capté la mirada del camarero y señalé la copa vacía. Él miró la mía y enarcó las cejas.

Negué con la cabeza.

Sonrió comprensivamente y se alejó.

Lois Marlow siguió dando vueltas a la copa vacía hasta que el camarero llegó con otra llena.

Volví a pagar la nota y le di otro dólar de propina.

—Muchísimas gracias, señor —dijo.

—Creo que con éste habrá suficiente —le contesté con tono intencionado.

—Así lo espero, señor.

El camarero se alejó. Lois me lanzó una mirada de reojo, volvió a mirar la mesa, me observó de nuevo y después suspiró lánguidamente.

—Donald —dijo de repente—, le necesito.

—Eso está mejor.

—Me encuentro en un apuro.

—Tal vez no me sea posible ayudarla.

—¿Por qué?

—Represento a Barclay Fisher.

—¿Le impediría eso ayudarme?

—Probablemente.

—Necesito a alguien con quien hablar. He de contarle esto a alguien.

—Mis orejas no están alquiladas. Puedo escuchar. Tal vez no pueda hacer nada para ayudarla, y probablemente no pueda guardar para mí lo que usted me confíe.

—¿A quién se lo contaría?

—Puedo utilizar la información.

—¿Para qué?

—Para ayudar a mi cliente.

—En tal caso, no le contaré nada —dijo Lois.

—Tal vez yo podría contárselo a usted.

—¿Contarme qué?

—Lo que usted iba a decirme.

—Oh, no, es imposible.

Dije:

—Se casó usted con George Cadott. ¿Cuánto tiempo hace?

—Cinco años.

—George no era un mal partido por entonces —dije—. Resultaba algo severo y envarado, pero no estaba mal. No tenía dinero. Ignoro lo que vio usted en él o por qué se casó, pero lo hizo.

»George tenía algo que resultó ser una mala costumbre.

—¿Qué era? —preguntó ella.

—Insistía en llevar un diario. En él escribía sus pensamientos más íntimos. Poco después de la luna de miel, usted descubrió su existencia y se acostumbró a leerlo. Aquello le producía un gran placer. Le agradaba especialmente verse a través de los ojos de George tal como la describía en su diario. Era agradable leer acerca de la luna de miel y de lo maravillosa que usted era.

—¡Donald! —exclamó ella, con los ojos muy abiertos—. ¿Cómo está enterado de eso?

—Luego —proseguí—, cuando llevaba ya uno o dos años casada y gran parte del encanto había empezado a disiparse, y veía usted en George a un hombre nada extraordinario y sí muy vulgar, el abuelo de George murió y George heredó algún dinero.

»Poco después de esto, George se volvió completamente insoportable. Empezó a mostrarse sombrío, preocupado, y a verse preso en aquel complejo de culpabilidad, que creció hasta el punto de que no se podía vivir con él. Usted lo resistió unos seis meses y después decidió marcharse.

»Temía usted que George tratara de oponerse al divorcio. George y usted tenían temperamentos completamente incompatibles. A usted le gustaba la alegría y la aventura. George vivía una existencia amargada. No me sorprendería demasiado que hubiesen habido uno o dos hombres en su vida, y George lo sospechaba. Aquello hubiese podido ocasionarle problemas ante el tribunal de divorcio, en caso de que surgiera alguna discusión.

»Por lo tanto, decidió usted que necesitaba cierta protección, de

modo que al marcharse robó el diario de George, el que abarcaba el período de tiempo que llegaba hasta la muerte de su abuelo.

El rostro de Lois estaba ahora muy pálido. Me observaba con ojos que parecían tan grandes como la boca de la copa que sostenía en la mano.

—Donald —dijo—. ¿Quién… quién ha podido contarle… todo eso?

—Yo mismo —dije—. El diario de George daba muchos detalles sobre los acontecimientos que llevaron a la muerte de su abuelo, y proseguía durante otros seis meses con muchas alusiones a mejorar este mundo, a la expiación, y a cosas por el estilo. Y después, en el resto del año, no había ninguna anotación.

»Esto sólo podía significar una cosa. George no tuvo ya el diario y por lo tanto no pudo escribir en él. Usted consiguió su divorcio en Reno unos seis meses después del fallecimiento del abuelo de George. No se necesita ser un gran detective para relacionar ambos hechos y comprender que al marcharse se llevó usted el diario.

—¿Cómo… cómo sabe todo eso, Donald?

—Cuando me ocupo de un caso, me gusta saber lo que ocurre.

—Pero Donald, la policía lucha contra usted, o mejor dicho, usted va contra la policía. Ellos no le tienen confianza.

—No tienen por qué tenérmela.

Con la base de su copa, dibujó círculos en la mesa. Tenía los labios fruncidos.

Dije:

—George perdió su diario seis meses después de la muerte del abuelo. Apostaría a que nunca más volvió a verlo. Sin embargo, se ha hallado en su apartamiento. Pregunta: ¿Cómo llegó hasta allí?

—Bueno, ¿cómo llegó?

—Sólo existe una manera —dije—. Usted lo puso allí.

—¿Yo lo puse allí?

—Eso es, usted lo puso allí.

—Donald, usted está loco. Usted… ¿Por qué iba a ponerlo allí?

—Porque estaba cansada de que el individuo se entrometiera en su vida —dije—, y deseaba que la policía lo encontrase. Sabía que alguien registraría su apartamiento, de modo que cogió el diario que había robado y conservado en su poder durante cuatro años, y lo puso donde la policía había de encontrarlo.

—No la policía —dijo ella—. ¡Usted! Quería que usted lo encontrara.

—¿Por qué?

—Porque estaba harta de tenerle siempre vigilándome, soy una mujer. Sé lo que quiero y tengo derecho a vivir mi vida. He estado casada. Sé lo que es esto, y no hay ninguna razón que me obligue a llevar una vida de acuerdo con los deseos de un ex marido que se ha convertido en un cruzado de la moralidad.

—Entonces, ¿por qué no le despidió definitivamente? ¿Por qué no le dijo que se fuera al diablo? ¿Por qué soportar todas esas molestias?

La joven dibujó más círculos con su copa.

—Me daba dinero —dijo.

—¿Por qué?

—Su conciencia le acusaba. Era mi marido. Yo había sido su esposa. Había jurado amarme, cuidarme, y todo eso que se dice.

La miré astutamente.

—¿Y había además un poquitín de chantaje?

—No, Donald, no. En absoluto. Él nunca supo que yo tenía ese diario. Nunca supo que yo sospechaba algo acerca de la muerte de su abuelo hasta… hasta…

—¿Hasta qué?

—Hasta después de visitarme usted, cuando yo averigüé que George había escrito aquella horrible carta. Entonces comprendí que tenía que hacer algo.

—Bueno, ¿qué hizo?

Ella dijo:

—Estaba atemorizada. En el mismo momento en que usted hablaba conmigo, George estaba a pocos metros de distancia, de visita en casa de los Dutton. Tenía mucho miedo de que usted descubriera donde estaba, que se enterase del auto deportivo que él utilizaba.

—Evidentemente, entonces fue cuando perdí la apuesta —dije—. Continúe, ¿qué ocurrió?

—Bueno, me desembaracé de usted y fui directamente a casa de los Dutton para decir a George que necesitaba hablarle en seguida.

—¿Y él la siguió?

—Como un corderito. Creo que siempre había deseado una

reconciliación.

—¿Y qué le dijo usted?

—Muchas cosas. Le dije que estaba enterada de la carta que había escrito. Le dije que si pensaba que iba a soportar tal cosa, estaba completamente loco.

—¿Y qué?

—Entonces empezó a explicarme lo que haría por mi propio bien, y yo me enfurecí y le dije que no podía colocarse en ningún pedestal. Le… le llamé asesino.

—¿Y qué sucedió después?

—Trató de negarlo, pero empezó a derrumbarse.

—¿Le dijo usted que tenía el diario?

—No, desde luego que no. Él no sabía qué se había hecho del diario. Nunca llegó a saberlo. Creyó que lo había perdido.

—Prosiga —dije—. ¿Qué hizo usted?

—Le dije que usted era un detective muy listo, que se jugaba el cuello al escribir aquellas cartas llenas de amenazas, y que iría a la cárcel por extorsión y chantaje, y por enviar cartas con amenazas por correo. Le dije que cuando estuviese en la cárcel, las autoridades empezarían a investigar la muerte de su abuelo.

—¿Eso le preocupó?

—Le asustó mortalmente.

—¿Y qué hizo entonces?

—Se mostró dispuesto a hacer todo lo que yo dijese. Le expliqué que conocía ese motel de Vallejo, que fuese allí y se mantuviese fuera de la circulación hasta que usted se marchara de la ciudad. Le pregunté si había algo comprometedor en su apartamiento, y dijo que sí, que había copias de las cartas que había escrito a los Fisher.

—¿Las dos?

—Esto es lo que dijo.

—¿Y qué sucedió?

—Le dije que tenía que marcharse inmediatamente, porque usted estaría tras de su pista y que le sería fácil localizar su automóvil; que si llegaba usted a entrevistarse con él, le volvería del revés. Le dije que siempre que un detective empezaba a ocuparse de un hombre, nunca dejaba de examinar su pasado y que sin duda usted había estado husmeando las circunstancias que rodearon la muerte de su abuelo, y que si no lo había hecho, lo haría.

—En otras palabras, ¿le metió el miedo en el cuerpo?

—Ya lo creo que sí. Créame, George nunca había sospechado siquiera que yo supiese nada acerca de la muerte de su abuelo, y cuando se lo eché en cara fue como haberle golpeado en el estómago con una estaca. Adquirió un color amarillo verdoso.

»Le dije que había sido bastante buena persona hasta la época de la muerte de su abuelo, pero que desde entonces estaba tratando de reformar a todo el mundo sólo para expiar el pecado que él y Caroline habían cometido.

—¿Mencionó usted a Caroline?

—Claro que la mencioné. Ella intervino en eso.

Probablemente fue la que realizó el trabajo.

—¿Cómo reaccionó él?

—Estaba tan aterrorizado que me entregó las llaves de su apartamiento. Me dijo que salía inmediatamente hacia Vallejo y que ni siquiera se acercaría a su casa para recoger ropa limpia o un cepillo de dientes, que ya compraría por el camino lo que necesitara, y que se marchaba en el acto.

»Me pidió que fuese a su apartamiento, buscara en el escritorio y destruyera las copias de las cartas que había escrito. Además de las cartas que había firmado, había copias de otros anónimos que había enviado por correo.

—Prosiga —dije—. ¿Qué ocurrió luego?

—Bueno, se marchó a Vallejo. Hice lo que él me había pedido.

—Un momento. ¿Se llevó usted las cartas y todo?

—Sí.

—¿Y después?

—Esperé hasta medianoche, y entonces fui a Vallejo. Quería estar segura de que nadie me seguía. Tomé precauciones.

—Está bien. Fue usted a Vallejo. ¿Y luego?

—Llamé a la puerta del pabellón del hotel. Nadie contestó. La puerta estaba abierta. Entré y eché una ojeada a mí alrededor. No lo entendía, porque el auto de George estaba allí.

—¿A qué hora sucedió eso?

—Probablemente hacia la una y media, cuando llegué allí.

—¿Y qué?

—George… Bueno, ya lo sabe. George estaba muerto.

—¿Qué hizo usted?

—Cogí sus llaves y… quise ponerlas en un bolsillo de su traje, pero no pude decidirme a tocarle.

—¿Y qué?

—Después regresé a casa y me puse a meditar. Caroline estaba metida hasta el cuello en el asunto, lo mismo que George, y yo estaba cansada de tener que aguantar sus aires de superioridad. Me molestaba su vigilancia envidiosa. Decidí dar la vuelta a la situación, regresar al apartamiento de George y no sólo dejar parte de las cartas donde las había encontrado, sino también el diario para que la policía lo encontrase.

—Pero —le hice observar— usted había devuelto las llaves de George. ¿Cómo consiguió entrar? ¿Qué llaves utilizó?

—¿Es que no lo comprende, Donald? Ese apartamiento era donde George y yo estábamos viviendo cuando le abandoné. Era el apartamiento en que había vivido mientras duró nuestro matrimonio.

»Cuando hui de su lado, conservé todas mis llaves. Tenía la del apartamiento y la del escritorio. George no lo recordó cuando me dio sus llaves. Estoy segura de que había olvidado por completo el juego de llaves que yo tenía mientras viví con él.

—¿Cuándo se le ocurrió esta brillante idea?

—No hasta… Bueno, era después de amanecer. No podía dormirme. Me bebí un par de tragos y me fui a la cama, pero hubiera sido lo mismo si hubiese continuado sentada. Di vueltas y más vueltas, y entonces se me ocurrió esa brillante idea de devolver a su apartamiento los documentos comprometedores y dejarlos allí donde la policía pudiera encontrarlos… Y eso es lo que hice.

—La policía averiguará que tiene usted llaves del apartamiento —dije—, y…

—No, no lo averiguará. Dejé allí los documentos y después las llaves ya no me servían. Fui en auto hasta la Fuente de la Bahía y tiré las llaves allí donde nunca podrán encontrarlas.

—Prosiga.

—Bueno, eso es todo, Donald. Es… estuve en Vallejo. No creo que nadie me viera, pero yo… Y además… no entiendo por qué la policía no ha hablado acerca de…

De repente su voz se fue apagando hasta que reinó el silencio. Me miró como si me viera por primera vez.

—¡Donald, es usted un demonio! —exclamó.

—¿Qué ocurre ahora? —pregunté.

Dijo:

—Entró usted en su apartamiento. Usted es quien cogió el diario y las copias de las cartas. Por eso está enterado del contenido del diario.

—¿Cómo podía hacerlo? —pregunté.

—Entró usted allí, ¿verdad, Donald?

—¿Por tan loco me tiene? —pregunté.

Permaneció silenciosa por un rato y después inquirió:

—¿Qué he de hacer?

—Lo ha hecho ya —le contesté.

—Quiero decir, ¿qué tengo que hacer después de esto?

—Ya le he explicado que no podría aconsejarla, Lois.

—¿Por qué le ha contratado Barclay?

—Eso es.

—Pero, ¿qué tiene que ver Barclay con todo esto? ¿Por qué están sus intereses contrapuestos a los míos?

—No lo sé. Tal vez me interese echarle las culpas encima.

—Donald, ¿qué está diciendo?

—Lo que oye.

—No sería capaz de hacerme una cosa así.

—Cuando represento a un cliente, represento a un cliente.

—Pero le he contado todo esto en plan estrictamente confidencial y…

—No, no lo ha hecho. Yo le he explicado a usted la mayor parte de las cosas. Además, la he advertido de que trabajaba para Barclay.

Me miró con expresión exasperada y dijo:

—Donald, hágame por lo menos este favor: quiero que me diga qué he de hacer ahora.

—Bueno —dije—, ahí viene el camarero para decirnos que nuestra mesa está dispuesta, de modo que lo primero que hemos de hacer es comer.

Me puse en pie y la acompañé hasta el comedor.

—Y además —le dije—, no me venga con esa historia de que le haga por los menos un favor. ¡No le debo a usted nada en absoluto!

capítulo nueve

AL final de la cena, Lois apartó el plato del helado y me miró por encima de la mesa.

—Me preocupa usted, Donald.

—¿Por qué?

—Siempre me da la impresión de que está callando algo.

—Tal vez sea reserva profesional.

—Tal vez. O quizá sea algo más. Dígame, Donald, ¿siempre guarda un as en la manga?

—No.

—Pues actúa como si fuese así.

—Tengo que hacerlo.

Su mirada buscó la mía.

—Donald, ¿qué piensa de mí?

—¿Por qué?

—Porque quiero saberlo.

—Es usted simpática.

—¿Es sólo un cumplido, o lo dice de verdad?

—Lo digo sinceramente.

—Anda usted mucho por ahí, Donald. Conoce a mucha gente. ¿Qué piensa de las chicas como yo?

—Ya se lo he dicho.

—No, me ha dicho lo que piensa de mí, pero quiero saber también lo que opina de las chicas como yo.

—¿En qué sentido?

—¿De qué sirve andar con rodeos? Quiero vivir mi vida, no sentarme en una isla desierta y ver discurrir la existencia mientras me voy haciendo vieja. Uno gasta vida, tanto si se da cuenta como si no. Sólo se dispone de una cantidad, y no puede ahorrarse.

»Ya le he hablado de mí. Me gusta la alegría, la luz, la diversión.

Me gusta la compañía. Me gustan los hombres atractivos. Quiero tener relaciones, emociones, variedad. La idea de pasarme la vida ante un fregadero siempre lleno de platos sucios, me aburre mortalmente.

—¿Vive usted la clase de vida que desea?

—Sí… en cierto modo.

—En otras palabras, ¿no está usted enamorada?

—¿Qué le hace decir eso?

—Si estuviese enamorada, querría vivir con un hombre determinado. No desearía que en su vida hubiera ningún otro hombre. Querría cuidarle, trabajar para él; cocinar para él, coser para él, enfrentarse con el mismo viejo fregadero, lleno de los mismos platos sucios.

—¿Eso es lo que piensa?

—Bueno —le dije—, es lo que se suele decir en estos casos.

Se rió.

—Por el momento está usted viviendo la clase de vida que desea —dije—. ¿Por qué se preocupa?

—Por pensar en el futuro.

—¿Qué hay de malo en eso?

—La falta de seguridad. El… Donald, ¿qué ocurrirá cuando empiece a ser menos atractiva, cuando empiece a engordar un poco y a perder el buen tipo, cuando los hombres no me encuentren ya deseable?

—Los hombres siempre la encontrarán deseable, mientras siga siéndolo.

—Ésta es una de esas condenadas frases enigmáticas que cada uno interpreta como quiere.

—¿Cómo define usted la seguridad? —pregunté.

—No lo sé.

—¿Matrimonio?

—No lo creo. Pero… a veces me pongo a pensar. En el matrimonio no hay ninguna seguridad verdadera. Una tiene un marido y se pasa los mejores años de su vida lavando platos sucios, zurciendo y perdiendo el tipo, y entonces se presenta una chica rubia cualquiera, y cuando una menos se lo espera, su marido le dice que quiere recuperar su libertad. ¡Su libertad! ¿Y cómo queda una?

—Prosiga —dije—, desahóguese.

—Estoy muy preocupada acerca de lo que hice, Donald. Procuro no pensar en ello.

—Muy bien, entonces, hablemos del sexo.

Ella me miró y se echó a reír.

—Entiende usted a la gente, ¿eh?

—Lo intento.

—¿Cuál es su opinión sobre el sexo, Donald?

—Magnífica.

—Donald Lam, habla usted de dientes para afuera. Su cerebro está a un millón de kilómetros de distancia. ¿Por qué no puede ser como los otros hombres y…? Bueno, me pone a la defensiva… me obliga a pensar en otra cosa…

—¿Qué hacen los otros hombres?

—Pues… Lo sabe usted de sobras.

—¿Qué?

—Bueno, por ejemplo, me desnudan mentalmente.

—¿Y a usted le gusta?

—Depende de que hombre se trate.

—¿Y opina usted que no estoy utilizando mi imaginación de la manera apropiada?

—Está usted jugando a un ajedrez mental, y yo soy un peón. Se prepara usted a desplazarme, y tengo la impresión de que, si surgiera la ocasión oportuna, sería material utilizable.

—¿Le he dicho eso?

—¿Qué?

—Que era usted material utilizable.

—No, no me lo ha dicho.

—He dicho que representaba a mi cliente; y que mi cliente es Barclay Fisher.

—¿Y le debe lealtad?

—Sí.

—¿Qué tendría que hacer y pagarle, para que fuese también leal conmigo?

—Ese tipo de lealtad al cliente, no es divisible. Tengo que proteger los intereses de Barclay Fisher.

Lois me estudió por un momento.

—Donald, se lo advierto. Voy a complicarle.

—¿Cómo?

—Conmigo.

—¿Por qué?

—Para que se sienta comprometido conmigo y… tenga que trabajar también para mí. Necesito su cerebro. Necesito su experiencia.

—Barclay Fisher tiene el número uno.

—Creo que se le prepara a usted una buena experiencia —me dijo—. Venga, vámonos de aquí.

Pagué la cena. Recogí mi sombrero en el guardarropía, y disimuladamente introduje los dedos en el interior de la badana. El resguardo seguía allí.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—A algún sitio donde podamos hablar.

—¿A su apartamiento? —sugerí.

—¿No sería muy peligroso?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué ir allí?

—Algún día tendrá que ir.

—Algún día no es ahora.

—¿A qué otro sitio quiere ir?

—A cualquiera.

—Si no pensara que la policía le está buscando, ¿iría a su apartamiento?

—Sí.

—Si la policía la está buscando, ¿le gustaría que la encontrasen en algún otro sitio?

—Tal vez no me encontraran.

—Pero tal vez sí.

Paré un taxi, y la ayudé a subir.

—A los Apartamientos Wisteria —dije al taxista.

Lois suspiró.

—¡Siempre tan condenadamente seguro de sí mismo!

—¿Y no le gusta? —le pregunté.

Ella se reclinó contra mí, apoyó su cabeza en mi hombro.

—Me encanta, Donald —dijo lánguidamente—. Tal vez interiormente esté usted preocupado e inseguro, pero siempre muestra un aire tan resuelto; tan seguro de sí mismo y de lo que se

propone hacer…

Movió una mano hasta que encontró la mía. La rodeó y la apretó con fuerza.

—Donald.

—¿Qué?

Alzó la barbilla y susurró:

—Donald, ¿quiere besarme?

—No.

—¡Es usted un cerdo! —exclamó.

No contesté.

—¿Por qué no quiere besarme, Donald?

—Muy bien. Adelante, piense. Eso es lo que me interesa que haga. Cuando acabe de pensar, puede dejarme.

Viajamos en silencio hasta los Apartamientos Wisteria.

Despedí el taxi.

Subimos hasta el apartamiento. Había una nota clavada en la puerta.

Lois la desdobló. Decía:

«L. Llámame tan pronto llegues, sea la hora que sea. C.»

Lois lanzó una exclamación de enojo.

—Podría dejarme tranquila —dijo.

—¿Para poder socavar mi lealtad hacia mi cliente? —pregunté.

Sostuvo mi mirada y dijo:

—Quizá.

—¿Tiene que avisar a esa dama sólo porque le ha dejado la nota?

—Usted no lo entiende —dijo—. Es Caroline, y Caroline tiene la condenada costumbre de vigilar y fisgar. A veces, creo que tiene un rayo invisible de luz que le permite saber cuando…

La puerta del apartamiento que había más abajo del pasillo se abrió.

Caroline llamó:

—Lois…

—Acabo de llegar —dijo ésta.

—¿Puedes acercarte?

—Pues… no. Estoy acompañada.

Se produjo un silencio mientras las dos mujeres permanecían mirándose. Yo me mantuve a un lado tratando de no intervenir.

Caroline dijo:

—Será cosa de un momento.

—¿Quieres que vaya solo para dos o tres segundos? —preguntó Lois, vacilante.

Caroline se acercó por el pasillo, y dijo con tranquila firmeza:

—Tendrá que ser en tu apartamiento. Tengo a alguien en el mío.

Lois abrió la puerta y los tres entramos y nos sentamos.

Caroline nos contempló con sus brillantes ojos negros.

—¿Has visto los periódicos? —preguntó.

Lois meneó la cabeza.

Caroline dijo:

—Un momento. Voy a buscar el mío.

Coloqué el sombrero sobre el televisor, con el ala hacia arriba. El resguardo de la cartera asomaba casi un par de centímetros por debajo de la badana. Me senté, miré el sombrero y empecé a moverme inquietamente.

Caroline se puso en pie con intención de salir.

—¿Qué trae el diario? —preguntó Lois.

—Te lo explicaré cuando lo tenga —dijo Caroline.

Empezó a moverse en dirección a la puerta.

Dije:

—Bueno, podemos poner la televisión y…

Ella se desvió para esquivar mi brazo alargado, y rozó el sombrero, que cayó al suelo. Caroline se agachó, lo recogió y volvió a ponerlo sobre el televisor, con el ala hacia abajo. Dijo:

—Cuando traiga el periódico verás lo que quiero decir. Espérame.

Regresé a mi silla.

—¿Ha cambiado de idea acerca de la televisión? —preguntó Lois.

—Ajá.

Ella se instaló en una butaca, mostrándome una buena cantidad de nylon, tentadoramente expuesto.

—Cuidado con Caroline Dutton —me advirtió Lois—. Es falsa, despiadada, resuelta y cruel, Está preparando alguna trampa.

—¿Y qué tengo que hacer yo?

—Vigilar, eso es todo. Vigílela como un halcón.

Caroline había dejado entornada la puerta del apartamiento. Entonces regresó y la abrió del todo. Llevaba con ella un diario.

—Es el de esta noche —dijo—. Trae el relato del asesinato de George.

Alargó el periódico a Lois con expresión medio despreciativa.

—¿Quieres leerlo?

Lois ni siquiera se dignó mirarlo.

—¿Qué dice? —preguntó.

—Lo principal es que el motivo del crimen no fue el robo. En el cadáver encontraron una cantidad respetable de dinero, pero no las llaves.

—¿Las llaves no? —repitió Lois.

—Las llaves no. Encontraron la llave del auto que conducía, pero ninguna otra.

Lois se humedeció los labios.

—¿Quieres decir que las llaves que encontraron no eran…?, quiero decir que no…

—Quiero decir que no había llaves.

—Oh —dijo Lois.

Caroline me miró.

—Usted estuvo allí, Donald Lam.

—¿Yo? ¿Allí?

—No me venga con cuentos. Estuvo usted en el motel a primera hora de esta mañana, con su precioso cliente, Barclay Fisher.

—Evidentemente —le contesté—, tiene usted ganas de decir algo. Adelante dígalo.

—A eso voy. Tengo mucho que decirles a los dos. El otro día, cuando lo enviaste a su perdición, Lois, George se detuvo a saludarme antes de irse.

»Estaba muy alterado por culpa de este detective particular. Entonces me dijo, por primera vez, que había escrito un diario del año en que murió el abuelo. Dijo que siempre guardaba el diario con él, en su maleta. Luego, un día, el diario desapareció. Desde entonces, vivió en una pesadilla constante. Dijo que alguna de las cosas que había escrito podía ser mal interpretada. Sospecho que el muy estúpido suponía que el abuelo fue asesinado.

»Tan pronto como me lo dijo, supe quien tenía el diario. Tú has

entregado ese diario a ese detective, Lois Marlow, y él se propone colocarlo en el apartamiento de George, o en algún lugar donde la policía pueda encontrarlo.

»Resulta tan visible como la nariz en medio de la cara. Has perdido la chaveta por este mequetrefe desde el momento en que le viste. Te subes el vestido hasta más arriba del cuello para que pueda verte bien las piernas siempre que lo desee. Le has dado…

—¡Cállate! —le gritó Lois Marlow—. ¡Eres una embustera!

Caroline adelantó un paso.

—¡No me llames mentirosa, mala pécora! No estoy ciega. Sé lo que ocurre en este apartamiento. ¡No te figures ni por un momento que tu hipocresía me ha engañado!

Lois Marlow se levantó de un salto.

—¡No estoy dispuesta a tolerarte esto, so… so asesina!

Se miraron enfurecidas por un momento, y luego, de repente, hubo un revoltijo de brazos y de piernas, de bofetadas, de arañazos y de jadeos. Empezaron a forcejear. Cayeron al suelo. Ninguna prestó atención a la decencia o a las reglas de una lucha noble. Agitaban sus piernas y sus brazos con absoluta despreocupación. Utilizaban palabras muy impropias de unas damas. Se tiraban del cabello. Se desgarraban la ropa.

En el momento adecuado, cuando amainaron momentáneamente su violencia, tratando de recuperar el aliento, dije con tranquilidad:

—Ya está bien, Lois. He telefoneado a la policía. Llegará un coche patrulla en cualquier momento.

Aquello les separó como una manguera dirigida contra unos perros furiosos.

—¿Qué dice que ha hecho? —dijo Lois.

—He telefoneado a la policía —repetí.

Caroline se puso en pie de un salto. Lois permaneció tendida en el suelo, jadeante y pensativa.

—Bájate la falda, Lois —dijo Caroline.

Lois sólo movió los ojos.

—¡Vete al infierno!

Caroline se encaró conmigo.

—No tiene por qué estar tan tranquilo. ¿Ha telefoneado a la policía, eh? Bien, pues le voy a enseñar lo que es bueno. Espérese aquí.

Salió del cuarto como una exhalación.

Lois Marlow dobló las rodillas, esforzóse en sentarse y me alargó una mano.

Yo se la cogí y la ayudé a ponerse en pie.

Lois contempló el vestido desgarrado, colocó los girones en su lugar.

—¿De verdad ha telefoneado a la policía, Donald?

—No.

—Me lo figuraba… Esa asesina, esa…

La entornada puerta se abrió de par en par.

Bertha Cool entró majestuosamente en la habitación, echó una ojeada a Lois Marlow y dijo:

—¿Qué diablos ocurre aquí?

Lois Marlow, jadeante aún por el esfuerzo realizado, tratando de cubrir el busto con la ropa desgarrada, dijo:

—¿Quién es ésta?

—Permítame que le presente a mi socia, Bertha Cool —intervine.

Bertha inclinó la cabeza y sus brillantes ojillos examinaron la situación.

—¿Qué es todo esto, querido? —preguntó.

Dije:

—Se han peleado dos mujeres. Ésta y…

La puerta volvió a abrirse. Caroline Dutton, con la ropa desarreglada, y el cabello caído sobre un lado del rostro, dijo:

—Eres una mala pécora. ¡Buena jugarreta me has hecho!

Sin fijarse en Bertha, se lanzó contra Lois. Lois trató de abofetearla y falló el golpe. Caroline se aferró al cabello de Lois. Volvieron a caer al suelo. Caroline quedó encima.

Bertha se inclinó, cogió un tobillo de Caroline, se apoderó de uno de sus brazos y levantó a Caroline, y la lanzó sobre el diván, lo mismo que un granjero hace con un saco de harina.

Caroline Dutton se levantó de un salto, vio a Bertha por primera vez, vaciló el tiempo suficiente para examinarla, agachó la cabeza y se lanzó a la carga.

Bertha le largó una bofetada que conmovió a Caroline de pies a cabeza. Se adelantó, cogió a Caroline por el cuello y la sentó violentamente en una silla.

—¡Estese quieta, loca! —exclamó Bertha—. Si quiere pelea, le daré una tan buena que empezará a escupir los dientes como si se tratasen de pepitas de melón. Y ahora, ¿qué diablos es todo esto?

—¿Quién… quién es usted?

—Soy Bertha Cool, por si eso representa una condenada diferencia para usted. Soy detective. Soy socio de Donald Lam. Y ahora, ¿qué diablos está intentado hacer?

—Estoy tratando de impedir que su simpático socio y esa ramera barata me cuelguen un asesinato —dijo Caroline.

Bertha me sonrió.

—Bien, bien, bien. Donald, me alegro de oírlo.

Ya era hora de que hicieras algo positivo.

—Espere y verá —dijo Caroline—. He enviado a la persona que puede…

Unos nudillos llamaron a la puerta.

Bertha la abrió.

Minerva Fisher entró vacilante en la habitación contempló la silla caída, a las dos mujeres desgreñadas, a Bertha Cool y a mí.

—He venido tan de prisa como me ha sido posible —dijo a Caroline.

Bertha se inclinó, recogió un postizo de espuma de nylon que había caído al suelo, contempló a las dos mujeres, echó despectivamente el objeto en el regazo de Caroline y dijo:

—Parece que esto le pertenece, hermana.

Se volvió hacia Minerva Fisher y dijo:

—Bueno, ¿qué pinta usted aquí?

Minerva contestó:

—Su socio, Donald Lam, nos ha traicionado.

—¿Qué le hace pensarlo?

Ella dijo:

—Esta joven, *Mrs*. George Cadott, o *miss* Lois Marlow, como prefiere que la llamen, ha estado utilizando sus encantos para imponer sus propios intereses en perjuicio de los nuestros.

Bertha me miró.

Meneé la cabeza.

Lois Marlow dijo:

—Eso es completamente falso. Donald Lam sigue siendo leal a Barclay Fisher.

—No es eso lo que me han dicho —respondió Minerva.

—Está bien, ¿qué le han dicho? —preguntó Bertha Cool.

Minerva dijo:

—Mi marido lo ha confesado todo. Donald Lam le telefoneó y le dijo que George Cadott se alojaba en el Roadside Motel de Vallejo con el nombre de George Chalmers.

»Mi marido, siento reconocerlo, tiene una conciencia culpable. Consideró que tal vez Mr. Lam estuviese equivocado en cuanto al mejor sistema de resolver el asunto. Mi esposo tenía una prisa de la que parecía carecer Mr. Lam. Mi marido trataba desesperadamente de evitar que George Cadott me enviara la carta que había amenazado con escribirme.

»Mi marido consideró que sería aconsejable evitar el conflicto pagando dinero. Sin decir nada a Donald Lam, cogió el avión que sale de Los Ángeles a las siete de la tarde. Llegó a San Francisco a las nueve, alquiló inmediatamente un auto sin chófer y fue al Roadside Motel. Llamó repetidamente a la puerta del pabellón 24, que según el registro estaba ocupado por George Chalmers.

»No obtuvo respuesta.

»Fue al restaurante y cafetería, tomó café y esperó. Comió buñuelos y bebió café, y después volvió a llamar a la puerta del pabellón 24. Nadie contestó. Entonces se sentó en su Coche y esperó durante casi una hora. Finalmente, se dio por vencido y regresó a San Francisco. Devolvió su auto de alquiler y buscó a Donald Lam en el hotel.

Minerva Fisher me miró con reprobación.

—Prosiga —dijo Bertha.

—Donald Lam hizo que mi esposo le acompañara al Roadside Motel de Vallejo a primera hora de la mañana. Llamó a la puerta del pabellón 24. Donald Lam la abrió, entró, volvió a salir y dijo que no había nadie. Eso era mentira. Tenía que haber alguien. George Cadott estaba allí, estaba muerto.

—¿Su marido se lo ha explicado? —preguntó Bertha.

—Sí.

—Pues desde luego, sabe hacer honor a la confianza de un hombre —dijo con sarcasmo Bertha—. Fíjese en cómo esa pareja está absorbiendo todas sus palabras.

Minerva dijo:

—No puedo perdonar la infidelidad. Ni la mentira. Si mi marido no me ha engañado, le defenderé. Pero, debe de ser con la verdad como base. No le apoyaré mientras diga falsedades o…

—Ahora lo entiendo —interrumpió Caroline Dutton—. Donald Lam entró allí y cogió las llaves del cadáver de George. Él y Lois han estado trabajando toda la noche en falsificar un diario tratando de imitar la escritura de mi primo.

»Lois ha estado haciendo observaciones ambiguas desde que se enteró de que George había muerto, insinuando que yo maté al abuelo Cadott. Ésa es una afirmación falsa y difamatoria. No tuve nada que ver con la muerte del abuelo. George lo sabía, y cualquier diario que esos dos hayan dejado en el apartamiento de George, tiene que ser una falsificación.

Bertha me estudió con detenimiento.

—¿Tienes algo que decir, Donald? —preguntó.

Encontré su mirada.

—No sea tonta, Bertha.

Bertha miró con desprecio a Caroline Dutton.

—¿Sabe, querida? —dijo—. Es una lástima que haya peleado. Alguien hubiera debido utilizarla como bayeta para el suelo. Lo malo es que tiene usted un cerebro sucio, repugnante, y el suelo hubiese quedado más sucio que antes de empezar. ¡Y ahora, lárguese de aquí!

—No es usted quien para sacarme de aquí —dijo Carolin—. Tengo tanto derecho como el que…

—¡Largo de aquí!

Bertha se adelantó amenazadoramente.

Caroline, apretando inconscientemente el postizo de espuma de nylon, se levantó atemorizada de la silla.

Minerva Fisher dijo:

—Me desagradan mucho las obscenidades y la vulgaridad en boca de una mujer, Mrs. Cool.

—Tampoco se me ocurre ningún motivo que la retenga a usted aquí —dijo Bertha—. Puedo ser enormemente vulgar. Adoro las palabras gruesas y me encanta la violencia.

Minerva dijo con dignidad:

—Creo que esto pone punto final a todas nuestras relaciones con su agencia, Mrs. Cool.

Encaminóse hacia la puerta.

—Váyase al diablo, hermana —dijo Bertha Cool a Minerva—. Nos las arreglábamos bien antes de que su marido hiciese crujir su primer nudillo en nuestro despacho, y seguiremos arreglándonoslas cuando haya llevado usted su trasero más allá de esa puerta.

—Permítame hacerle observar que no es usted nuestro cliente, Mrs. Fisher —dije—. Trabajamos para su marido. Toda nuestra lealtad es para él.

Minerva no se dignó contestar. Cogió a Caroline por un brazo y ambas salieron.

Bertha cerró la puerta de un puntapié.

—Está bien, tío listo —me dijo—, ¿estuviste allí?

No contesté.

Bertha Cool se encaró con Lois Marlow.

—¿Ha falsificado usted un diario? —preguntó.

Lois Marlow dijo:

—No veo razón por la que deba permitir que me someta usted a un interrogatorio de tercer grado. Ya es bastante malo tener a la policía…

Bertha se adelantó belicosamente.

—Maldita sea —dijo—. Estamos en un apuro.

Los segundos son preciosos. Bueno, ¿ha falseado un diario?

Lois me miró.

—Mejor será que hable —dije.

Lois se encaró con Bertha.

—No he falsificado ningún diario —dijo—. Hace años que robé el de George, donde se demuestra que él y Caroline asesinaron a su abuelo. Dejé ese diario en el apartamiento de George. Tengo la impresión de que Donald registró el apartamiento y robó el diario.

Bertha sonrió satisfecha.

—Desde luego, el pequeño bastardo se mueve bastante —dijo con aprobación.

Unos nudillos golpearon a la puerta.

—¡Abran! —gritó la voz de Mortimer Evans.

—¿Quién es ése? —preguntó Bertha a Lois.

—Mort Evans, de la Brigada de Homicidios de San Francisco —dije—. Abre la puerta, Bertha.

Bertha abrió.

—Muy bien, tío listo —dijo Mortimer Evans, entrando en la habitación—. Le dije que se mantuviera aparte. No lo ha hecho. Ahora tendrá que darse un paseo conmigo hasta jefatura.

Recogí mi sombrero de encima del televisor.

Pasé los dedos por su interior.

El resguardo no estaba.

Evans lanzó una mirada a Bertha.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Bertha Cool, mi socia —le expliqué.

Evans se fijó de repente en el cabello revuelto de Lois Marlow y en su vestido desgarrado.

—Bueno, ¿qué diablos le ha ocurrido? —dijo—. ¿Qué ha pasado aquí?

Lois Marlow dijo:

—He tenido una diferencia de opinión.

—¿Con quién? —inquirió Evans.

—Creo que ha sido con Donald —dijo Bertha—. Él se le insinuaba y ella le ha abofeteado. Una mujer no debería abofetear nunca a Donald Lam. Es muy sensible, en especial cuando tiene los nervios a lo vivo; y si una mujer le abofetea, enloquece.

Mortimer Evans me miró, se dejó caer en una silla y empezó a reír.

Bertha le contempló con curiosa hostilidad.

Miré a Bertha y meneé la cabeza.

—Está bien —me replicó ella—, pruébalo a tu manera.

Me volvió la espalda y anduvo hasta la ventana.

Dije a Evans:

—Oiga, Evans. Estoy tras la pista de algo que va a llevarme hasta un gran montón de dinero ofrecido en recompensa. Va a aclarar un misterio que ha intrigado a los detectives más listos de todo el país. Hará popular su nombre en todos los círculos policiales.

—¿Este caso? —preguntó Evans con sarcasmo.

—Diablo, no, este caso —dije—. Esto no es más que una manifestación de ello. Se trata de…

Me interrumpí en el momento justo y callé.

Evans se sentó más derecho en su silla:

—Está bien, Lam —dijo—, siga hablando. No se detenga ahora.

Repliqué:

—No puedo decirle nada más sin revelarle todo el asunto.

—En tal caso, revélelo todo.

—Entonces me metería en chirona por uno u otro motivo y seguiría sólo para terminar el asunto.

—Igualmente puedo hacerlo.

—No, no puede —dije—. Usted ignora en lo que trabaja.

Me contempló con los ojos entornados.

—Creo —dijo— que está usted tirándose un farol de tamaño natural.

Dije acaloradamente:

—¡Nada de eso! Tengo la cosa a punto de estallar. Pero debe usted abstenerse de intervenir.

—¿En cuánto valora el que me mantenga al margen?

—No ofrezco ningún soborno.

—No sea tonto —dijo—. No pido soborno. Sólo le pregunto acerca del pacto que está insinuando.

Empezaba a dar la vuelta, pero de repente me detuve y volví a encararme con él:

—Oiga, le voy a hacer un verdadero regalo. Tal vez necesite algún respaldo oficial en esto. Usted me apoya, me respalda oficialmente, sigue mis indicaciones y aclararemos este asesinato de Cadott y asimismo tiempo uno de los famosos casos de homicidio del país, que ha quedado sin resolver.

—¿Se refiere al abuelo de Cadott?

—Diablos, no. No me refiero a ninguna insignificancia. Estoy hablando de un caso verdadero. Aludo a un caso en el que hay una recompensa monetaria y el crédito suficiente para que le dure a un individuo toda la vida.

—Empiece a hablar —dijo Evans.

—¿Es un trato?

—Se lo diré cuando hayamos hablado.

Miré dubitativo a Bertha.

Ésta me miraba como si yo hubiese empezado de repente a vender billetes para la luna.

Dije:

—Tendré que hablar privadamente con usted.

—Aquí me parece muy bien —dijo Evans—. Voy a tomar alguna

decisión, precisamente aquí.

Miré a Lois Marlow.

—¿Quiere disculparnos por un momento?

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

Bertha dio media vuelta y la cogió por los hombros.

—Al lavabo, querida —dijo—, y siéntese hasta que le pidamos que salga.

Lois Marlow dijo:

—¡Bueno, me gusta esto! Mi propia casa y ustedes…

—Al lavabo, nena —dijo Bertha con firmeza—. Ésta es una conversación muy seria.

—No permitirá que me den órdenes de esta manera. No me…

Bertha empujó con una rodilla a Lois.

—En marcha, querida —dijo.

Bertha acompañó a Lois Marlow hasta el cuarto de baño, cerró la puerta y retrocedió.

Evans me miró con recelo.

—Empiece a hablar —dijo—, y más vale que lo que diga sea bueno. ¿En que caso está trabajando?

—En el rapto de Crosby.

—¿Qué diablos tiene que ver esto con el rapto de Crosby?

Dije:

—Utilice la mollera. El pequeño de los Crosby fue robado por unos secuestradores. Se desvaneció sin dejar rastro. Se pidió un rescate de treinta mil dólares. Los padres decidieron jugar sobre seguro. Reunieron los treinta billetes grandes y los dejaron donde habían indicado los secuestradores. Éstos obtuvieron el dinero y después los Crosby se fueron a su casa y esperaron a que les trajeran el pequeño. Éste no apareció.

—No es preciso que me cuente todo eso —dijo Evans—. Fue el mismo caso de siempre: un rapto y un asesinato. El secuestrador no quiso correr el riesgo de que le cogieran. Tenía preparada una tumba para el bebé, y éste estaba muerto y enterrado treinta minutos después de que el secuestrador le pusiera la mano encima. Era el único sistema de que el secuestrador estuviese seguro. Tratar de devolver el bebé después de haber cobrado el rescate hubiese sido meterse de cabeza en una condena de cadena perpetua. Los tipos que dieron ese golpe no quisieron arriesgarse.

—Se equivoca usted por completo —dije—. La persona que organizó ese rapto era una mujer con complejo maternal. Quería tener un bebé. No le importaba especialmente el rescate, pero aquello era un truco para despistar a la policía y también para conseguir algo de dinero.

—Está bien, le seguiré la corriente durante un rato —dijo Evans —. Siga.

Dije:

—El caso apareció en todos los diarios de la nación. Todos se preocupaban por la suerte del bebé. Ahora, póngase en el sitio de una mujer con complejo maternal que ha raptado un bebé y quiere conservarlo. ¿Qué haría?

—La pregunta es suya —dijo Evans—. Dé también la respuesta.

Proseguí.

—Cualquier mujer que de repente compareciese con un bebé de seis meses, tendría a sus vecinos escribiendo cartas al F.B.I. antes de las veinticuatro horas. Cualquier mujer que llegase a un nuevo barrio con un bebé sería objeto de un meticuloso examen por parte del vecindario. Pero aquí está Minerva Fisher que hace lo único que puede hacerse.

»Decide que va a raptar un bebé. Todavía no sabe cuál va a ser, pero examinará el terreno y buscará hasta que consiga el bebé que quiere.

»Empieza unos preparativos muy complejos. Cuenta a todos sus amigos y vecinos que tiene una desdichada hermanastra, y les explica los grandes problemas con qué se enfrenta ésta. La hermanastra ha perdido a su esposo. La hermanastra va a ser recluida. La pobre muchacha padece una enfermedad incurable.

»Minerva prepara anticipadamente el ambiente, y después anuncia que ha ocurrido lo peor. Se marcha hacia el Este para asistir al entierro de su hermana. No hay nadie que quiera hacerse cargo del pequeño huerfanito, de modo que Minerva lo recoge. Minerva es una mujer de corazón tierno. No le es posible abandonar a un bebé sin madre.

»Minerva justificó incluso el dinero. Su hermanastra tenía un pequeño capital. Se lo ha dejado todo a ella, y Minerva lo utiliza.

»Usted es oficial de policía. Debe saber algo acerca de las herencias. ¿Cuánto tiempo se necesita para cobrar una herencia?

Supongamos que tuviese usted un pariente que se muriese y le dejase propiedades por valor de treinta mil dólares. ¿Cuánto tiempo necesitaría antes de que efectuaran las valoraciones, antes de que interviniera el tribunal, antes de que los abogados resolvieran todas las cuestiones y alguien le enviase un cheque?

»Sin embargo, Minerva va, cobra inmediatamente la herencia y regresa con ella en efectivo; no en un cheque, sino en metálico.

Evans estaba sentado en el borde de la silla, mirándome con atención.

—¿Qué me dice de Cadott? —preguntó.

—Cadott no fue más que una coincidencia. Heredó un capital de su abuelo. Tal vez alguien ayudase a empujar al abuelo a la tumba, o tal vez no. Pero el caso es que George Cadott creyó que Caroline lo había hecho y que él la había alentado a hacerlo. De modo que el sujeto adquirió un completo de culpabilidad. Se dispuso a cambiar el mundo.

»Barclay Fisher asistió a una convención, y Barclay tenía algo que Karl Jensen deseaba. Jensen sabía cómo actuar en una convención. Gastó unos cuantos centenares de dólares en champaña, escogió unas cuantas chicas alegres con atractivas piernas, hermosas curvas, ojos insinuantes y amplitud de criterio. Les dio unos cuantos cientos para gastos, les hizo las oportunas observaciones, y las soltó.

»Barclay Fisher era un primo.

»A Lois le gusta el champaña, el dinero fácil, las fiestas, el jolgorio, la comida gratis y el ambiente de la convención. Pero no podía enamorarse del pobre Barclay Fisher, con su manía de hacer crujir los nudillos, que sigue pensando que su esposa es la mejor del mundo. Tal vez algo fría en cama, algo severa en el salón, pero buena cocinera y un modelo para todo el vecindario.

»Barclay no ha empezado aún a atar cabos acerca del bebé, de la herencia, de la hermanastra y de todo esto. Es demasiado obtuso para hacerlo. Barclay se ve enredado en este triángulo, y Cadott escribe una carta en la que dice a Mrs. Barclay que va a pedir a un tribunal que averigüe si Barclay Fisher es la persona adecuada para que se le encomiende la educación y custodia de un bebé de tierna edad. Ya puede imaginar el efecto que esto causaría a Mrs. Barclay Fisher. Un tribunal enviaría a la policía para que investigase. La

policía querría averiguar con qué derecho retenían los Fisher al bebé. Ya puede imaginar en qué situación dejaría esto a Minerva.

Evans estaba meditabundo.

—¿Minerva conocía los hechos?

—Claro que los conocía. Cadott envió las cartas, una a Barclay y otra a su esposa. Llegaron en el mismo correo. Barclay creyó que Cadott escribiría más tarde a Minerva. Fiscalizó todo el correo de ella, pero no interceptó la carta de Cadott. ¿Por qué? Porque había sido recibida ya. Por eso Minerva no puede mostrarnos el sobre en que la recibió. No se atreve.

»Había que acallar a George Cadott. Minerva estaba demasiado comprometida para poder retroceder. Barclay nos contrató. Su esposa tuvo que enterarse. Vine aquí. Tuve que emborracharme a medias para averiguar donde se ocultaba Cadott.

»Telefoneé a Barclay Fisher para decirle donde se ocultaba Cadott. Minerva escuchó por el teléfono supletorio. A Barclay se le ocurrió pasar por encima de mí y llegar a un acuerdo con Cadott. No quería problemas. No quería correr riesgos. De modo que embarcó en el avión de San Francisco, después alquiló un auto y fue a ver a Cadott.

»Minerva había estado escuchando por el teléfono supletorio, cogió un avión que aterrizó en Oakland y ganó media hora en relación con el horario de Barclay. Alquiló un auto, fue a Vallejo y de un tiro le atravesó el corazón a George Cadott. Después se desempolvó las manos, regresó al auto, cogió el avión de vuelta a Los Ángeles, y volvió a ser la dulce Mrs. Minerva Fisher.

»El marido se metió de lleno en la trampa. Encontró a Cadott recién asesinado. Si se ponía a pedir socorro, sería el sospechoso número uno y lo sabía. Si se callaba, tenía metido el cuello en el nudo, corredizo, pero no tuvo el suficiente sentido común para comprenderlo. Si Minerva quería segarle la hierba bajo sus pies, era hombre al agua.

»Minerva acaba de segarle la hierba.

Evans meditó mis palabras. Tenía la frente cubierta de profundas arrugas.

—¿Cómo demostrará todo esto? —preguntó al cabo de un rato.

—Yo no —dije—. Usted. Usted iniciará una investigación. Hablará con Minerva. Obtendrá detalles acerca de esa hermanastra

suya que murió.

»Después se dará una vuelta por ahí y averiguará la coartada que puede presentar Minerva. Tiene un bebé. Necesita una niñera siempre que se marcha. También puede empezar a indagar en las agencias que alquilan autos. Y los vuelos de aviación. Y sobre la hermanastra fallecida. Consiga fotografías del bebé de los Crosby. Échele una ojeada al pequeño de los Fisher.

»Y ahora, también hay otra cosa que puede usted hacer. Puede resolver al mismo tiempo el asesinato de Cadott.

—Eso me gusta más —dijo Evans—. El otro cuento de hadas suena bien cuando usted lo relata, pero sonaría a demonios si tratara de hacérselo creer a mi jefe.

—¿Por qué diantre ha de hacérselo creer a su jefe o a cualquiera? —pregunté—. Realice su propia investigación. Dan una recompensa de cien mil dólares.

—Evans se frotó la barbilla. Al cabo de un rato dijo:

—¿Y qué hay de Cadott?

—Cadott tenía un diario. Caroline Dutton lo quería porque era comprometedor para ella. Recuerde que Cadott tenía un complejo de culpabilidad. Trataba de adecentar el mundo. Entre otras cosas, sentía el impulso de confesar.

»Caroline Dutton tenía una llave del apartamiento de George Cadott. Estaba esperando la oportunidad de hacer desaparecer aquella prueba. Tan pronto como vio que un detective particular se interesaba por George Cadott, decidió que debía eliminar aquella prueba.

»George Cadott se ocultó. Adoptó un nombre falso y se fue al Roadside Motel de Vallejo. Caroline Dutton utilizó su llave, entró al apartamiento y consiguió la prueba que quería: probablemente el diario.

—¿Y qué? —preguntó Evans, con los ojos entornados.

—Ahora le explicaré lo que hizo ella con la prueba. Quería ponerla fuera del alcance del tribunal, de la justicia. Cogió un avión hasta Reno, fue a la consigna del Hotel Riverside, depositó una cartera con todo el material y le dieron un resguardo.

»Cuando las cosas empezaron a ponerse mal por la noche, decidió que sería mejor cambiar de sitio el material. Póngase en contacto con el Hotel Riverside y averigüe si hay una cartera que

fue depositada allí. Haga que el detective de la casa la examine y vea si en su interior hay un diario. Luego haga que la policía de Reno colabore. Cuando comparezca alguien para retirar la cartera, deténgale y lo tendrá todo en el bote.

Evans meditó mis palabras y dijo:

—Por lo menos esto puedo comprobarlo con una llamada telefónica. Me gusta.

—Puede comprobar todo el caso con llamadas telefónicas —dije —. Recuerde que vamos a medias para la recompensa. Usted se llevará la fama. Imagínese los titulares:

«
MORTIMER
EVANS,
DE LA
POLICIA
DE
SAN
FRANCISCO,
RESUELVE EL FAMOSO RAPTO DE
CROSBY
MEDIANTE EL RAZONAMIENTO Y LA LOGICA».

Evans dijo:

—Voy a salir y haré algunas cuantas llamadas telefónicas. Recuerde, Lam, que podré localizarle siempre que lo desee. Sus palabras no le han dejado a salvo. Sólo ha conseguido un aplazamiento.

—Vaya a hacer esas llamadas —le dije.

Evans salió y cerró la puerta a sus espaldas.

Bertha me miró.

—¿Es una encerrona? —preguntó.

—Claro que es una encerrona —le dije.

Bertha desorbitó los ojos.

—¿Quieres decir que le has largado toda esa historia sobre Minerva Fisher sin saber nada en absoluto? ¿Quieres decir que no tienes nada en qué apoyarte, que no…?

Dije:

—Habíamos de conseguir una tregua. Estoy metido en esto hasta

el cuello. Tengo que escabullirme. No hubiese debido confiar ni un momento en Barclay Fisher. Tendría que haber sospechado que cedería en cuanto las cosas pintaran mal.

—¿Qué me dices de ese rapto de Crosby? —preguntó Bertha—. Casi me has convencido.

—¿No es difícil adivinar lo que debió ocurrir? —le expliqué—. O bien el bebé fue asesinado poco después del rapto, o bien alguien lo quería y el rescate no era más que una argucia para que todo el mundo creyese que se trataba de un trabajo de un profesional y que el bebé había sido asesinado para eliminar toda prueba.

»Partiendo de esta base, verás que es la única manera que tiene una mujer para tener éxito en un rapto así. Tiene que ser alguien con fama de sacrificado, de dulce y de maternal. Tuvo que idear la historia de un pariente enfermo que tenía un bebé que estaba a punto de quedarse huérfano. Tenía que haber actuado exactamente como lo hizo Minerva.

—En eso no vas descaminado —dijo Bertha.

—He pensado mucho en el asunto, y he tratado de encontrar el sistema de sacarle provecho a la posibilidad.

»Entonces Evans ha empezado a hacer sentir su presencia y he tenido que idear alguna jugarreta para que nos dejara tranquilos por un tiempo. He visto que Minerva encajaba en la descripción teórica que yo me había hecho mentalmente y…

—Oye, Donald —interrumpió Bertha con excitación—, esa teoría es endiabladamente lógica. Existe la posibilidad de que hayas dado en el clavo. Tal vez haya una probabilidad entre mil, pero…

—Pon más bien una entre un millón, Bertha —dije—. No te hagas ilusiones. La teoría es lo bastante buena para desorientar a Evans. Nada más. No seas prima y empieces a creer en tu propia mentira.

—¿Y qué me dices de lo de esos documentos depositados en Reno? —preguntó Bertha.

Miré a Bertha y le guiñé un ojo.

—¡Eres un granuja listo! —exclamó Bertha.

Acerqué el teléfono, marqué el número del *San Francisco Examiner*, solicité hablar con el director de información local y dije que tenía una noticia muy importante que comunicarle.

El director de información local se puso al aparato. Le dije:

—No se preocupe de quién soy, pero está a punto de estallar una noticia que conmoverá a todo el país.

—Está bien, ¿de qué se trata? —dijo el hombre con una voz cínica y desprovista por completo de todo entusiasmo.

Proseguí:

—Mortimer Evans, de la Brigada de Detectives local, tiene una pista sobre el rapto de Crosby. Trata de disimular sus movimientos, para que la prensa no hable demasiado pronto. Cuando tenga listo el caso, todos los diarios recibirán la noticia a la vez. Si usted se adelanta a los demás, puede hacer que le prometa una ventaja de veinte a treinta minutos. Que él no se entere de que yo le he llamado.

Colgué, me volví hacia Bertha y dije:

—Está bien, saquemos a Lois Marlow del lavabo, Bertha.

Llamaron a la puerta. La voz de Mort Evans gritó:

—¡Eh, abran!

Abrí la puerta. Evans entró.

—Suena muy bien mientras estoy con usted —dijo—. Pero apenas había llegado a la acera, sonaba ya como un cuento de locos. Si lo es, le daré un rapapolvo que no se le olvidará. Si no lo es, no quiero perder de vista a un granuja tan listo como usted.

—Venga, nos marchamos juntos.

Y añadí:

—Saca a Lois del cuarto de baño —recordé a Bertha.

capítulo diez

FUIMOS a la Sección de detectives de la Jefatura de Policía de San Francisco.

Nadie nos prestó la menor atención.

Evans puso una conferencia con el Hotel Riverside de Reno. Solicitó hablar con el detective de la casa y le dijo lo que deseaba.

—Me enteraré —dijo el detective en tono de duda—, y volveré a llamarle.

Evans colgó y permanecimos sentados el tiempo suficiente de turnarnos un par de cigarrillos. De vez en cuando, Evans me examinaba escrutadoramente.

Finalmente dijo:

—Es una buena idea, incluso aunque no se ajuste a la realidad. Eso es lo malo de ella. Que parezca tan condenadamente plausible mientras estoy con ustedes.

—¿El asesinato de Cadott? —pregunté.

—El rapto de Crosby —dijo—. Eso es lo interesante.

—Desde luego, tiene que estar completamente seguro. Podría verse en un tremendo embrollo si diera un paso a ciegas antes de tenerlo todo bien aclarado.

—¡No hace falta que me lo diga!

Sonó el teléfono.

—Debe de ser Reno —dijo.

Descolgó el aparato y habló:

—Diga, Evans al habla.

Escuchó unos pocos segundos, con los ojos entornados. Después preguntó:

—¿Ha mirado dentro?

—Evans meditó por unos momentos, volvió a hablar:

—Sí, telefonista, hablamos.

Me miró y tenía los ojos tan entornados que sólo percibí un destello entre los párpados casi juntos. Me miraba igual que una serpiente contempla a un pájaro.

Bruscamente, dijo por teléfono:

—Deje las cosas como están. Voy a coger un aparato y reunirme con usted. Quiero verlo personalmente. Si alguien se presenta con el resguardo, que lo retengan. Creo que llegaré antes que nadie, pero más vale asegurarse.

Evans colgó y dijo:

—Está bien, cerebro privilegiado, viene usted a Reno conmigo. Hasta ahora me está produciendo buenos dividendos.

Un policía dijo:

—¿Has visto esa nota en tu mesa, Mort? El director de información local del *Examiner* quiere que le llames tan pronto como te sea posible.

—Al diablo con eso —dijo Evans—. Estoy ocupado.

—Han dicho que era muy importante.

—Bueno, yo también me ocupo de algo muy importante —le contestó Evans—. Si vuelven a llamar, diles que no me has visto.

—¿Adónde vamos? —pregunté a Evans.

—Al aeropuerto. Tengo un magnate del petróleo que pone su aparato a mi disposición en los casos urgentes. Esto lo es. Estoy sacando de la cama a un piloto. Hasta ahora se porta usted bien. Esperemos que siga así hasta el final.

La puerta se abrió.

Evans alzó la cabeza y dijo:

—Hola, Dave, ¿a qué vienes?

Dave dijo:

—El departamento de información local me ha dicho que te localice rápidamente. ¿Qué es eso de que tienes la solución del rapto de Crosby?

Evans se quedó inmóvil durante un minuto, y después se volvió hacia mí. Su mirada era dura y hostil.

—¡Usted, hijo de perra! —gruñó.

Le devolví la mirada.

—No sea estúpido —dije—. Mejor será que patente la idea mientras todavía es suya.

Evans meditó aquello.

—Nada más que la idea —insistí.

Evans volvióse hacia el periodista:

—Oiga, Dave, voy a explicarle algo. No es más que una teoría, una posibilidad.

—¿Puedo publicar que estás trabajando en ello?

—¡Diablo, no! Puedes decir que he anticipado una teoría durante una charla con los periodistas.

—Todo el mundo anticipa teorías —dijo Dave, evidentemente decepcionado.

—Pero no teorías de esta clase —observó Evans.

—¿Podemos repetir tus palabras?

—En esto, sí.

El periodista dijo:

—Esto cambia la cosa, pero tiene que relacionarlo con algo en que te ocupes, o…

—¿De qué diablos estás hablando? —preguntó Evans—. No tengo que hacer nada. Por lo que a mí se refiere, trabajo en un caso endiabladamente grande. Puedes conseguir la historia del servicio de información una vez sea del dominio público.

—Cálmate, no me refería a esto —dijo el periodista.

—Yo sí.

—Quería decir que sería dar una base verdaderamente buena a los lectores si hubiese algún hecho concreto con el que pudiéramos relacionarlo. Te colocaría en una situación ventajosísima, si ya desde el principio pudiéramos relacionar tu nombre con ellos.

Evans dijo:

—Puedes decir que trabajo sobre una pista tangible. Ni nombres, ni fecha, ni lugares. Trabajo, eso es todo.

—¿Cuál es la pista? ¿Y quién es este sujeto?

—Donald Lam, detective particular de Los Ángeles —dijo Evans —. Le estoy interrogando en relación con el asesinato de Cadott. Ahora me marcho en avión. ¿Quieres acompañarme hasta el aeropuerto? Hablaremos por el camino.

Se volvió hacia mí y dijo:

—Dave Griffin, periodista del *Examiner*.

Nos estrechamos la mano.

—Oye —dijo Dave a Evans—, ¿puedes decir que este viaje que emprendes está relacionado con tu teoría sobre el rapto de Crosby?

A Evans dijo:

—No voy… ¡Diablo, no! Cada cosa a su tiempo. Ven, salgamos.

Nos dirigimos al aeropuerto. Evans esbozó la teoría de la mujer con complejo maternal, la explicación del pariente enfermo en otro estado, el niño huérfano, la mujer que constituye un ejemplo para los vecinos debido a su carácter caritativo. Cuando llegamos al aeropuerto, Dave Griffin estaba enterado de todo.

—Es una teoría —dijo pensativamente. Y luego, al cabo de un rato—: Todo el mundo tiene teorías… ¿Sabes lo que opino?

—¿Qué?

—Que este viaje en avión es para solventar el caso de Crosby.

—Puedes opinar lo que quieras —dijo Evans—, pero a mí hazme sólo responsable de la teoría. Si publicas algo más, te la cargas.

—Tengo suficiente para mi artículo —dijo Griffin—. ¿Qué avión tomas?

—Uno particular.

—¿Adónde vas?

—Por ahí.

—¿Me darás una exclusiva si se confirma?

—No sé si me será posible. Es demasiado grande. Una vez se haya confirmado, me caerá encima un alud.

Había un avión frente a un hangar, calentando el motor.

Evans dijo:

—Eso es todo, Dave. Ahora nos marchamos.

Se levantó para mostrar al piloto sus credenciales.

Dave Griffin me explicó:

—Si por lo menos pudiera decir que realizaba este viaje misterioso siguiendo una pista concreta, tendría base para mi artículo. Tal como está ahora no es más que una teoría. Todo el mundo tiene teorías.

—Usted lo publica —le dije—. Evans sigue una pista concreta. Mañana a esta hora todos los diarios del país publicarán la noticia.

—¿Usted también participa? —me preguntó.

—Me marcho con él, ¿no?

—¿Por qué?

—Porque sé demasiado para que me deje atrás.

Esto le decidió. El periodista se lanzó a buscar un teléfono.

capítulo once

EN Reno, el detective del Riverside se había puesto ya en contacto con otro detective llamado Kramer Lawson, del Departamento de Policía de Reno.

Mort Evans y yo nos reunimos con él.

Durante el vuelo, Mort Evans se había vuelto cada vez más escéptico respecto a aquel asunto. Mi cartel perdía valor continuamente.

Luego, en Reno, al saber que había una cartera que contenía el dinero de George Cadott, Evans empezó a animarse un poco.

Reno, en Nevada, es una ciudad que vive las veinticuatro horas del día. Siempre hay gente que se va a la cama, pero es difícil sorprenderla en ella. Y siempre hay la gente suficiente que no se va a la cama para que el lugar esté animado continuamente.

Allí, en el Riverside Hotel, podían verse todos los tipos: el *cow-boy* sintético, astuto y presumido, procedente de alguno de los cercanos «ranchos de placer» algún turista noctámbulo que llegaba con expresión sombría, tras haber perdido en la ruleta más de lo que se proponía, y que pasaba el resto de la noche jugándose el resto del dinero para tratar de resarcirse; había otros turistas alborozados que habían ganado y estaban demasiado excitados para irse a dormir; turistas que, incluso a aquellas horas de la madrugada, experimentaban la excitación y el encanto de la ciudad.

En su mayoría, los que habían ganado reajustaban el itinerario de sus vacaciones para poderse quedar una noche más en Reno; en consecuencia, perderían la mayor parte de sus ganancias. Pero por el momento se sentían los reyes del mundo, y aquello valía algún dinero.

Luego estaban las parejas que habían ido a Reno para una

aventura amorosa. Para tales parejas, el juego era algo incidental. Se sentían felices al estar juntos. Probaban un nuevo idilio en un nuevo ambiente, y sacaban provecho a su dinero.

Nos instalamos en el vestíbulo, y las horas transcurrieron lentamente. A Evans le entró sueño, empezó a dar cabezadas, a despertarse, a volverse a amodorrar y finalmente se inclinó en el cómodo sillón y empezó a roncar con suavidad.

Kramer Lawson, el detective de Reno, no simpatizaba con los detectives particulares. Yo era un estorbo. Me dejaron tranquilo.

Estaba cansado, pero no podía dormir. Estaba tratando de idear algún método para jugar mis cartas de manera que no me quedase atrás. Me insulté mentalmente por haber ido a aquel motel, me insulté a causa de mi lealtad por mi cliente que me hizo pasarme de listo. Y sin embargo, tenía la sospecha de que, si me encontraba de nuevo frente a una situación similar, volvería a hacer lo mismo. Era esta peculiaridad de mi carácter la que sacaba de quicio a Bertha y me preocupaba a mí. No sé por qué hago cosas semejantes. Empezaba a representar a un cliente y me metí en un lío tremendo con la intención de beneficiarle. No había nada en Barclay Fisher que justificara lo que yo había hecho por él. Ni siquiera me gustaba el individuo, pero era un cliente, un símbolo.

Sonó el teléfono y un botones se acercó al detective de Reno.

—Es para usted, Mr. Lawson. Le llaman de jefatura.

Lawson no me dijo nada, pero se disculpó con el detective de la casa y se dirigió al teléfono.

Al cabo de cinco minutos estaba de regreso, con una expresión intrigada en el rostro. Tocó a Mort Evans en un hombro y le despertó.

—¿Eh? ¿Qué ocurre? —preguntó Evans, despertándose y mirando a su alrededor, con la exagerada atención que caracteriza al hombre que se ha dormido cuando más le interesaba permanecer despierto.

—¡Qué diablos! —exclamó Lawson—. ¿Qué se trae entre manos?

—¿A qué se refiere?

—¿Por qué no nos ha dicho que esto se relacionaba con el caso Crosby?

—¿A qué se refiere? —preguntó Evans.

—Al rapto de Crosby.

—No sé nada sobre el rapto de Crosby.

—¡Cuénteselo a otro! El *San Francisco Examiner* ha publicado la noticia. Los servicios de información la han recogido. Los diarios de Reno la publican esta mañana. Los ha descubierto usted todo: la manera como se efectuó el rapto, utilizando el rescate para crear una pista falsa, la mujer con el complejo maternal, la complicada historia de la parienta moribunda y del bebé huérfano y, según el artículo, se marchó usted en un aeroplano para realizar una misión misteriosa relacionado con su teoría sobre el caso.

La mandíbula de Evans se estremeció. Se volvió hacia mí y dijo:

—Supongo que ésta es otra de…

Le hurgué con fuerza en las costillas.

—Mire —dije.

Horace Dutton acababa de entrar.

Evans miró, vio a Dutton, volvióse de nuevo hacia mí y dijo:

—Voy a tener el placer de arrancarle la piel a tiras. ¡Es usted un maldito traidor!

Dije:

—¿Quiere resolver el asesinato de Cadott; o prefiere que se le escape la solución entre los dedos?

Me miró furibundo un momento más y después dio la vuelta para vigilar a Dutton.

Dutton examinó el vestíbulo con los ojos cansados de un hombre que ha efectuado un largo viaje en, automóvil.

Estaba amaneciendo y en el aire flotaba una sensación de vida latente. Más tarde habría la frescura de la mañana para contrarrestar el cansancio de la gente que no se había acostado en toda la noche. Pero aquél era el momento incierto en que había la suficiente luz diurna para hacer parecer mortecina la iluminación artificial.

Dutton ni siquiera se paró para calibrar la situación. Echó una rápida mirada al vestíbulo, y en aquel momento, antes de que Evans y yo hubiésemos tenido tiempo de levantar nuestros diarios para ocultar los rostros, nos hubiese podido ver; pero tenía cansados los ojos de conducir el automóvil. La tensión emotiva y el cansancio se dejaban sentir. La vitalidad del individuo estaba cercana a su punto más bajo.

Dutton se dirigió al conserje, le entregó el resguardo, y esperó,

con los hombros encorvados, hasta que el conserje volvió con la cartera.

Cuando Dutton salió del hotel, los policías le iban siguiendo, pero él no les prestó ninguna atención. Estaba tan cansado que se limitaba a moverse sin ni siquiera pensar.

Echó calle abajo, hacia donde había dejado su coche, y estaba metiéndose en él cuando el policía de Reno le detuvo. Después se acercó a Evans, y condujeron a Dutton al coche policiaco y después a Jefatura.

Vencieron su resistencia en menos de media hora.

No quisieron que yo fuera testigo de los métodos que utilizaban, pero me permitieron permanecer en una habitación contigua, cuya puerta abrieron mientras Dutton dictaba su confesión al taquígrafo de la policía.

Era una historia endiablada. Dutton sabía que George estaba causando muchas preocupaciones a Caroline. George y él habían sido muy amigos. Habían hecho juntos muchas cosas, habían intentado crear un nuevo estilo de pintura, habían hablado de arte, se habían visitado continuamente.

Últimamente se había producido un cambio en Cadott. Se había vuelto cada vez más lunático. Empezó a insinuar que su prima Caroline Dutton, la esposa de Horace, había asesinado a su abuelo.

Era una perfecta tontería, pero la idea había penetrado en la mente de Cadott y no cesaba de crecer.

Al principio, Horace Dutton no supo qué era lo que causaba aquella especial actitud de Cadott. Siguió mostrándose amistoso con George, y éste confiaba en él; confiaba en todo, excepto en lo relativo a su opinión sobre la muerte del abuelo.

Entonces había llegado un detective privado procedente de Los Ángeles y había empezado a buscar a Cadott. Ahí fue cuando la ex esposa de Cadott, la mujer a quien se conocía por el nombre de Lois Marlow, había entrado en escena. Lois trataba de asegurarse su tranquilidad. Cadott iba a echar su reputación por el suelo y ella no lo deseaba. Trataba de evitar que su nombre apareciera en los diarios. Explicó a Cadott que el detective investigaba acerca de su posible complicidad en el asesinato de su abuelo. A Cadott le entró miedo, se marchó a Vallejo y se inscribió con nombre falso.

Le había dicho a Horace Dutton a donde se dirigía, pero no

acabó de explicarle por qué se marchaba. El detective, un tal Donald Lam, había comparecido, se había hecho pasar por experto en arte, había comprado uno de los cuadros de Dutton y le había llenado de optimismo en cuanto a su futuro triunfal. Dutton pensó que la nueva forma de arte que trataba de conseguir por fin era desconocida. Telefoneó a Cadott y le explicó lo que ocurría.

La esposa de Dutton sabía que Lois había impulsado a Cadott a que se ocultara diciéndole que el detective trataba en realidad de investigar acerca de la muerte del abuelo de Cadott. Éste telefoneó a Dutton y le dijo que tenía que verle inmediatamente.

Eso ocurría alrededor de las ocho y media de la noche. Dutton había bebido bastante aquella tarde. Estaba cansado y tenía los nervios en tensión. Se encaminó en auto hasta Vallejo. Entonces fue cuando Cadott, que parecía enloquecido, le explicó que Caroline había asesinado a su abuelo; que él, Cadott, no dejaría que le echasen las culpas encima; que ni siquiera se avendría a pasar como cómplice; que iba a hablar con la policía.

Cadott estaba ciego de miedo. Dutton trató de hacerle entrar en razón. Hubo una disputa, un forcejeo, y Cadott había sacado un revólver.

Dutton pensó que estaba lo bastante enloquecido como para utilizar el arma. Alzó las manos, como Cadott le ordenaba, retrocedió hacia la puerta, esperó una oportunidad, arrancó el revólver de manos de Cadott y se apoderó de él. Cadott se precipitó sobre Dutton y en la lucha que se entabló el revólver se disparó una vez. Cadott cayó al suelo, muerto instantáneamente de un tiro en el corazón.

Dutton quedó aterrorizado. Trató de ocultar su pista. Cogió el revólver y regresó a su casa. Se lo explicó todo a su esposa.

Caroline se alarmó mucho. No había tenido participación en la muerte de su abuelo, pero sabía que Cadott pensaba que sí. En realidad, el abuelo se estaba enamorando de una enfermera ambiciosa que quería casarse con él, y Caroline le dijo a George Cadott que había un sistema para detener al viejo, si Cadott tenía hombría suficiente para hacerlo.

Dutton dijo que a lo que se refería Caroline era a que George y ella actuaran de común acuerdo y presentaran una petición para que se declarara al viejo irresponsable. Evidentemente, Cadott había

interpretado mal la idea de Caroline y sólo pensó en el asesinato.

Dutton dijo que Donald Lam había estado trabajando de acuerdo con Lois Marlow, y que se convencieron de que Lois había entregado a Lam ciertos documentos.

A última hora de aquella noche, había habido una reyerta en el apartamiento de Lois Marlow, Donald Lam estaba presente. Caroline Dutton vio la esquina de un resguardo que asomaba por debajo de la badana del sombrero del detective. Había esperado el momento propicio y entonces se apoderó del resguardo. Correspondía al Hotel Riverside de Reno.

Los Dutton discutieron la situación. Estaban convencidos de que Lam había ido a Reno, para dejar la prueba consistente en un diario robado fuera de la jurisdicción de las autoridades de California. Se decidió que Horace Dutton marchase a recuperar los documentos.

Éste fue el fin de la declaración por lo que a Horace Dutton respectaba. Había querido entregarse a las autoridades inmediatamente después de la muerte de Cadott; pero el hecho de que éste hubiese dejado un diario empeoraba la situación para él y Caroline, y consideró que primero tenía que eliminar el tal diario, antes de atreverse a dar cualquier otro paso. Se alegraba de que todo hubiese terminado. No podía seguir viviendo con un peso así en la conciencia, y todo había sido como una pesadilla desde que ocurrió la pelea y escuchó el disparo del revólver.

Después de salir de Vallejo, se había detenido y enterrado el revólver a un lado de la carretera. Le parecía que podría indicar exactamente dicho lugar a la policía.

Se daba cuenta de que era culpable de ocultar un crimen y no denunciarlo a las autoridades. Suponía que su castigo sería grave. Comprendía que iba a ser difícil conseguir que un jurado creyese su relato respecto a haber obrado en defensa propia, pero cualquiera que conociese a Cadott se haría cargo de que éste había vivido durante los últimos meses en una tensión emocional insoportable.

Dutton estaba diciendo toda la verdad, y se alegraba de poderlo hacer. No tenía nada más que añadir. Había actuado en defensa propia y no había tenido la menor intención de asesinar a Cadott. Personalmente, no tenía nada contra éste. Lo único que deseaba aclarar era aquella idea absurda de que Caroline había apresurado la muerte de su abuelo.

El taquígrafo de la policía mecanografió por cuadruplicado la confesión y Dutton la firmó.

Todo esto había requerido tiempo. Evans lo había apresurado tanto como le fue posible. Hizo que le subiesen café, bocadillos y más café.

Dutton consintió en la extradición.

Embarcamos al individuo en el avión y emprendimos el vuelo de regreso a California.

Despegamos un poco después de las diez de la mañana. Era un hermoso día.

Dutton, con el cerebro tranquilo dormía como un bebé.

Evans se adormilaba de vez en cuando, pero se despertaba con un sobresalto y su mano se dirigía instintivamente al bolsillo interior de la americana, donde guardaba la confesión firmada de Dutton.

Mis acciones se cotizaban muy bajo pese al hecho de que había resuelto el asesinato de Cadott. Cuando hablaba con Evans, apenas si me respondía con un gruñido.

Sobre las montañas, el aire estaba un poco revuelto. Saltamos un poco y después nos encontramos ya sobre el valle, más allá del monte Diablo, sobre Oakland, sobre la bahía, y el piloto estableció contacto con la torre de control de San Francisco, para recibir las instrucciones de aterrizaje.

Tomamos tierra y el piloto condujo el aparato hasta las proximidades de un hangar.

El piloto cerró el contacto y un grupo de gente avanzó veloz al encuentro del avión.

—¿Qué diablos ocurre? —preguntó Evans.

Había resuelto el asesinato de Cadott, pero la excitación era demasiado grande para aquello. Evans tenía la veteranía suficiente para comprender que se trataba de alguna otra cosa.

Reinaba tal confusión que de momento resultó difícil comprender qué había sucedido exactamente.

Todos hacían preguntas a la vez, los *flashes* lanzaban sus destellos, los periodistas trataban de adelantarse a sus rivales y todos ellos vociferaban preguntas a Evans.

Nadie prestó demasiada atención al prisionero esposado que Evans traía de Reno.

Finalmente, nos enteramos de todos los detalles. La teoría de Evans había sido transmitida por el servicio de información y reproducida en toda la prensa nacional. Era muy lógica, y el hecho de que se hubiese marchado en avión hacia un «destino desconocido», había hecho que la gente empezase a comentarlo en todas partes.

Cuando apareció en los diarios la «teoría de San Francisco sobre el caso», dos ciudadanos de Davenport, Iowa, al leerla, se dieron cuenta de repente de que su bondadosa vecina, que acababa de prohijar un bebé huérfano, debía ser investigada. Habían telefoneado al FBI. El FBI había enviado fotografías y otros datos de identificación del bebé raptado, y todo se aclaró. La vecina confesó tan pronto como la interrogaron.

Mort Evans y el jefe fueron fotografiados juntos. Se anunció que habían resuelto el caso con fría lógica, gracias a su experiencia en muchos otros casos.

Se anunció que los acaudalados padres del bebé raptado, locos de júbilo, habían decidido entregar una generosa recompensa al jefe de policía y al detective Evans.

Bertha leyó los periódicos, los estrujó entre sus manos y los arrojó al suelo del salón del hotel.

—¡Maldito sea tu cerebro privilegiado! —exclamó—. ¿Cuánto tiempo hacía que estabas dándole vueltas a esa idea?

—Varios días.

—¡Y fuiste y se la explicaste a ese condenado detective!

—Necesitaba una escapatoria —le expliqué—. Debía encontrar algo que le interesara a él, o de lo contrario se me hubiese llevado detenido y acusado de complicidad.

—Bueno, con todo esto la gente nos ha olvidado —dijo ella—. Más valdrá que nos larguemos de la ciudad. Hubiésemos podido sacar tajada de la recompensa, sólo con que hubieras pensado en voz alta en el sitio adecuado.

—Fue preciso un caso de asesinato para poderle dar publicidad, y hacía falta publicidad para resolver el misterio del rapto.

—Donald —dijo ella—, creo que en lo más profundo de tu cerebro albergas la disparatada idea de que Minerva Fisher era la autora del rapto.

—¿Por qué no? —pregunté—. Esa mujer no me gusta nada. Es

demasiado buena para ser sincera.

Bertha meditó mis palabras por un momento; después dijo:

—Donald, larguémonos de esta ciudad mientras aún es tiempo. Después podrían darte la lata por no haber informado del hallazgo del cadáver.

—Podrían, pero no lo harán. Lo último que desean en este momento, es que me interroguen los periodistas.

Bertha descolgó el teléfono y dijo:

—Con la agencia de viajes. Consígame dos billetes para Los Ángeles en el primer avión.

—¿Piensas llevarte a nuestro cliente? —pregunté.

—Ni hablar —dijo Bertha—. Haremos que le suelten y puede volverse con su preciosa mujer, que no puede perdonar la infidelidad y desaprueba la ligereza en las mujeres. Si vuelvo a oír como ese cernícalo hace crujir sus nudillos, enloqueceré.

—Entonces, será mejor que reserves sólo un billete —dije—. Tengo una cita con una rubia.

capítulo doce

POR lo que a Bertha respectaba, el caso terminó dos días después, cuando Barclay Fisher hizo crujir por última vez los nudillos en nuestro despacho y nos dejó un cheque. Nos estrechó las manos a los dos y lloriqueó un poco al marcharse.

Minerva no compareció. Nunca más volvimos a verla. No estaba de acuerdo con nosotros, ni con las mujeres que soltaban palabras gruesas.

En cuanto a mí, el caso tuvo su verdadero final cuando, leyendo un diario, tropecé con un artículo relativo a una exposición estatal de arte moderno.

El primer premio, decía el artículo, había correspondido a Horace Dutton, artista de San Francisco, cuyo cuadro, titulado *Conflicto* había sido considerado unánimemente como el mejor exponente del arte moderno.

El cuadro, todos estaban de acuerdo, tenía un impacto tremendo. Según el artista, era la representación visual de los chirridos de los engranajes, y estaba realizado en colores discordantes, simbolizando a las ruedas dentadas que no encajaban.

El cuadro había sido expuesto en un marco octogonal, otra innovación de Horace Dutton, cuyas obras iban siempre enmarcadas de manera original, y siempre de acuerdo con el tema de la pintura.

El diario continuaba explicando que, como se recordaría, Dutton había sufrido un fuerte choque emocional que él aseguraba haber mejorado su experiencia y su técnica. Había sido detenido por el asesinato del primo de su esposa, George Cadott.

Sin embargo, en el juicio, Dutton había insistido en que había actuado en defensa propia, y el jurado le había creído. Fue declarado inocente después de ocho horas de deliberación.

Corté el artículo y se lo di a Elsie Brand, para mi libro de

recortes.

No hablé de ello a Bertha.

A Bertha no le gustaba el arte moderno. Hay muchas formas de arte que a Bertha no le gustan.

Pero le encanta cobrar cheques.

ERLE STANLEY GARDNER (Malden, Massachusetts, EE.UU. 17-julio-1889 - Temecula, California, 11-marzo-1970). Su padre quería que se hiciera abogado, de modo que comenzó a trabajar en una gestoría legal en Willows, y mientras trabajaba de mecanógrafo, estudió la carrera de derecho. Después se estableció por cuenta, pero el negocio era deficitario, ya que en numerosas ocasiones, aceptaba como clientes a inmigrantes chinos y mejicanos sin recursos, lo que le hizo muy popular pero no muy rico. En 1921, casado y con un hijo, se pone a escribir historias policiales, o «de detectives», que envía a algunas revistas para mejorar su situación financiera. Estas revistas se conocían como pulps y eran muy populares en la época.

Sus narraciones son muy efectistas y en ellas se sirve de sus conocimientos de derecho para construir casos, en los que podía lucirse *Perry Mason* con una brillante exposición en la que demuestra la inocencia del acusado. Así podía disfrutar de la única parte de la abogacía que realmente le gustaba: los juicios penales, y el desarrollo de la estrategia a seguir en un juicio. El nombre «*Perry Mason*» data de la infancia de su creador, cuando leía la revista *Companion*
Youth's

, publicada por la *Perry Mason Company*, y cuando creó a su abogado de ficción, pensó que sería un buen nombre para él.

Ya consolidada su carrera como escritor, para publicar sus libros contaba con la ayuda de varias secretarias que escribían a máquina lo que él dictaba a una grabadora. Su producción casi industrial provocó su apelativo de «*El Henry Ford de la novela policíaca*». Vendió más de 100 millones de libros en vida. Tenía una formula para escribir una vez definidos sus personajes, sus motivaciones y sus tramas.

Hacia 1938, Gardner empezaba a preguntarse si un día cedería el interés de los lectores por *Perry Mason*. ¿Podría duplicar su éxito escribiendo una novela con otra serie de personajes? El libro, escrito bajo el seudónimo de A. A. Fair, era «*The Bigger They Come*» («Cuanto más grandes son…» editado en español con el título de: *Agencia de Detectives*) y caracterizaba a *Bertha Cool*, una mujer obesa propietaria de una agencia de detectives y con anillo de diamantes; y a *Donald Lam*, su empleado, de estatura más bien pequeña, (todo un paquete de dinamita legal). La pareja se anotó un éxito inmediato y Gardner se puso a escribir 28 libros más de *Cool y Lam*.

Bajo su propio nombre Gardner escribió exclusivamente la serie *Perry Mason*, pero con su seudónimo favorito de A. A. Fair, Gardner escribió varias novelas con los detectives *Bertha Cool y Donald Lam*; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal *Doug Selby*.

Gardner muere el 11 de marzo de 1970, en su Rancho el Paisano en Temecula. Fue incinerado y sus cenizas se esparcieron por la península de Baja California, uno de sus lugares favoritos.